

An abstract sculpture of a human face, rendered in a light, translucent material. The face is shown in profile, looking towards the right. The features are stylized and somewhat blurred, giving it a dreamlike or ethereal quality. The lighting is soft, highlighting the contours of the nose, lips, and chin. The background is a gradient of light blue and white, suggesting a sky or a bright, open space.

Luis Felipe El-Sahili

La maravillosa historia de las palabras

*Reflexiones y análisis para contribuir
al entendimiento del idioma español*

BIBLIOTECA

MONTAIGNE

El-Sahili González, Luis Felipe A. La maravillosa historia de las palabras.
Reflexiones y análisis para contribuir al entendimiento del idioma español.
Ediciones La Rana/Guanajuato/2015. 232 pp.; 16.5×22 cm.
(colección Biblioteca Montaigne)

ISBN 978-607-9392-27-7

1. Lingüística. Psicolingüística. Etimología. 2. Psicolingüística.
Lengua y psicología. Estudio y enseñanza de la lengua. 3. Psicolingüística.
Psicólogos e investigadores en Guanajuato. Luis Felipe A. El-Sahili González.

LC P37.64.E47.2015

Dewey M401.9 Els49

Del texto:

D.R. © Luis Felipe A. El-Sahili González

De esta edición:

D.R. © Ediciones La Rana
Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato
Paseo de la Presa núm. 89-B,
36000 Guanajuato, Gto.

Primera edición en la colección *Biblioteca Montaigne*, 2015

Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

ISBN 978-607-9392-27-7

Ediciones La Rana hace una atenta invitación a sus lectores para fomentar el respeto por el trabajo intelectual, es por ello que les informa que la Ley de Derechos de Autor no permite la reproducción de las obras artísticas y científicas, ya sea total o parcial –por cualquier medio o procedimiento–, a menos que se tenga la autorización por escrito de los titulares del *copyright* o derechos de explotación de la obra.

*A todos los maestros que me formaron en la EPL (ahora ENMSL).
Especialmente a José de Jesús Ojeda Sánchez (q. e. p. d.)
y a Carlos Arturo Navarro Valtierra
por ser docentes inolvidables*

De cómo atenuar el olvido

EN SOCIEDADES COMO LA NUESTRA, dominadas por la economía de mercado, es muy fácil perder la memoria. La lógica del consumo incentivada por el mercantilismo implica la sustitución y olvido de lo viejo por lo nuevo, lo más deseable, reluciente y en boga. Así sucede, por ejemplo, con los dispositivos electrónicos que cada año se renuevan; se vuelve imperativo dejar el viejo teléfono celular cada vez más austero, conforme pasan los años y aparecen móviles con nuevas funciones y delicadezas. De esta manera, todos los campos de acción humana en las sociedades modernas son susceptibles de tecnificarse: la política, los medios de comunicación, la ciencia, el ocio, la educación. Es por eso que en nuestros tiempos se han vuelto necesarios los esfuerzos para recordar, conservar la memoria y volver a cultivarse.

Un olvido equivalente ha sobrevenido en el conocimiento de nuestra cultura así como se manifiesta en la lengua y sus expresiones orales y escritas. Una manera de entender las razones de ese olvido se nos presenta en la historia de las ciencias del lenguaje y aquí acudo al gran renovador de la lingüística, el ginebrino Ferdinand de Saussure (1857-1913). La gran revolución en los estudios del

lenguaje, las humanidades y las ciencias sociales generada por el fundador de la lingüística moderna hizo dar un salto de calidad que, si bien iluminó todo un campo de conocimiento, también dejó a la sombra aquellas líneas tradicionales de comprensión de las lenguas.

Así, por un lado, el gran cambio de paradigma implicado en la saussureana definición estructuralista de la lengua como un sistema (abstracto) obligó a sus sucesores a enfocarse en el estudio sincrónico, es decir, a describir las normas o convenciones de comunicación verbal así como funcionan en la actualidad. Esto, por supuesto, dejó en segundo plano cualquier esfuerzo de investigación diacrónica, como el de la decimonónica lingüística histórica practicada sobre todo por los llamados neogramáticos, quienes trataron de fundamentar sus estudios de los cambios fonéticos de las lenguas en leyes tan rigurosas como las de las ciencias naturales. Y esto a pesar de que a esa escuela de estudios diacrónicos le debemos, entre muchos aportes, las pesquisas que apuntan al origen de las lenguas europeas en una sola lengua predecesora, el indoeuropeo; descubierto, entre otros factores, por el estudio del sánscrito, lengua clásica de la India y una de las más antiguas derivaciones indoeuropeas documentadas.

Por otro lado, la revolución producida por la gran obra de Saussure, quien por cierto se formó en la escuela historicista del siglo XIX, el *Curso de lingüística general* (1916), publicado póstumamente y con base en los apuntes de alumnos del suizo, trajo consigo un prejuicio exagerado frente a los estudios diacrónicos del lenguaje. Pero no sólo eso, la famosa descripción del signo lingüístico –origen del proyecto saussureano de una ciencia de los signos o semiología– como entidad de dos caras, un significado (imagen mental o concepto) y un significante (imagen acústica), relacionadas arbitrariamente o por mera convención social, obligó

por muchos años a los estudiosos de semántica lingüística o del significado del lenguaje verbal a negar toda posibilidad de motivación para el significado de las palabras. Esto, por supuesto, es un exceso, y lo sabe cualquiera que haya puesto o utilizado un apodo.

Esos efectos de la tecnificación de la vida social y del conocimiento sobre las disciplinas científicas, cada vez más especializadas, como en el comentado caso de la lingüística, también se han reflejado en inercias análogas sobre la educación básica, media y superior. Un ejemplo de esas inercias es la exclusión de los planes de estudio de educación media y básica de materias humanísticas, como ética o historia de la filosofía. Lo mismo ha ocurrido con los contenidos en el área de lengua y literatura, las viejas asignaturas de español, taller de lecturas literarias y etimologías griegas y latinas fueron sustituidas con frecuencia por materias endebles centradas en la comunicación o en una a veces mal entendida competencia comunicativa.

¿Qué se perdió específicamente con esos cambios y en este proceso tan generalizado? Precisamente la posibilidad de que los estudiantes y maestros accedan a la historia, sea ésta de la lengua, de la política o del pensamiento.

La etimología es el inconsciente de la palabra

Así define El-Sahili, auxiliado por su formación en psicología, el objeto de estudio de la etimología y, por extensión, la función de quien se dedica a esa labor filológica: el etimologista ayuda a paliar aquel olvido, esa falta de conocimiento de nuestra cultura así como se manifiesta verbalmente, y de esta manera engrandece la mente y conciencia de quien logra romper esa censura ejercida por nuestra

sociedad consumista y fanática de la técnica sobre los saberes más tradicionales. El vínculo con ese origen, existencial histórico, semántico y morfológico, del lenguaje verbal es en buena medida lo que se asimila desde el campo historicista y más específicamente desde el estudio de la etimología de las palabras. Este olvido de la razón de existir de la lengua y de las palabras es atenuado por obras como *La maravillosa historia de las palabras. Reflexiones y análisis para contribuir al entendimiento del idioma español* de Luis Felipe El-Sahili.

Dirigido por su autor “para ser leído por estudiantes de nivel bachillerato o profesional que estén interesados en extender sus horizontes cognitivos; también por cualquier persona que crea que esta experiencia la situará en un nivel epistémico superior, gracias al incremento de la comprensión de las palabras”, se trata de un libro amigable, que se deja leer de corrido o en consultas específicas de temas y problemas de interés. Para esto cuenta con un índice descriptivo muy útil, que en sus apartados va desde los rudimentos metodológicos de la etimología y la historia de las lenguas hasta la aplicación del estudio del origen de las palabras a dominios de acción específicos y de interés para maestros y estudiantes como los libros, la enseñanza, la investigación, la comprensión, la moral, la religión, los lugares, la psicología, la medicina, etcétera.

El autor aprovecha así su formación y experiencia en los campos de la psicología y la educación para dar un énfasis muy interesante al estudio de las etimologías, sobre todo para quienes están inmersos en la experiencia escolar, por eso no es casual que nos entregue el presente libro después de diversas publicaciones en su área de especialidad: *Psicología para el docente* (Universidad de Guanajuato, 2010), *Psicología clínica* (Universidad de Guanajuato, 2010), *Burnout en el*

colectivo docente (Universidad EPCA), *Psicopatología clínica* (Trillas, 2011), *Psicología de Facebook* (Universidad de Guanajuato, 2014).

A fin de cuentas, esta obra de El-Sahili es producto de su trabajo anterior, así manifiesta la reflexión sobre el lenguaje necesaria para esas previas producciones de conocimiento y la comparte para provecho de los lectores, sean escolares o no. En ese empeño y para quienes estén interesados en profundizar en la materia, *La maravillosa historia de las palabras* remite a filólogos y etimologistas notables, como Joan Corominas, Guido Gómez de Silva, Antonio Alatorre o Rafael Lapesa, cuyas obras son necesarias para continuar ese camino que a través del conocimiento de los orígenes de la lengua y la cultura libera de ciertos prejuicios de la vida moderna.

JAIME VILLARREAL

Guanajuato, enero de 2015

Palabras preliminares

CUANDO NIÑO Y ADOLESCENTE crecí en un mundo donde la filosofía, las etimologías y los conocimientos provenientes de los libros eran monedas de uso común para quienes habían salido de una universidad; su buen uso causaba orgullo en las generaciones pasadas, además era bien valorado por el común de las personas. Conocer latín y griego, así como empaparse de la cultura clásica, eran hechos fundamentales para prosperar en el mundo. No solamente esta situación la apreciaba en mis maestros y compañeros, también la viví intensificada al contar con una madre muy culta, que ocupó la cátedra del maestro don Vicente González del Castillo cuando éste se jubiló, lo que haría que se convirtiera en la primera maestra de literatura y redacción de la ETI (Escuela Secundaria Técnica) y de la EPL (Escuela Preparatoria de León, ahora llamada Escuela de Nivel Medio Superior de León). En cada conversación que escuchaba de ella, lograba sentir el amor por la dicción precisa y el orgullo que le producía el correcto uso de las palabras. Con el fin de que yo tuviera buena ortografía y redacción, desde niño tuve maestros particulares en dichas áreas que me enseñaron el buen arte de escribir, así como el gusto por la lectura. Ahora que

vivo en este presente (que me parece tan extraño comparado con el ayer), me pregunto, ¿por qué cambiaron y se trastocaron los valores del mundo? Ahora lo cotidiano cobra más importancia, el pensamiento de la mayoría, las modas, etc. Desafortunadamente en los bachilleratos ya no se llevan las etimologías, pues han sido relegadas a favor de la técnica o de lo práctico.

Cuando estudié el bachillerato en la Escuela Preparatoria de León, de la Universidad de Guanajuato, tuve la fortuna de llevar un programa amplio de etimologías; durante los dos últimos semestres estudiábamos doscientas palabras por semana con el maestro José de Jesús Ojeda Sánchez (q. e. p. d.), aunque luego tuve la oportunidad de profundizar sobre ellas con el maestro Juan Mireles Cendejas (q. e. p. d.), quien me ayudó a preparar mis exámenes finales en dicha materia. En ese entonces me sorprendía que las palabras tuvieran un origen y que hubieran sufrido transformaciones tan constantes como para llegar a la lengua que ahora hablamos. Aún recuerdo una de las grandes ventajas que me ofrecía su estudio, que era recordar con mayor desenvoltura los términos extraños de las materias difíciles de entender. Ahora me sorprende observar la mala ortografía de mis estudiantes; pero no sólo de ellos, también de numerosos profesionistas que egresaron hace relativamente poco. Una anécdota que escuché de boca del maestro Miguel Ángel Córdova, compañero docente, hombre culto y conocedor profundo de nuestro idioma, se refiere a que cuando llega a sus grupos corrige la mala ortografía de lo que encuentra escrito en el pizarrón; ¡pero lo escrito es de otros maestros más jóvenes, no de los alumnos! Qué lástima que se esté perdiendo el valor por la buena escritura de nuestro idioma. Me pregunto, ¿cómo sorprendernos de lo anterior si ya no se llevan etimologías?, si ejercitándose en su uso cuesta trabajo tener buena

redacción, imaginémonos sin él. (Más adelante seguiré hablando de la importancia de la etimología para escribir con propiedad.)

También recuerdo, en mi EPL, el maravilloso taller de lectura y redacción impartido por el maestro Carlos Arturo Navarro Valtierra, en él descubríamos la importancia de hacer una carta, de escribir un discurso, de las implicaciones que tenía la buena escritura para abrirnos paso en el mundo; pero, aún más que lo anterior, me admiraba la memoria extraordinaria, la búsqueda de lo histórico, desde las palabras y los años, hasta las anécdotas referidas por este extraordinario enseñante.

Me declaro apasionado del estudio de la palabra, pero de manera humilde si me comparo con tan grandes maestros como los mencionados, quienes me introdujeron al maravilloso mundo de la etimología y del español. Antes de seguir adelante, quiero expresar que la etimología es una herencia a la que todos tenemos derecho, no solamente los seminaristas y sacerdotes quienes al estudiar latín se ven obligados a encontrar los vínculos intrínsecos de las palabras; cualquier persona que use un libro de Agustín Mateos o Demetrio Frangos, puede comenzar a hacer uso de esa herencia. Quienes siguen trabajando en el entendimiento de la genealogía de las palabras, se apropian constantemente de un conocimiento ancestral, que en la actualidad ha sido rechazado; paradójicamente, ahora más que nunca está a nuestro alcance a través de los grandes filólogos contemporáneos y de los diccionarios etimológicos, los cuales se encuentra en su mayoría en la internet.

Compartimos palabras similares con el francés, el italiano, el rumano y el portugués, porque antes pertenecían a un idioma común a todo el imperio romano. Conocer nuestra herencia nos vuelve críticos; además, permite la expansión mental para juzgar

y entender mejor el mundo en que vivimos; de la misma manera ayuda para saber escribir con propiedad. El latín sigue vivo hoy más que nunca, pues todo nuestro idioma está lleno de él. No por nada en los últimos siglos se ha dado la tendencia a sustituir el sufijo español “dero” por el latino “torio”, que significa lo mismo: no decimos “sanadero” o “cremadero”, sino sanatorio o crematorio; una vuelta al latín, aunque resulte difícil de creer.

Cuando escribí el libro *Psicología clínica* (2010), que posteriormente me publicaría Editorial Trillas, con el nombre de *Psicopatología clínica* (2011), me fue imposible dejar de analizar la procedencia de las palabras que se usan para nombrar los trastornos mentales, lo cual me llevó a recordar la importancia de la etimología. Luego, al traer a la mente las lecciones de mis maestros, quienes me introdujeron en el maravilloso mundo de las raíces grecolatinas y del español, me di a la tarea de publicar en Facebook durante un año las etimologías más impresionantes, las que en mi opinión permitirían a nuestros estudiantes reactivar su capacidad de asombro para abrir su mente (abrirla para entender que el idioma está vivo y que denuncia a través de sus cambios); es decir que existe una verdad oculta que nos ayuda a entender el origen del lenguaje.

La etimología es el inconsciente de la palabra, aquel que diría Sigmund Freud que no podía ser conocido. Cada uno de nosotros usamos las palabras inconscientes de lo que en realidad han venido significando a través de su recorrido histórico, de sus irónicas transformaciones que en vano se pretende desconocer, pues están presentes. La evolución del lenguaje no es conocida al hombre que lo usa, pues utiliza sus reglas y expresiones de manera mecánica; no sabe cómo llegaron a su mente o desde cuándo fueron depositadas ahí por sus padres o su cultura. Representa un aprendizaje práctico

que se fue formando con el tiempo, donde la consciencia estuvo ausente, la mayoría de las veces.

El libro que tiene en sus manos, amable lector, está indicado para ser leído por estudiantes de nivel bachillerato o profesional que estén interesados en extender sus horizontes cognitivos; también por cualquier persona que crea que esta experiencia la situará en un nivel epistémico superior, gracias al incremento de la comprensión de las palabras, ¡pero se requiere tener fe en los beneficios que proceden del aumento de la consciencia sobre el propio lenguaje! Con esta obra espero, al igual que pretende hacer el psicoanálisis con el Yo (que es ensancharlo), que la persona común amplíe su mente a través de la consciencia y el análisis del estudio de la palabra, de las expresiones que utiliza todos los días.

El estudio de la etimología

La etimología estudia el origen, estructura de las palabras y sus cambios morfológicos. Para Orozco Turrubiate (2007), es una ciencia que trata del sentido profundo y auténtico del vocabulario hablado y escrito, el cual sigue vigente en algunas de las palabras que lo constituyen. Gracias a su estudio se puede saber que las voces se construyen, entran en desuso o se modifican; también que los idiomas están vivos y sufren transformaciones. Igualmente explica la transición que sufrió una palabra y los motivos posibles que lo generaron; designa las alteraciones que la llevaron a tener sonidos mejor pronunciables y constituye la historia de los idiomas.

Diferencia entre definición nominal y real. La etimología estudia la definición nominal de la palabra, misma que coadyuva a entender la

definición real o a saber cómo se llegó a ella. Por ejemplo, la palabra cordura, que hace alusión a la salud mental, deriva del latín *cordis*, que significa “corazón”, mientras que la terminación *ura*, designa el resultado de “hacer uso de algo”. Esta palabra es definida actualmente por el DRAE (Diccionario de la Real Academia Española) como: “prudencia, buen seso o juicio”; pero su origen se remonta al corazón, porque cuidar las pasiones lleva al uso acertado de la mente. Aquí se puede ver que, aunque no coinciden entre sí las dos definiciones (la nominal y la real), existe un elemento “cordial” en la cordura, lo que vuelve forzoso el vínculo entre el control de la pasión y la prudencia en el juicio.

Puede ser peligrosa la idea de que existen dos definiciones con igual peso, pues no hay definiciones paralelas, la definición nominal no es *otra definición*, es la definición etimológica o la que alude al origen de las palabras. Se puede decir que la definición es real cuando la palabra corresponde a una *realidad* que se vive y se aprecia en la práctica; mientras que la definición nominal apunta a un vocablo escrito, por lo regular en otra lengua. A veces las definiciones nominales y las reales coinciden plenamente; por ejemplo, “rosa” es lo mismo en su definición real que en la nominal: Virgilio se refería a una rosa de la misma manera que lo hacemos nosotros, pues significa lo mismo en latín que en español; ya que este último se deriva del primero.

Ventajas del uso constante de la etimología. Las etimologías presentan ventajas en quienes las estudian de forma metódica e interesada. Para la persona común suele resultar un enigma cómo el idioma que utiliza diariamente se conformó y llegó a su actual consistencia; el estudio de su origen permite comprender que las palabras no son estáticas, sino que están evolucionando y transformándose

constantemente. También colabora para la introducción al estudio de la “cultura madre” proveniente de Grecia y Roma, que es el antecedente de la civilización europea y en buena medida de la nuestra. Aparte de esto, la etimología también es útil para:

- Recordar mejor la escritura de las palabras, pues es un auxiliar para estudiar la gramática y mejorar la ortografía, así como para comprender mejor sus reglas y excepciones.

- Conjugar mejor los verbos y emparentar las palabras que pertenecen a una misma familia, permitiendo ver las variaciones que tiene el idioma. Como derivado de lo anterior, también ayuda para que se conozca mejor la ortografía de las palabras y evita que se corrompan o se escriban mal.

- Permite comprender mejor las ideas que se leen en los libros y clasificar las palabras según su formación y evolución, por ejemplo, los arcaísmos, neologismos y tecnicismos.

- Colabora con la ampliación del vocabulario al permitir que se fijen en la memoria las palabras que resultan extrañas, también a que se vuelvan amigables al tener una etimología común. Mejora la capacidad de seleccionar palabras que serán usadas en la vida común o profesional.

- Sirve para que se comprendan mejor los contenidos de muchas ciencias y actividades que se valen de numerosos tecnicismos cuyos significados suelen ser incomprensibles.

- Permite determinar las diferencias que existen entre los sinónimos y las palabras homófonas, así como la identificación de los grupos de palabras con una misma raíz.

- Contribuye al desarrollo del espíritu crítico, comparativo y explicativo de un término; cualidad que fácilmente se puede transpolar a la vida.

Aparte de los puntos anteriormente expuestos, el estudio de la etimología deja una satisfacción muy grande en la persona que logra comprender una palabra a través de sus propios recursos, sólo con tener conocimiento previo de su origen; esto le permite un dominio más extenso del léxico que utiliza.

Por todo lo anterior, las etimologías no solamente son útiles, también son necesarias e indispensables en la vida de las personas, pues permiten emplear la lengua en forma correcta.

Ejemplo práctico de utilidad para mejorar la ortografía. Ante la pregunta, ¿por qué es útil el estudio de la etimología para mejorar la ortografía? La respuesta es simple: porque las palabras derivadas siguen la estructura de las primitivas, ya sea del latín, griego o cualquier otro idioma de procedencia.

Pongamos, por ejemplo, las reglas ortográficas de la “b” y la “v”. Se escriben con “b” las palabras que empiezan o terminan con *bios* que significa “vida”: biología, biografía, bioquímica, biorritmo, microbio, anaerobio.

También las palabras que comienzan con *bibli* cuyo significado en griego es libro: bibliografía, biblioteca, biblia, bibliófilo, bibliotecario.

Igualmente las derivadas del latín *bellum*, que significa “guerra”: bélico, belicoso, beligerante, rebelión, rebelde.¹

¹ Como se aprecia en esta palabra, la familia etimológica permite distinguir entre rebelarse con “b” y revelarse con “v”, ya que la primera alude a “volver a hacer la guerra”; mientras que la segunda a “correr” o “retirar el velo” (como metáfora también se puede emplear para hablar de descubrir un misterio).

Se escribe con “v” las palabras que comienzan por “villa”, que significa “pueblo” o “casa de campo”: villancico, villano, villorrio.

Como se puede ver, es más fácil escribir de manera adecuada si se conoce a qué familia pertenece la palabra.

La palabra rasgo permite entender la excepción a las reglas. También la etimología nos ayuda a comprender mejor las excepciones a las reglas ortográficas. Como ejemplo tenemos al verbo rasgar que proviene del latín *resicare*, que significa “volver a cortar” o “recortar”. Su sentido se alejó de su raíz original porque los españoles tenían otro verbo con sonoridad parecida: rascar. Este vocablo influyó por confusión en aquél y lo hizo equivalente a refregar algo generando una separación o daño; por tal motivo, se puede decir que “rasgar” es un intermedio entre rascar y cortar. Del verbo rasgar procede la palabra rasgo, que significa “una peculiaridad de algo”; su definición alude a lo que es único, porque proviene de un accidente que lo hizo distintivo al sufrir un “desgarre”; por lo tanto, es una expresión irrepetible. Rasgo se escribe con “s” porque proviene de rasgar; constituye una excepción a las reglas ortográficas (junto con pelasgo y trasgo), ya que casi toda palabra terminada en “azgo” se escribe con “z”.

Los orígenes del idioma español

Onomatopeya o la reproducción espontánea de un sonido natural

NUESTRO IDIOMA, AL IGUAL QUE LA MAYORÍA de los que se hablan actualmente, proviene de la acumulación espontánea de palabras, que se produjeron cuando nuestros ancestros trataban de imitar los sonidos de la naturaleza.

Aunque de manera concreta no son muchas las palabras que los diccionarios consideran de origen onomatopéyico, éstas aparecen con inusitada frecuencia si se tiene cuidado de relacionarlas con aquellas situaciones que las llevaron a su formación, partiendo del vínculo ineludible que guardan con su significado. No sólo el hombre común desconoce el origen onomatopéyico del lenguaje que usa, también minusvalora su existencia. Esta perspectiva simplista se ha visto potenciada por la idea que tienen algunos académicos que pretenden ver, en las palabras, abstracciones distantes de las metáforas que las acompañaron cuando fueron creadas, a partir de las observaciones de los seres humanos primitivos. Se actúa con las palabras como si éstas pudieran existir sin una lengua que

estuviera necesitada de expresar sus analogías. Pero, las palabras no son sólo sonidos, están unidas a su origen, como veremos al adentrarnos en el libro.

Las primeras palabras fueron creadas, esto significa que el hombre, al imitar las resonancias de la naturaleza y de sí mismo, originó espontáneamente los sonidos equivalentes a sus observaciones. Su producción inicial se dio a través de la articulación de la garganta, lengua y dientes, lo que llevó al mosaico variado de idiomas que existe en la actualidad. Como ejemplo sobreviven en nuestra lengua palabras tan distintas como “tocar”, “tristeza” o “perro”. Veámoslas a continuación:

El verbo tocar y las dos acepciones de su participio. Un ejemplo básico de onomatopeya se encuentra en la palabra tocar, que deriva de “toc”, sonido que se produce cuando se golpea algo hueco o semihueco. De la imitación de esta percusión, más la terminación “ar” (que es el sufijo usado para la construcción de nuevos verbos en nuestro idioma), se obtuvo un verbo común a todas las lenguas romances. También resulta interesante que su participio tiene dos derivaciones bastante diferentes entre sí, a pesar de su origen común. Lo anterior se aprecia en la palabra tocado, que es polisémica. Por un lado, funciona como participio; es decir, hace referencia a la persona o aquello que recibió un toque. Aunque puede actuar como adjetivo sustantivado (el [que está] tocado), que sería quien sufrió un golpe en la cabeza y quedó loco (el “toc” “toc” también se produce al golpear la cabeza con los nudillos y esta acción seguramente está implícita en el participio). Así, este particular sentido se debe a la idea común de que la locura proviene de un golpe en la cabeza. Pero si se toca la cabeza con delicadeza, se hace para crear el “tocado”,

que tiene como objetivo arreglar el cabello y dejarlo estético para una ocasión especial.

La tristeza revela en sí misma una vivencia aterradora. Otro ejemplo de onomatopeya se encuentra en la etimología de la palabra triste, atribuido por Corominas (2011) al latín *tristis*, que nos dio tristura,¹ contristar² y entristecer. Su principal significado ha sido usado para representar a la persona que sufre de aflicción, sin falta de emoción aparente y además poseída por un dolor que no le permite sonreír y la mantiene inactiva. Pero los especialistas onomatopéyicos consideran que este vocablo está emparentado con el latín *terreo* que produjo la palabra terror; la combinación de dos letras al inicio de aquella palabra (la “t” y la “r”), revelaría el “tiritar” de su origen etimológico, el temblar de miedo “trrrrrrrrrrrrr”. Por este motivo, se puede establecer que la tristeza, como estado de ánimo, representa una secuela derivada de la vivencia de algún terror sufrido con anterioridad, pues su etimología así lo expresa: estar triste es señal de que hubo algo pavoroso en el pasado. El recuerdo de la vulnerabilidad experimentada llevó a la persona a concebir un futuro desesperanzado, mismo que agotó su energía. Bajo esta perspectiva, la palabra describe en sí misma el origen del estado emocional, al mismo tiempo que su consecuencia.

¹ Que significa tristeza.

² Que equivale a afligir.

El perro fue percibido por los esclavos como un animal temible. De la palabra romana usada para perro, can, sólo se conservan cuatro derivados por vía vulgar, los demás son cultismos (por ejemplo, la palabra canófilo). Estas palabras son “canalla”, que se puede definir como el que se comporta igual que los perros que vagabundean por la calle, sin servir a un amo y sin objetivos claros; “canarias”, que es el nombre de unas islas que estaban repletas de perros en la época romana;³ “canícula”, que era el día más caluroso del año y estaba asociado con la constelación del Can Mayor; al mismo tiempo se cuenta con la palabra canijo, que no es un vulgarismo de can, sino un neologismo creado en el siglo XVIII del vocablo canícula y que en México se refiere a una mala persona, aprovechada y astuta.⁴

La palabra latina *can* representa en sí misma la onomatopeya del ladrido del perro, pues aquel sonido reproduce al que emite este animal cuando advierte que alguien entra en su territorio (can, can, can), sobre todo si se escucha a través del eco de una barda. Por otra parte, el origen etimológico de la palabra perro no guarda ninguna relación con el latín *canis*,⁵ como se logra apreciar a simple vista; se trata de una onomatopeya propia de la península ibérica, que proviene de la imitación de su gruñido cuando se encuentra

³ Y que dieron su nombre al ave llamada canario.

⁴ Tal vez esta palabra derive de otras voces usadas en algunos escritos en los siglos XIV y XV, en España, como “encanijarse” y “encanijamiento”, que sobreviven en el lenguaje popular mexicano como sinónimos de enojarse.

⁵ Tampoco guarda relación con el griego κύων (*kyon*) ni con las demás lenguas indoeuropeas.

amenazante o enojado: “prrrrrrrrrrrrr”. Los romanos identificaron al perro con el sonido que hace cuando es un fiel aliado que advierte de posibles peligros; no así los ibéricos, que percibieron en él a un enemigo dispuesto a atacarlos y hacerles daño. Como se puede ver, la etimología permite distinguir quiénes eran los amos y quiénes los esclavos.

El indoeuropeo es la mayor familia de lenguas habladas

Hace más de doscientos años un grupo de lingüistas y filólogos se interesó por estudiar el sorprendente parecido entre el sánscrito y los idiomas modernos, siendo aquél confundido con el idioma raíz de donde surgieron éstos. Conforme avanzaron las investigaciones, se descubrió que el sánscrito formaba parte de una familia más grande, llamada “el indoeuropeo” (que incluía al latín y por tanto al español), situación que motivó su reconstrucción a través de la comparación lingüística entre los diferentes idiomas que surgieron de él y que siguen vivos en la actualidad. Gracias al rescate de este idioma (hablado por primera vez en una región desconocida de Turquía, hace más de cinco mil años), se logró establecer el ADN de la mayoría de las lenguas europeas, ya que comparten elementos comunes que las anteceden. El pueblo que hablaba el indoeuropeo tenía dos características diferentes a los demás: era nómada y había logrado domesticar al caballo, lo que le dio la posibilidad de viajar largas distancias. Estas dos características permitieron la diseminación de su lenguaje.

El indoeuropeo aporta raíces muy sólidas que siguen siendo la base de grupos extensos de palabras. Es tan importante su estudio

que permite entender y comparar numerosos vocablos que se relacionan con lenguas aparentemente inconexas entre sí.

La virtud emparentada con la violencia y la virilidad. Para seguir ejemplificando la vigencia del indoeuropeo, tomemos una de las palabras que fue reconstruida de éste, el vocablo *vis* que significa “fuerza” (término que pasó al latín de forma intacta). Esta raíz produjo dos vocablos aparentemente antagónicos en nuestro idioma: virtud y violencia. Palabras difícilmente relacionables en la actualidad; pero unidas por un componente común: la energía (sólo separadas por la forma como cada quién la disipa). La lección que nos da la etimología se refiere a que se debe canalizar adecuadamente la fuerza, porque de no hacerlo así, es decir de expresarla en un sólo momento, se caería en la violencia. Por el contrario, si se utiliza de manera constante y se encauza adecuadamente para vigilar los aspectos importantes de la vida, entonces produce la virtud. Por cierto, de la misma raíz *vis* (fuerza) se produjo la palabra latina *vir, viris* (hombre), lo que permite afirmar que desde el indoeuropeo se viene asociando al hombre con “lo fuerte”, “lo violento” o lo “virtuoso”, situación que lleva a entender la presencia del machismo y del ensalzamiento de lo masculino. ¿O acaso esta etimología quería expresar que el hombre que no era virtuoso se convertía por fuerza en violento? En fin, de cualquier manera, lo cierto es que se requiere fuerza para ser virtuoso.

El vínculo entre el orgullo, el orgasmo y las orgías. Para el DRAE, la palabra orgullo se define como “exceso de estimación propia, a veces disimulable por nacer de causas nobles y virtuosas”, y adjudica su origen al catalán *orgull*. Mientras que la palabra orgasmo (de origen

griego), arraigó en la cultura latina y pasó a nuestro idioma como la “culminación del placer sexual”; ambas palabras están relacionadas entre sí, ya que la etimología de orgullo significa “ser insigne por el trabajo o por el gasto de energía”, motivo por el que tiene un nexo especial con el vocablo orgasmo, a causa de que quien logra tenerlo, consigue gastar la energía y, al hacerlo, alcanza una vida sexual plena, digna de orgullo.

También la palabra orgullo está emparentada con orgía,⁶ pues deriva de los ritos en honor a Baco, donde se gastaba la energía en grupo. De aquí que el orgullo procedería de estar en un grupo, ser aceptado en él y trabajar para una causa superior a sí mismo. La raíz indoeuropea **werg*⁷ (que gestó las palabras orgullo, orgasmo y orgía), además produjo las palabras griegas *ἔργον* (*ergon*), que significa “trabajo”, y *ὄργανον* (*organon*), que significa “instrumento” (las dos aluden al uso de la energía); en inglés la palabra *work* (trabajo) y en alemán *werk* (también trabajo), proceden de la misma raíz. Lo interesante es la connotación sexual que produjo el vocablo original en la rama itálica del indoeuropeo y los vínculos poco conocidos que tiene el orgullo, cuyos antecedentes están presentes en el inicio de las relaciones sexuales activas, así como en la aprobación y reconocimiento por parte de un grupo social.

⁶ Su etimología no se relaciona con la acepción moderna de intercambio sexual grupal.

Se utiliza el asterisco (*) antes de una palabra para indicar que fue reconstruida por los filólogos.

La palabra esperanza y su origen indoeuropeo. La raíz de la palabra esperanza se encuentra en el indoeuropeo *spe*, que significa “expansión”; en inglés, la palabra *spider* y, en alemán, *spinne*, conllevan este mismo sentido, ya que las arañas se expanden con su tela, a la vez que lanzan el efecto de sus acciones a través del tiempo (porque nunca pierden la *esperanza* de capturar un insecto). La raíz latina de esperanza (en francés *spoir*) se encuentra en *spes*, que significa “el deseo de que la situación actual mejore”. Con estas palabras de lenguas diferentes, se puede ver cómo el indoeuropeo conserva el mismo sentido para *spe*, tanto en su rama germánica como itálica. En el siguiente apartado se habla de manera más extensa sobre las diferencias expresivas entre estas dos ramas del indoeuropeo.

La rama itálica comparada con la germánica

Tanto los idiomas germánicos como los itálicos derivan del indoeuropeo, pero las diferentes visiones de los pueblos que los hablaron hicieron que sufrieran cambios sutiles y significativos. Con el mismo linaje, pero transformadas con los siglos en lenguas incomprensibles entre sí, produjeron diferentes connotaciones verbales dignas de análisis. Donde una expresaba más dependencia hacia los elementos, otra enunciaba que el hombre era un agente de cambio; donde una vio en el trabajo una maldición, otra percibió una forma de transformar al mundo; donde una señaló al hombre como un ser postrado ante lo inconmensurable, otra distinguió una voluntad libre para resolver sus problemas. Veamos esto con más detenimiento.

La sabiduría para los latinos y los anglosajones. En latín, el verbo *sapere*, que produjo nuestra palabra sabiduría, significa saborear;

pero la palabra que produjo *wisdom*, que es sabiduría en el idioma inglés, proviene de *wise* que significa “ver”. Para nosotros el sentido del gusto nos vuelve sabios; esto se relaciona con la idea de comer; mientras que para los sajones es el sentido de la vista, que hace referencia al que es buen observador. Resulta interesante que el sabio en nuestra lengua sea el que paladea el conocimiento, el que gusta de nutrirse, el que tiene “gustos a su manera”; mientras en la lengua inglesa la sabiduría es un acto relacionado con la claridad de la visión. La sabiduría romance se vincula con el contacto físico y la incorporación, también con la experiencia que dejan los años; nuestra sabiduría no descarta la asimilación de prejuicios subjetivos. Para el inglés, los sabios son los que observan, no los que recuerdan; son los que saben ver en el presente la realidad de manera clara y cristalina. En contraposición, para nosotros el sabio es el que ha acumulado experiencias y prejuicios.

*El hombre es un puñado de tierra que transforma la Tierra. Qué contraste tan grande entre nuestra palabra hombre y su equivalente inglés: man. Hombre proviene del latín *huminis*, pero su raíz principal se encuentra en *humus*, que significa “barro”, vocablo con el cual los romanos recordaban el vínculo del Ser Humano con la tierra, exaltando la postración humilde de éste por ser derivado de aquélla.⁸*

⁸ En la tradición cristiana los hombres “somos polvo y en polvo nos convertiremos”, esta frase pretende exaltar la humildad porque: “nada somos”. Los padres de la Iglesia pregonaban lo efímero de la vida terrenal, pues hacían ver que el hombre sólo estaba una temporada en este mundo, a diferencia de Dios, que es eterno.

En cambio, la palabra inglesa *man* proviene del inglés antiguo *mann*, que textualmente alude a quien “usa el pensamiento”; este vocablo está emparentado con *mind*, que es mente, término con el que los anglosajones equiparaban al hombre y le recordaban que era un ser arrojado a un universo que debía descifrar, transformar o inventar. Tal vez esto explique el comentario que hacen Rodríguez Estrada y Ramírez Buendía (2005) cuando mencionan que el norteamericano trata de modificar su entorno para hacerlo cómodo y práctico; a diferencia del mexicano que se automodifica para adaptarse al mundo. No por nada tenemos diferentes influencias lingüísticas e ideológicas.

El trabajo y la toma de decisiones en dos idiomas diferentes. Para terminar este apartado, es interesante notar que el inglés no lleva el peso de una herencia negativa sobre la palabra trabajo, que en latín vulgar significaba castigo; *work* es la acción por la que un ser humano realiza una obra o crea. Por otro lado, los angloparlantes “hacen” sus decisiones; su frase *to make a decision*, habla del poder que sienten para actuar y decidir; mientras que el habitante latino no usa el verbo hacer, sino tomar. La expresión “toma de decisiones” sugiere que las acciones no dependen de un ser con voluntad, pues se deben buscar las complacencias para poder actuar. Tal vez el gran progreso de los países anglosajones deriva de las potencialidades que les permite su idioma a través de la palabra.

Las lenguas que conformaron nuestro idioma

Nuestro idioma se conforma de 72% de latín, 18% de griego y 6% de árabe, quedando aproximadamente en un 4% los anglicismos,

galicismos, lusitanismos y demás palabras diferentes a las primeras tres lenguas. Veámoslo con más profundidad a continuación.

Hablar español es dominar una variante del latín. Por el alto contenido de latín que tiene nuestro idioma, no es impropio decir que hablamos una variante de aquél: a siete de cada diez palabras se les puede seguir su origen hasta la Italia de la Edad Antigua. Aunque se sabe que el territorio español fue dominado por los romanos, tal vez pocos estén al tanto que la península ibérica fue su primera conquista y probablemente el área que más se romanizó.

La influencia griega y la reconstrucción culta. El segundo idioma más presente en el español es el griego, pues una de cada cinco palabras deriva directa o indirectamente de la lengua de Platón. El amable lector tal vez se pregunte: ¿cómo es posible esto, si la península ibérica nunca fue conquistada masivamente por los griegos? La explicación resulta compleja, pero se intenta aclarar a continuación. Primeramente, desde el año 700 a.C. los griegos fundaron colonias en España, por lo cual era una lengua más familiar que la de los conquistadores itálicos (Rodríguez Estrada, 2005). Por otro lado, aunque el latín era el idioma hablado por los romanos, muchos patricios iban a Atenas a estudiar filosofía y arte, lo que hizo que paulatinamente fueran incorporando un sinnúmero de palabras al idioma dominante. Además, en la zona oriental del imperio romano, el griego era la segunda lengua más hablada (o incluso la primera), de ahí que los soldados romanos conociesen bien el griego (los mismos que obligaban a hablar latín vulgar a los pueblos conquistados), lo que hizo que este idioma se incorporara al latín y luego se dispersara en su extenso dominio lingüístico. Finalmente, a partir del siglo xv, con el Renacimiento y

el surgimiento de las ciencias, se tomó el griego clásico como base para la formación de palabras nuevas que requerían las disciplinas incipientes, razón por la cual en los últimos siglos las lenguas europeas (como la nuestra) vieron un incremento de los helenismos.

La falta de sinónimos hizo que prosperaran los arabismos. Tenemos un número extenso de palabras que fueron introducidas en la península ibérica cuando ésta fue invadida por los árabes y conquistada casi por completo. Las palabras que más fácilmente fueron adoptadas por nuestro idioma tenían la característica de no contar con un equivalente en latín vulgar. Por ese motivo, léxicos como “aduana” fueron de los primeros en ser repetidos para diferenciar una región de otra; esto también ocurrió con la palabra azúcar,⁹ pues la sustancia granulosa y blanquecina era casi totalmente comerciada por los árabes; de la misma manera pasó con el “álgebra”, que por ser una ciencia casi totalmente desconocida para los ibéricos, lo más lógico era llamarla como lo hacían sus creadores. Los arabismos se introdujeron en mayor medida en la alta Edad Media y fueron disminuyendo a partir del siglo XII; también siguieron permeándose, aunque de manera ínfima, en la Edad Moderna (Maíllo Salgado, 1998). Las palabras introducidas por los moros subsisten principalmente en español, aunque también lo hacen en menor medida en las demás lenguas romances habladas en la península ibérica. La mayoría de los arabismos comienzan con “al” o con “a” porque

⁹ Aunque la palabra azúcar fue introducida en el español por el árabe, ésta fue tomada por ellos del griego.

los españoles escuchaban el artículo junto al nombre (el artículo era “al”) y creían que formaba parte de la palabra.

Anglicismos y galicismos: influencia internacional. Aunque los países de Inglaterra y Francia no ejercieron un dominio político directo sobre España (salvo esta última y en muy poco tiempo), ni mucho menos le impusieron su idioma, algunas palabras se filtraron hacia nuestra lengua por su influencia internacional.

Un ejemplo de este predominio se aprecia en la palabra charlar, que se conformó luego de que los juglares franceses recitaran las aventuras de Carlomagno (Charles en francés) a través del territorio italiano, creándose el verbo *ciarlare*, el cual adquirió el sentido de hacer un monólogo para divertir a la audiencia, por eso pasó al español como la acción de platicar de banalidades. En virtud de que más de uno de estos trovadores exageraba las hazañas del padre del imperio carolingio, las cuales no resultaban creíbles, también se les llamó charlatanes. Con el tiempo se separó la connotación del verbo charlar del adjetivo charlatán, con significados muy diferentes, produciendo las acepciones modernas.

Si bien desde la Edad Media han entrado anglicismos a nuestro idioma, la mayoría fueron incorporados en los últimos tres siglos. Uno de ellos es la palabra blindaje que, como indican Rodríguez González y Lillo Buades (2009), proviene del inglés *blind*, que significa “ciego”. La analogía que permite su aplicación es muy sencilla: así como las balas no penetran a un carro blindado, no hay forma de que le entre luz a un ciego. El arraigo de esta palabra se debió a la necesidad de un vocablo que pudiera expresar las nuevas condiciones de los vehículos superprotegidos, pues se había creado una singularidad para la cual no había designación adecuada.

Lusitanismos e italianismos: la cercanía y el Renacimiento. Los lusitanismos entraron al español principalmente por la proximidad geográfica de Portugal, mientras que los italianismos por la influencia del Renacimiento de los siglos xv y xvi y la conquista española de Nápoles.

Posiblemente el lusitanismo más famoso que tenemos es “mermelada”, del portugués *marmelo*, que significa “membrillo”; vocablo que se analiza con más profundidad en el apartado que se refiere a las etimologías erróneas. Un ejemplo de italianismo se encuentra en la palabra fiasco, que se originó en la incipiente industria del vidrio; era una expresión habitual cuando los sopladores de este material no lograban producir una botella y en su lugar obtenían un frasco diminuto; al referirse con desencanto a este resultado decían que era un *fiasco* (es decir, un “frasquito” en italiano), palabra que con el tiempo se volvió equivalente a fraude o decepción, pues los trabajadores españoles suponían que ése era su significado. Actualmente el DRAE la considera equivalente a fracaso.

Para finalizar este apartado es importante indicar que algunas palabras, aunque provenientes del latín, hicieron un recorrido caprichoso a través de varios idiomas romances, hasta llegar al nuestro. Por ejemplo, la palabra pantalón, que proviene del francés *pantalon* (con la misma pronunciación y escritura, con excepción del acento), fue popularizada en la época de la Revolución Francesa al tomarla del italiano *pantaleoni*, que aludía a los calzones largos que usaban los venecianos en ese entonces (devotos de san Pantaleón). Fue tanta la influencia del francés en el siglo xviii que el inglés también adoptó la palabra, aunque la contrajo a *pants*.

Del latín al español: cambio y asimilaciones

La transformación del idioma

A CONTINUACIÓN, se habla sobre la transformación del idioma, tratando de ejemplificar algunas de las causas que llevaron a la conversión del latín vulgar en español.

Los cambios espontáneos provocan la transformación. La razón que explica el cambio de las palabras y su evolución se debe a que los hablantes de manera espontánea modifican las palabras (acortándolas o usándolas de manera graciosa o diferente); también invirtiendo la pronunciación de algunas de sus letras. Esta acción realizada frecuentemente, aunque con la consciencia de que “el idioma real es otro”, contribuye al cambio lingüístico. Los *microcambios* que ocurren día con día generan, después de varios siglos, la transformación. Conforme la humanidad camina a través del tiempo, va construyendo y destruyendo al mismo tiempo su lenguaje; éste no es un proceso que solamente se vea influenciado por la necesidad de expresión, también por el influjo de las diferentes culturas y sociedades. El lenguaje no es algo estático, se renueva periódicamente, hacién-

dose cada vez más grande y complejo. Al fenómeno lingüístico de la transformación de las palabras se le llama metaplasmo,¹ el cual implica el cambio en la estructura de la palabra, llegando algunas incluso a ser irreconocibles respecto de su etimología original. Un ejemplo de lo anterior se puede observar en la palabra dintel, que proviene del latín *limitellus*, y que simbolizaba el límite de la casa (con significado idéntico a umbral). Primero se contrajo a “limtelo” y luego cambio su “ele” inicial por la letra “de”, quedando en “dimtelo”, hasta terminar en “dintel”. Al presente esta palabra se refiere al arquitrabe superior de las puertas o ventanas (porque en general éstas se encuentran en los límites de las casas); pero de la estructura original de la palabra, casi no se conserva nada.

No solamente las palabras se transforman, también lo hace su significado, cuando esto ocurre se habla de resemantización, lo cual representa la utilización de un vocablo ya existente para nombrar algo diferente. Esto altera su base de significado, dejando la etimología sin conexión aparente con el concepto utilizado. Un ejemplo de resemantización se puede encontrar en la palabra nimio, que para el DRAE significa: “insignificante o sin importancia”. Pero, sorprendentemente encuentra su antónimo en sí misma (!), pues también el DRAE la define como “excesivo o exagerado”, aunque con aplicación menos frecuente en nuestro idioma. Corominas (2011) explica que la palabra nimio proviene del latín: *nimius*, con

¹ La etimología de metaplasmo deriva directamente del griego μεταπλασμός (*metaplasmos*) que equivale a transformación, formado de μετα (*meta*) que es “más allá” y πλασμός (*plasmós*), que significa “formación”.

significado de “excesivo”, representación que se conservó durante toda la Edad Media y muy entrada la Edad Moderna. Sin embargo, de manera paralela, el pueblo creyó ver en la palabra *nimio* la abreviatura de *mínimo*, motivo por el cual le adjudicó el significado de “muy pequeño”. El anterior ejemplo permite apreciar que la raíz etimológica está en desventaja cuando compite con un término con el que se asocia, sobre todo si se usa de manera común por el pueblo.

También, con motivo de su cambio etimológico, es posible que una palabra conserve su acepción original al lado de otra diferente, como ocurre con “auspicio”. Esta palabra tiene dos definiciones distintas, puede significar “presagio”, pero también “apoyo”. Proviene del latín *auspicium*, contracción de *avis*, que significa “ave”, y *specere*, que significa “mirar”. La explicación de su doble acepción se encuentra en que, cuando los magistrados romanos tomaban posesión del cargo, los ciudadanos observaban a las aves para saber qué les deparaba el destino. En nuestro idioma sigue conservando la denotación de augurio; así, el DRAE la define como “señales prósperas o adversas que en el comienzo de una actividad parecen presagiar su resultado”. La idea de apoyar a otros se gestó tardíamente, porque el presagio favorable sobre el magistrado afectaba la posibilidad de que éste apoyara a sus simpatizantes; es decir, si la suerte lo favorecía había más probabilidad de que fueran apoyados los primeros creyentes en su causa. De esa manera se adoptó su segundo uso, posiblemente el más utilizado en la actualidad.

Las palabras cultas (las provenientes del latín) sufrieron tres tipos de cambios en nuestro idioma. Los principales metaplasmos fueron:

- La adición, que fue agregar alguna letra o sílaba para que sonara mejor o fuera más entendible.

- La supresión. Que fue lo más común que ocurrió, al perderse una letra o sílaba al final, en medio o al principio de la palabra.
- La transposición. Que fue el intercambio de las letras al interior de la palabra.

Desgaste de las palabras por uso excesivo. Hace más de dos mil años los romanos produjeron dos palabras a partir de la relación que establecieron con las estrellas: *des-siderare* y *con-siderare*, mismas que llevaron a dos vocablos modernos del español: “desear” y “considerar”. La palabra *siderus* en latín significa “estrella”, los que se quedaban sin ella la deseaban, por eso *des-siderus*, significa “sin estrella”. En cambio, quienes tenían su estrella, reflexionaban con ella para tomar buenas decisiones, lo que les permitía elegir sabiamente: *con-siderus*, equivale a “contando con la estrella”.² Como se puede apreciar, en la medida en que una palabra es usada, tiene mayor riesgo de modificarse o acortarse. De no haber sido tan frecuente el uso de la palabra deseo, seguramente seguiríamos diciendo “desidero” y hubiera conservado las letras que perdió.³ Derivado de lo anterior se puede concluir que las dos palabras en cuestión son una prueba viviente de que el ser humano disfruta más hablando de sus deseos que de sus consideraciones, situación que llevó a aquella palabra a un mayor desgaste y a distanciarse de su etimología original.

² Recordemos que para los pueblos de la antigüedad los seres humanos teníamos escrito nuestro destino en las estrellas.

³ La palabra deseo perdió tres letras: des(id)e(r)o, por esa razón ahora es trisílaba. Su única homóloga, “considero”, sigue siendo tetrasílaba.

Hipocorísticos o contracciones de palabras largas. Los hipocorísticos son aquellas palabras que permiten referirse con afecto y confianza a una persona sustituyendo con ellas su nombre real. En español tenemos dos leyendas etimológicas que se han difundido para explicar por qué se les llama de manera peculiar a los “Francisco” y a los “José”. Se dice que “Paco” procede de san Francisco de Asís, llamado así por ser el acrónimo de *Pater Comunitas*, lo cual es falso, pues es un hipocorístico. El surgimiento del vocablo Pepe se atribuye a la Iglesia, que cuando escribía el nombre de san José, colocaba la abreviatura P.P., que significa “*Pater Putativus*” (padre putativo de Jesús), lo cual es verídico. En el caso de Francisco se tiene una aféresis que conserva la “f” y la “a”, así como la terminación “co”, que están presentes de alguna forma en “Paco”. Pero en José sólo se encuentra la letra “e” de “Pepe”; esto vuelve poco probable que sea una aféresis y que más bien se trate de un acrónimo. En resumen: Paco es hipocorístico; Pepe proviene de la abreviatura P.P.

Los eufemismos son necesarios para evitar el mal gusto. Un eufemismo es una palabra o expresión disimulada o menos ofensiva que sustituye a otra de mal gusto o tabú. Los eufemismos surgen espontáneamente en los idiomas sustituyendo a las palabras indeseables. Por ejemplo, la palabra difunto proviene del latín *defunctus* que significa “el que cumplió”, “el que llevó a cabo”. Los romanos no osaban referirse a una persona fallecida como “muerto”, ya que les parecía una falta de respeto, tanto para el que partió como para sus familiares; preferían utilizar una palabra equivalente. Difunto perdió su significado original al presente; equivale precisamente a lo que se quería evitar decir: muerto; pero sigue siendo una forma aceptable para referirse al ser humano que perdió la vida.

Construcción de nuevas palabras desde el latín. Cada día que pasa el idioma se enriquece con la incorporación de nuevas palabras que provienen de la combinación de otras; algunas de éstas reciben el nombre de neologismo, que usualmente se forman al tomar raíces cultas; la creación de los neologismos puede deberse a palabras novedosas que se popularizan, o bien, a la necesidad de usar un vocablo que no tiene paralelismo en el idioma. Desde mucho antes que se abandonara el latín vulgar, ya la combinación de éste generaba nuevas palabras. Un vocablo que ejemplifica lo anterior se encuentra en *severus*, que en ese entonces tenía significado de “duro”, “bien posicionado” o “de mucha importancia”. De ahí surgió el adjetivo perseverante, al agregársele el prefijo “per”, que significa “totalmente” o “constantemente”, llegando a algo así como “ser severo constantemente”; es decir, no claudicar en lo propuesto, ser duro consigo mismo, pero por mucho tiempo. Esta construcción, aún latina, encontró en nuestro idioma tal popularidad que la llevó a ser parte de nuestro acervo lingüístico. Sin embargo, otras formaciones nuevas provienen de los agregados o construcciones cultas posteriores a la etapa del latín vulgar, como la palabra nostalgia que deriva del griego: *νόστος* (*nostos*), que es pasado o regreso, y *ἄλγος* (*algos*), que significa “dolor”; es decir, se refiere a aquella persona que sufre por alguna situación del pasado; sobre todo, porque ya no la puede revivir.

Pero, no solamente las palabras se forman de manera espontánea o artificial, también lo hacen como consecuencia de la influencia de otros idiomas; esta situación ha intervenido, incluso, afectando a la parte gramatical más íntima de nuestro idioma, que son los verbos y sus derivados. Uno de los últimos casos asimilados por nuestra lengua es el de la palabra checar, que fue un verbo de nueva

formación admitido por la RAE, pues proviene del inglés *to check*. La construcción de nuevos verbos en español utiliza usualmente la terminación “ar”, otros tipos de terminaciones son raras, hubiera sido casi imposible escuchar “chequir” o “chequer”, pues no se forman nuevos vocablos con esas terminaciones. Las formaciones verbales nuevas en español utilizan la terminación “ar”, como ha venido ocurriendo desde la Edad Media. Pero, ¿por qué la terminación “ir” no se usa para la formación de nuevos verbos? La explicación es simple, los verbos terminados en “ir” son los que guardan más proximidad con la estructura original de nuestra lengua; además, son los más cercanos a nuestros sentimientos; por ejemplo, sentir, vivir o existir; consecuentemente éstos no pueden confundirse con ninguno de reciente admisión.

Contracciones latinas por uso frecuente

No solamente los cambios espontáneos transformaron la lengua; de la misma manera la pronunciación consecutiva de algunas voces provocó su fusión en una sola palabra. Esta pronunciación contracta guardó cierta vinculación semántica con su origen dual, como veremos más adelante.

En este apartado se agregaron, además, las condensaciones de palabras con doble prefijo, como el caso de tataranieto (que proviene de transtransiето), así como la pérdida de letras del vocablo *magnus*, que se redujo a la palabra “más”.

La negación en nuestro idioma: el no, el ni y el non. Según explica Gómez de Silva (1991), la palabra “no” deriva de la contracción latina *ne oinom* que significa literalmente “no uno”, frase que con

el tiempo se contrajo a “noim”, luego a “non” y finalmente a no. Por su parte, la palabra “ni” deriva del latín *neque* que significa “y tampoco este”, misma que comenzó a pronunciarse “nec” y luego “ni”. La palabra “non” que se aplica para diferenciar aquello que no es par, deriva precisamente de “non par”; esto sucedió porque los españoles no usaban un vocablo concreto para designar lo impar; además, se les hacía muy larga la pregunta: ¿pares o non pares?, por eso la abreviaron a “pares o nones”. De ahí surgió el vocablo “non” como contrario a par.

Los abrojos o abre bien los ojos. Cuando los poetas se refieren al hondo sufrimiento ocasionado por una pena suelen utilizar la palabra abrojos; pero tal vez no se sospeche que en realidad proviene de una contracción latina que significa “abre los ojos”. La historia es la siguiente, cuando los campesinos romanos caminaban por ciertas regiones enmalezadas solían dañar sus pies por las semillas redondas y espinosas que encontraban a su paso (son las que comúnmente se pegan en los pantalones). Como las autoridades no podían darles calzado a algunos de ellos, colocaban un letrero que decía *aperi oculum*, es decir, abre los ojos, para advertirles que tuvieran cuidado al pisar.

El quizá o quién sabe si ocurrirá. La palabra “quizá” es definida por el DRAE como aquello que “denota la posibilidad de que ocurra o que sea cierto lo que se expresa”. Se clasifica como un adverbio que se usa para expresar duda sobre la ocurrencia de algún evento. Lo interesante es que proviene de la contracción latina *qui sapit* que significa literalmente “quién sabe”.

Tamaño o qué tan grande es algo. La palabra tamaño proviene de la contracción latina *tam magnus*, que se puede traducir al español como “que tan grande”, parece ser el único vulgarismo que hay en nuestra lengua derivado de esta raíz. Las demás son cultismos: por ejemplo, magnate, magnífico, magno y magnificencia; queda su equivalente latino en “magnitud”. Como no existía la letra “ñ” en latín, casi todas las palabras que la llevan en nuestro idioma corresponden a vulgarismos o deformaciones de palabras cultas.

Transtransnieto, o más sencillo: tataranieto. Una duda común que ocurre con los parentescos lineales es el origen del prefijo “tátara”, que hace referencia al hijo del bisnieto, o bien al padre del bisabuelo; en el caso de los anteriores resulta fácil entender el empleo del prefijo “bis”, que en latín significa “dos veces” o “por segunda vez”. Pero, ¿cuál es la etimología de “tátara”? La explicación de Corominas (2011) es simple, proviene de la repetición del sufijo latino *trans*, que significa en latín “más allá”. Así, “transtransnieto” se convirtió en tataranieto. Esta palabra se puede definir como “más allá, pero más allá del nieto”.

*La acentuación de la palabra más.*⁴ A continuación, se pretende desentrañar esta incógnita que seguramente ha generado inquietud en más de una persona. Tanto “más” con acento, como “mas” sin

⁴ En este apartado no se pretende hablar de cuándo se debe acentuar la palabra “mas”, sino del motivo por el que se acentúa. Lleva tilde cuando equivale a adverbio de cantidad, a diferencia, cuando es conjunción adversativa, lo pierde.

acento proceden del latín *magis*, con significado de más o mayor. Esta palabra cambió su estructura morfológica en la Edad Media a “maes”, luego se acortó a “más”. Para Corominas y Pascual (1984) ya desde el latín se usaba la conjunción adversativa, aunque con menor aplicabilidad; como prueba de esto se encuentra el paralelismo con la palabra *mais*, que subsiste en francés como equivalente a “pero” y proviene de la misma etimología (aunque el idioma galo optó por usar *plus* para la otra acepción). La palabra “más” lleva tilde porque el acento diacrítico permite que se diferencie de su homóloga; principalmente porque se usa con más frecuencia (por tanto, el acento tiene la función de indicar mayor uso); aunque también porque existe más fuerza expresiva cuando se determina la cantidad o intensidad con que se efectúa una acción (otro motivo para la acentuación sería el tono vocal más intenso y corto). Por eso, en la convención de las reglas ortográficas para diferenciar palabras homófonas con diacríticos, se decidió que la tilde indicara mayor incidencia o fuerza expresiva.

La semantización de las palabras

La semantización por metáforas

LA METÁFORA SE PUEDE DEFINIR como la identificación entre dos términos; uno, el que habla de un suceso u objeto; otro, el que expresa su relación. Algunas palabras de nuestro idioma se formaron como representación de metáforas. Veamos a continuación algunos ejemplos.

Es una sutileza la etimología de la palabra sutil. Mientras que “sutileza” es algo vago y difícil de interpretar, como ocurre con frecuencia cuando se intenta entender algún concepto científico, la palabra sutil alude a la delicadeza, fragilidad o profundidad de algo. En la Roma Imperial *subtilis* era el hilo que no se alcanzaba a ver en una tela, pues quedaba oculto por otros hilos. Su raíz proviene de *sub*, que significa “debajo”, y *tilis*, equivalente a “tela” o “tejido”. El *subtilis* era tan delgado y estaba tan oculto que apenas se distinguía. Por eso, nuestra palabra sutil se emplea para hablar de aquello que es delicado o diminuto; también se usa como sinónimo de ligero o hace referencia a aquello que tiene

mucha agudeza o se encuentra difuminado en el todo. Cuando se indican las características de una persona sutil, se dice que actúa con suficiente tacto social como para no molestar a los demás; es decir, se describe a una persona que sabe prevenir los conflictos; igualmente, alude a quien ve más allá de lo que las personas dicen o hacen pues penetra en el “tejido” de las palabras, así como lo hacía el hilo delgado con el lienzo.

Extender las palabras, como el agua sobre la playa. Cuando los romanos llevaron la expresión “explayarse” a España hacían referencia a la dispersión de la marea sobre la playa; posteriormente la aplicaron a la propagación súbita e inesperada del agua sobre la arena. No obstante, para los ibéricos y demás pueblos invadidos, fue la oportunidad de utilizar una metáfora para referirse a una persona que no podía contener sus palabras y “bañaba” con ellas a la concurrencia; también, la metáfora se amplió a la persona que miraban rápidamente alrededor (como si la vista representase el agua y su rededor a la playa).

El cobarde, al igual que los animales, mete la cola. La palabra cobarde proviene del francés antiguo *coarte* (de manera más reciente *couard*), que los franceses tomaron de la palabra latina *cauda*, que significa “cola”, porque buscaban una analogía despectiva para referirse a quienes no tenían valor ni espíritu para afrontar las situaciones peligrosas o arriesgadas, misma que encontraron en los perros que metían la cola entre las patas (cuando estaban temerosos de un castigo). Así que, llamarle a alguien cobarde, etimológicamente equivale a decirle: “estás metiendo la cola entre las patas, como si fueras un perro miedoso”. Aunque expresarse con esa palabra

suele ser de mal gusto, perdió en buena medida su connotación peyorativa e insultante.

El escrupuloso es moralista y se fija en el más mínimo detalle. La palabra *scrupulus* significa en latín “guijarro pequeño y puntiagudo”; los romanos aplicaban la expresión “no tiene escrúpulos” para referirse a la persona que caminaba por la calle sin la preocupación de tener una piedrecita en el zapato; también, por relación, se aplicaba al andar despreocupado y tranquilo. Por contraste, aquellos que tenían una incómoda visitante martirizando sus pies, se les miraba propensos a detenerse en cualquier esquina para deshacerse de su incómoda inquilina. De esta situación, común en una Roma llena de calles de terracería, aplicaron la metáfora a las personas que nada las intranquiliza, pues no les punza la conciencia; así, quienes no tienen escrúpulos, no les inquieta lo que hacen. También de ahí surgió la palabra escrupuloso, persona detallista, que se fija hasta en la arenisca del zapato; es decir, en las pequeñas minucias.

Quien mete cizaña puede arruinar la cosecha o la vida. Los romanos conocían bien las plagas de los cultivos; particularmente una que era sumamente dañina para sus cosechas: la *zizania*, pues crecía con rapidez entre los sembradíos desplazando a las plantas útiles. Pero, no solamente dañaba a los cereales gramíneos, si por accidente una persona comía una de sus semillas podía morir envenenada. De ahí que metafóricamente se usara la expresión “meter cizaña” para referirse a la acción de generar un daño creciente y latente en alguna persona, sobre todo diseminando algún tipo de intriga que le produjera enfrentamientos futuros. La analogía de ser víctima de la introducción de esta planta en el campo conllevaba también

la idea de que el dueño de la parcela era inconsciente de su peligro, pues sus semillas eran difíciles de distinguir respecto de las del trigo, además de volátiles y numerosas. El temor por la cizaña es justificable, porque nadie está exento de ser presa de las intrigas de otro. Es difícil distinguir cuando alguien se dirige para advertir de un peligro, respecto de cuando lo hace para manipular y producir enconos e insensateces.

Quien abraza, abarca con sus brazos los objetos. Tanto la palabra abrazar como el vocablo abarcar tienen una misma etimología. La historia es la siguiente: el vocablo *bracchium*, que usaba el latín vulgar de España para designar al brazo, produjo el verbo *abracchicare*, que designaba el uso de los brazos, tanto para abrazar a algún amigo (cuando era festejado), como para referirse al acto de llevar cosas en los brazos (no muchas, las que alcanzaban a ser sostenidas). Entonces, “abarcar” y “abrazar” provienen del mismo verbo latino que comenzó a bifurcarse en su uso, hasta producir estas dos acepciones diferentes; la primera, más abstracta y, la otra, más concreta.

El dátil tiene propiedades curativas y semeja a un dedo. El dátil es un fruto obtenido de la palmera datilera y constituye un alimento básico para los países del Magreb.¹ Pero aparte de sus cualidades alimenticias, los dátiles tienen muchos taninos que son usados medicinalmente como astringente intestinal; también los dátiles

¹ Los que se encuentran en toda la franja del norte de África y los más cercanos a Occidente.

pueden administrarse para dolor de garganta, resfriados, catarro o para disminuir la fiebre. Su nombre deriva de la palabra δάκτυλος (*dáctylos*), que significa “dedo” en griego, por su parecido con esta falange humana. La metáfora de la palmera (como la palma de una mano) y el dátil (como sus dedos) sugiere la acción curativa de la “mano de la naturaleza”.

La semantización por analogía

A diferencia de la metáfora, la analogía genera sus relaciones entre diferentes conceptos gracias a la razón, aunque en un sentido más distante por la visualización. A continuación, se mencionan algunas palabras que se semantizaron por analogía.

Limpiar con agua es un pleonasma etimológico. Nuestra voz limpiar proviene de la conversión en verbo de la palabra *Lympha*, que era la forma como los romanos designaban a la diosa del agua; esta palabra a su vez deriva de una confusión con un término extranjero: *Νύμφα (Nympha)*, que era la divinidad griega de las fuentes. Limpio es lo relativo al agua pura; la acción de limpiar (etimológicamente hablando) corresponde a aplicar agua. La palabra linfa que se usa en biología para hacer referencia al líquido transparente que recorre los vasos linfáticos proviene también de la analogía con esta divinidad acuática. Es importante aclarar que aunque los romanos utilizaron las letras “y” y “ph”, frecuentes en la traducción de palabras griegas al latín, para referirse a la diosa *Lympha*, ésta no tiene paralelismo con el idioma heleno, tal vez constituya una de las primeras confusiones filológicas que se observan en latín clásico, pues la palabra es totalmente romana.

Al médico se le llama doctor porque enseña buenos hábitos. A veces las palabras designan una profesión por equivalencia con las acciones que realiza el profesional; mismas que con el tiempo se popularizan más que la palabra original para dicha profesión. Un ejemplo de esto se encuentra en la palabra doctor, que en la actualidad se puede aplicar a los médicos; pero, más propiamente es un grado académico que viene posteriormente al de maestría. En este sentido, mientras que el licenciado está autorizado para ejercer una profesión, el maestro lo está para enseñarla, y el doctor para crear nuevo conocimiento y opinar sobre él. Doctor proviene de *docere*, que significa “enseñar”, y la terminación “or”, que significa “el que hace”, o “el que es capaz de hacer”. Por lo tanto, desde los romanos la palabra doctor se refiere a la persona que enseña el conocimiento que ella misma construye. La resemantización de la palabra doctor proviene de la época medieval, en la que los médicos, quienes acostumbraban a enseñar buenos hábitos a sus pacientes, fueron identificados con los doctores por ser “diestros para instruir”, por ese motivo aún se utiliza esta acepción en la actualidad.

Un avión es tan grande como un “gaviotón”. La palabra avión no existía en latín (porque, como es obvio, no existían los aeroplanos en la época de su esplendor); sin embargo, los romanos hacían referencia al acto de volar de dos maneras: una, utilizando el verbo *volaris*; otra, a través de la analogía con las aves. Al comenzar a surgir los aviones y planeadores a finales del siglo XIX, se decidió tomar la palabra romana *gavia* (que se aplicaba a las gaviotas), para referirse al artefacto volador hecho por el hombre; obviamente, como era más grande que una gaviota, se le llamó “gaviotón”. La pérdida de la “g”, que debería encontrarse antes de iniciar la palabra avión, es

un misterio. Como se puede ver, la construcción de esta palabra remite a una raíz modificada del latín y con significado de gaviota grande. Por lo tanto, un avión es un “gaviotón”.

La etimología del vocablo “palabra” es una analogía. El vocablo “palabra” proviene del latín² *parabula*,³ al igual que el cultismo “parábola”, que se define como “la trayectoria que realiza un objeto que se arroja hasta impactar un punto distante en el espacio”; el concepto “palabra” guarda analogía con la parábola, porque es el trayecto que va desde arrojar una vivencia (a través del sonido que sale de la boca) hasta su proyección en el distante oyente. Ambos vocablos tienen un origen ancestral común, aunque siguieron caminos separados.

El insólito recorrido de la palabra sueldo. De la palabra latina *solidus* procede el nombre que se dio a la moneda *sueldo*, porque con la inflación que había en la Roma imperial, la única moneda que no perdía valor era ésta, porque era una moneda de oro consolidada. En la Edad Media, “sueldo” sigue significando “moneda”, aunque con menor valor; pero, como coincide con la paga que en aquel tiempo cobraban los militares de menor rango, se creó el concepto de “soldado”, pues la milicia era una de las pocas instituciones que recibían periódicamente paga. Del acto de pagarles con un sueldo cada mes, también se reconceptualizó la palabra sueldo, ahora con

² También del griego *παραβολή* (*parabolé*).

³ Corominas indica que su significado original era comparación o símil.

el sentido de obligación de pago del patrón, acepción usada en la actualidad.

La sal presente en la etimología de la salsa y los embutidos. Venimos de hablar de sueldo, ahora hablemos de uno de sus equivalentes actuales, que es salario; esta palabra proviene de la paga mensual que se daba con sal a los soldados. La sal no sólo produjo este vocablo, también varios relacionados con alimentos, como salchicha y salami (los embutidos en la Edad Media se conservaban solamente con sal). En cambio, la sal que contienen las salsas, aunque no está puesta ex professo para conservarlas, debe su nombre al gusto por esta sustancia blanquecina.

La marquesina es una analogía a los marqueses. La palabra marquesina proviene del vocablo marqués, que es un título nobiliario superior al de conde e inferior al de duque. Sus orígenes se remontan a los señores feudales que vivían en el límite geográfico del reino, su título indicaba que eran vigilantes de la frontera; en caso de que ésta fuera amenazada estaban obligados a defenderla. Pero la analogía con las actuales marquesinas (las que asoman por arriba de las puertas en los hogares), es evidente; se refiere a que se encuentran en la frontera entre la casa y la calle. Además, suponiendo que la vivienda fuera el reino, desde ellas se vigilaría a los sospechosos que se posicionen por debajo.

La náusea es por el buque, el mareo, por el mar. Para terminar este apartado, vale la pena mencionar dos palabras que tienen que ver con analogías: náusea y mareo. La primera alude al mal del navegante –*ναύτης* (*naútes*) en griego– y, la segunda, al efecto del

mar –que en latín es *mare*– sobre los tripulantes de un navío. La acepción griega remite al malestar que adquieren las personas por viajar en barco, caracterizado por el estómago revuelto y deseos de vomitar. Por su parte, la acepción latina culpa al mar y no al acto de viajar ni al navegante (como pasó con los helenos). En la actualidad sabemos que, tanto las náuseas como el mareo, son síntomas que provienen del vaivén de los botes o barcos.

Semantización por relación

A diferencia de los casos anteriores, las palabras que se agrupan en este apartado no implican por fuerza la asociación con la visualización ni tampoco con la razón, simplemente surgieron derivadas de algún tipo de vínculo con el entorno. Por ejemplo, hilvanar se relaciona con tejer sobre un hueco, porque éste desaparecía; el concepto estadístico de azar está unido al de los dados empleados para jugar, porque tenían grabada una flor de azahar. A continuación, se abunda en el análisis de estos términos y otros más.

Hilvanar es tejer sobre la nada; es decir, sobre los huecos. Nuestro verbo hilvanar se compone de dos palabras latinas: *filum*, que significa “hilo”, y *vanus*, que expresa la idea de vacío. El término compuesto indicaba que el hilo se usaba en el vacío, o dicho de otra manera, que gracias a la acción del hilo quedaba sin vacío el espacio entre dos telas. *Vanus* se usaba para cualquier tipo de hueco (como el que aparece cuando hay un agujero en la ropa), por ese motivo se fusionó con hilo, porque cada vez que se cosía se “tapaba un hueco”. Por cierto, la palabra banalidad no está relacionada con *vanus*, aunque guarde similitud semántica, ya que significa “insustancial”; es un

galicismo sin relación con el latín vulgar, pues su etimología está en el fránico, lengua germánica que se extinguió en la Edad Media.

La flor pintada en un dado produjo el concepto de azar. Mientras que la palabra azar se refiere a la “probabilidad o casualidad de ocurrencia de un fenómeno”, el vocablo azahar se aplica a una reducida variedad de flores blancas, principalmente las del árbol del limón y del naranjo. Su etimología procede del árabe ibérico *azzahár*, con significado de flor. El concepto usado para la estadística también procede de esta flor, pues los árabes la dibujaban en una de las caras de los dados⁴ con los que solían jugar en Andalucía. Este juego es muy antiguo y comenzó en Babilonia, pero al cabo de unas centurias se diseminó por todo el Oriente Medio, llegando a la península ibérica precisamente a través de los árabes.

Los que gustan de solapar tienen razones valiosas para hacerlo. En la Roma Imperial, con tantas guerras y triunfos, los soldados que obtenían botines valiosos vivían temerosos de que los maleantes los descubrieran, esta situación los motivaba a buscar un lugar seguro dónde enterrarlos; pero luego de hacerlo, tenían la duda de no recordar el sitio exacto. Para no olvidarlo, cubrían sus fortunas con una piedra muy grande; a veces, era tan obvio este esfuerzo, que los ladrones buscaban las piedras sobresalientes para hurgar debajo de ellas. La anterior acción es el origen de la palabra solapar,

⁴ A falta de plásticos, éstos se hacían de los huesos de los animales, donde se grababan los números y las flores con instrumentos metálicos.

que se compone de dos términos que ya se usaban desde el latín clásico: *sub*, que significa “debajo”, y *lapa*, que alude a una piedra; es decir, piedra que se pone para ocultar algo. El verbo solapar indica que se cubre algo a propósito y casi de manera obvia. Con los años, también se produjo el sustantivo “solapa”, que originalmente significaba “toda prenda que sobresale de manera evidente sobre otra”. Actualmente se aplica a la prolongación del traje de vestir o abrigo que da vuelta sobre el pecho, por encima de los botones y se extiende alrededor del cuello.

La persona perspicaz es la que tiene perspectiva. La palabra perspectiva proviene del latín *per*, que significa “a través de”, y *spicere*, que es mirar. Significa “mirar a través de” o “mirar de lejos”. De esta palabra procede también el vocablo perspicaz, que significa “persona de suma agudeza para ver”, aunque tomando como base la palabra, debería significar más propiamente “persona que ve desde la perspectiva”. Por lo tanto, penetrar con inteligencia en los diferentes asuntos se relaciona con ser capaz de situarse desde un punto conveniente que permita ver el todo.

Los especuladores describen su propia experiencia. Especular es plantear una explicación proveniente de la propia imaginación, a veces muy distante de la realidad; esta acción implica un paso menor al de generar una teoría, pues no procede de observaciones enraizadas en la realidad, sino de las propias creencias. Los romanos sabían lo anterior, por eso creían que el que especulaba hablaba más de él que del asunto analizado, creían que se describía al mirarse en un espejo. Especular proviene del verbo latino *speculari*, que significa “observar” (se); es decir, conlleva la idea de ver, pero también de

verse. Por ejemplo, si alguien especulaba que otros le deseaban mal era porque esa persona en realidad estaba reflejando su propio deseo destructor hacia ellos.

Los conceptos de oriente y occidente se originaron por el Sol. La palabra Oriente se refiere al lugar por donde sale el Sol, viene del latín *orientis*, que significa “naciente”. Por su parte, la palabra Occidente procede de *occidens*, con significado de caída; hace referencia al lugar por donde se pone el astro rey. Aparte del fenómeno natural, estas palabras también se aplicaron a la división geográfica propuesta por los griegos de la antigüedad, pues concebían al mundo partido en dos grandes continentes: Europa y Asia, separados ambos por el mar. (Sin embargo, esta separación era una idea falsa, pues se ignoraba que ambos continentes estaban unidos al norte del Mar Negro).

Por antonomasia, la palabra occidental constituye las características en una determinada región geográfica; para el DRAE significa el “conjunto formado por los Estados Unidos de América y diversos países que comparten básicamente un mismo sistema social, económico y cultural”. Igualmente, para este diccionario, Oriente significa “Asia y las regiones inmediatas a ella de Europa y África”.⁵

El presagio no resulta difícil si se tiene buen olfato. Cuando alguien está en posición de predecir los sucesos futuros se habla de que

⁵ Cabe aclarar que aunque África está hacia el sur y no hacia el este, paulatinamente se fue considerando parte de Oriente por su asociación con las culturas exóticas; también por la distancia cultural que se creó con respecto a los países europeos.

tiene un presagio. La raíz etimológica de esta palabra proviene del latín *prae*, que es delante, y *sagire*, que significa “oler”. Se aplicaba, por ejemplo, cuando una persona lograba identificar el contenido de un canasto con alimentos que estaba en la misma habitación, porque los alcanzaba a oler. En su acepción primitiva implicaba la posibilidad de comprobar el “presagio” al tomar en sus manos el alimento esperado. Como el sentido del olfato se aplicaba para adivinar los productos en la antigua Roma, este sentido fue el más importante para conceptualizar la idea de predicción. Por algo decimos ahora “esto huele mal”, dando a entender que se presiente que algo no saldrá bien. Pero el sentido del olfato puede ser engañoso, solamente algunas personas lo tienen tan desarrollado que no yerran cuando se trata de distinguir algún aroma, lo que las vuelve más astutas. En un inicio se aplicó la palabra *sagax* a quienes tenían mayor capacidad olfatoria, luego cambió a significar a las personas previsoras e inteligentes.

El vigoroso vínculo entre vigor y vigente. La palabra *vigor* o *vigoris* significaba en latín “estar fuerte”. Sin embargo, su participio *vigens*, que produjo “vigente”, fue reutilizado hasta el siglo XVIII cuando se comenzó a aplicar a las leyes que aún eran efectivas; es decir, que aún tenían fuerza. Del anterior concepto legal provino el uso generalizado de “vigencia”, para referirse a un mandato o costumbre aún en uso.

La resemantización de la palabra sereno. La palabra sereno puede significar dos cosas en español: “una situación o condición apacible” o “el rocío frío que algún objeto capta durante la noche”. Ambas acepciones derivan del latín vulgar *serenus*, que significaba para los

romanos: “noche sin nubes”. Como en el medioevo se curtían los embutidos con sal, los cuales eran dejados a la intemperie durante la noche,⁶ “sereno” pasó a significar el rocío o la humedad que éstos captaban hasta que despuntaba el alba; luego simbolizó al mismo rocío. Conjuntamente, la carencia de nubes era garantía de noche tranquila; de ahí pasó a asociarse “noche serena” con “noche en calma” o “noche tranquila”; aunque en un principio se aplicó a la ausencia de nubes.

⁶ Obviamente esto se hacía cuando no había nubes, pues si llovía los productos en cuestión se desalaban.

Curiosidades de nuestro idioma

Grandes misterios etimológicos

DURANTE UN TIEMPO se ha intentado dar con el origen de algunas palabras, resultando vano el esfuerzo, pues a ciencia cierta solamente se han logrado algunas teorías explicativas no muy bien comprobadas. A continuación, se analizan estas palabras, que siguen en la mesa de análisis del laboratorio filológico y del debate.

El enigma de la palabra galimatías. La palabra galimatías se aplica para indicar que las personas que expresan una idea no hablan de forma clara; un ejemplo palpable de esta expresión se puede aplicar al lenguaje confuso que usaba Cantinflas en sus películas, mismo que arrancó más de una carcajada. Según Corominas (2011), es un galicismo que procede de una corrupción francesa que al referirse en latín a *Joseph ab Arimathia*,¹ se fue deformando. En un primer

¹ José de Arimatea es, en la tradición cristiana, el hermano menor del padre de la virgen María.

momento, se transformaría en “Joseph a Barimathias”, para luego pasar a “Garimatías” y acabar en “galimatías”, perdiéndose todo contacto con su base etimológica. Pero antes que se transformara en esta palabra, los habitantes de la alta Edad Media, ignorantes del lugar donde se encontraba el extraño pueblo de “Barimathias”, creían que su población hablaba un lenguaje ininteligible, de ahí procede esta connotación. Por cierto, sólo con el francés comparamos esta palabra, lo cual no demuestra por fuerza la explicación de Corominas. Para muchos expertos el enigma continúa.

Esclavo tal vez no se relacione con eslabón. Las cadenas se forman con muchos eslabones y cada uno de ellos es “esclavo” de los que se encuentran a su lado; por este hecho los etimólogos (como Joan Corominas) han relacionado la palabra esclavo con eslabón. El único aspecto que hace sospechar de su falta de correspondencia se refiere a la letra “b” al final de esta palabra, misma que no embona con su aparente familia lingüística. Aunque está claro que “eslavo” procede del latín *slavus* (que era el vocablo que utilizaban los romanos para llamar a algunos pueblos del este europeo); también, que la raíz latina produjo la palabra esclavo, el DRAE contradice la conjetura del parentesco con eslabón, estableciendo un posible origen con la voz *snuoba*, que en el idioma gótico (hablado por los visigodos que dominaron España antes de la llegada de los españoles) significaba “cinta”.

Nadie sabe con seguridad de dónde proviene la palabra camisa. Según Alatorre (2012), camisa es una palabra que en sus orígenes, más que prenda de vestir, denotaba la acción de vestirse en la cama;² para este autor, la terminación “isa” expresa acción. Según otros

afamados filólogos, la acción de colocarse la prenda en la cama no explica el surgimiento de esta palabra, más bien hace referencia a la ropa que nuestros ancestros se ponían para dormir, para ello aducen como prueba varios escritos en latín y medievales; por ese motivo camisa sería un equivalente a pijama o tal vez a camisión, pero más corto y dirigido hacia la parte superior del cuerpo.³ Otros más consideran que proviene del germánico *hemd*, que pasó al latín de manera tardía como *camisia* y que su relación con la palabra cama es una mera coincidencia; para quienes así piensan, ésta sería una prenda de vestir propia de las regiones teutonas.

Se desconoce si estallar procede de estrella o de astilla. La controversia no ha sido resuelta suficientemente con la palabra estallar; según Corominas (2011), procede de “astillar”; es decir, de “volver astillas algo”, pues considera que al mismo tiempo que el verbo *astellar* se transformaba para producir “estallar”, también originaba la palabra estrellar, con significado de hacer pedazos alguna cosa. Pero, ¡momento!, ¿qué estrellar no proviene de estrella? Pues sí, también viene de ahí, pero significaría en este caso “hacer que algo adquiriese forma de estrella”, mientras que el otro “estrellar” sería la definición anterior. Entonces, de resultar esto cierto, tenemos en el español una palabra estrellar que tiene doble etimología y doble significado.

² El pantalón o el abrigo se colocarían estando de pie y fuera de ella.

³ Seguramente más de algún europeo debió irse a trabajar con la camisa con que durmió, lo cual puede ser la base para que posteriormente se popularizara como prenda para ir a trabajar.

El extraño surgimiento de la palabra sublime. La palabra sublime representa una incógnita filológica, nadie sabe cómo llegó a ocupar su sitio actual. Se está al tanto que proviene de dos palabras romanas: *sub*, que significa “debajo de”, y *limis*, que alude a un límite, lo oblicuo, la diagonal o la inclinación. Corominas (2011) lo define como “lo muy alto” y aclara que hasta el siglo XVIII adquiere su connotación actual. Otros filólogos interesados en esta palabra creen que hace referencia a “tener la capacidad de ver la raíz o la base de las cosas” (debajo del límite común de visión); otros más creen que se debe a una analogía con lo que está en lo alto, fuera de la Tierra; es decir, con lo que está debajo del Sol (debajo de su oblicuidad) o de la bóveda celeste.

Etimologías erróneas

Con el correr de los años y el interés popular por conocer la historia de las palabras, se han estado reproduciendo algunas etimologías erróneas que contradicen al estudio serio. Estas afirmaciones, a fuerza de repetirse, tratan de ganar tintes de credibilidad ante la persona desconocedora de la etimología, que las ha aceptado y repetido sin cuestionar, dejando de lado su interés por corroborar la veracidad. Incluso circulan, sin que nadie las desmienta, en revistas prestigeadas, periódicos, Internet y Facebook; pero la mayoría de ellas son claramente falsas. A continuación, se analizan las más importantes.

Los adictos están dedicados persistentemente a hacer algo. Se ha popularizado una etimología por boca de los estudiosos del psicoanálisis, quienes consideran que los adictos son enfermos que se distinguen por la imposibilidad de hablar de sus problemas; pretenden explicar la

enfermedad con la etimología de la palabra adicción. Esta conjetura deriva de pretender dividir la palabra en “a” y “dicción”, creyendo ver en la “a” la negación del acto de hablar; es decir, consideran que la persona que tiene este problema no tiene una buena capacidad de expresar sus inquietudes internas. Para quienes creen que los adictos son aquellos que, al no poder expresar sus problemas, utilizan mecanismos anómalos para sustituir esa incapacidad de charlar, debió de parecerles muy sensata esta idea. Pero, cuando menos en lo que se refiere a la etimología, esto es un grave error, porque la “a” no es privativa en latín, sino aumentativa (Torres Lemus, 1978). En realidad, adicción proviene de *ad*, que significa “hacia”, y *dicere*, que significa “decir” o “indicar” (aunque también puede haber recibido influencia del verbo *dicare*, que significa “dedicarse”). En su origen etimológico significaba “estar comprometido por la promesa dicha a alguien”, tal vez pudiera significar “dedicado o entregado a alguien”. El adicto en tiempos remotos era la persona esclavizada por una deuda impagable, no el que reservaba sus palabras.

Los alumnos no necesitan luz, sino brillar con luz propia. Una falsa etimología dice que la palabra alumno proviene de dos raíces latinas *a*, que supuestamente significaría “sin”, y *lumis*, con significado de luz. Sin embargo, esto es falso, porque como se analizó en el anterior apartado, la “a” privativa solamente se utiliza en griego, en latín (que es el caso) la “a” es aumentativa. La palabra alumno viene del verbo latino *allere*, y significa “el que es alimentado”. Los maestros no iluminamos a los alumnos, en todo caso los nutrimos de conocimientos. Esta falsa etimología se debe a la confusión de equiparar la luz con el conocimiento, porque gracias a ésta podemos darnos cuenta de las cosas que nos rodean.

La palabra sincero no guarda ninguna relación con la cera. Desde hace algunos años se ha venido atribuyendo el surgimiento de la palabra sincero como derivado del apogeo de la venta de estatuas en la Roma imperial, se aplicaría a las personas que se rehusaban a disfrazar con cera las grietas o roturas de las figuras de mármol con las que comerciaban. Quienes seguían esta práctica deshonesta tenían la intención de vender sus mercancías en un valor superior; por el contrario, quienes se negaban a embaucar a los demás y estaban conformes con el verdadero valor de lo vendido, eran personas que no usaban la cera. Pese al anterior análisis, *sincerus* no guarda relación alguna con lo anterior, pues es una de las palabras más antiguas del latín, por tanto, antecesora del florecimiento de las esculturas que se popularizaron en los palacios y plazas romanas. Proviene de la raíz *sem*, que significa “similar”, “igual” o “puro”; guarda relación etimológica con las palabras similar y semejante (con la idea de que algo no ha cambiado ni sufrido ninguna transformación; es decir, que mantiene su pureza). También, está emparentada semánticamente con la palabra *franconis* (que era su sinónimo en latín tardío).

El nacimiento de Julio César no creó la palabra cesárea. Se suele creer que el origen de la palabra cesárea se debe al nombre del general romano Julio César, porque supuestamente su madre requirió ser cortada en el vientre para que naciera. Pero ambos datos son falsos: no hay relación entre cesárea y César, ni tampoco éste nació gracias a la intervención quirúrgica; la mejor prueba de ello es que su madre, Aurelia Cota, vivió muchos años después de su nacimiento. (Para esa época, lo más seguro es que hubiera muerto al haber sufrido tales incisiones sin antibióticos.) También se ha dicho que el nombre de César estaría relacionado con la palabra romana *caedere* (cortar),

pero esto igualmente es falso, pues su nombre es etrusco. Según aclara el Diccionario Médico-Biológico (2007), la palabra cesárea deriva de *Lex Caesarea*, que data de los tiempos de los primeros reyes romanos, con la que se obligaba a abrir el abdomen de una mujer muerta para intentar salvar al feto, o bien, en caso de deceso de éste, para enterrar a ambos en tumbas separadas.

La voz mermelada deriva del portugués marmelo. En algunas revistas y periódicos se ha atribuido incorrectamente el origen de la palabra mermelada (concepto referido al inicio de este libro) a un galicismo que hubiera entrado al español en el siglo XVIII. Proveniría de la popularización de un remedio utilizado por los cocineros de la reina de Francia, María Antonieta, el cual consistía en una jalea de fruta hervida con azúcar, para reducir sus achaques ventrales. Quienes así piensan, creen ver en la palabra mermelada a la Marie malade, que en francés significa “María enferma”. Esta explicación es falsa, pues la voz analizada se utiliza en nuestro idioma desde tiempos bastante anteriores al nacimiento de la infortunada reina. Proviene del portugués *marmelo*, que significa “membrillo”, y éste a su vez del latín *melimellum*,⁴ que significaba en la lengua de Cicerón “manzanas dulces o de miel”; lo cual implicaría que desde la cultura clásica ya existía la práctica de cocinar el membrillo, pues éste es un fruto demasiado duro y agrio como para que se le llamara así. Sin embargo, convertido en mermelada se transforma en su opuesto,

⁴ La práctica de la cocción de los membrillos fue introducida en Roma por los soldados que observaron esta práctica en los griegos.

adquiriendo las características tan afamadas de suavidad, dulzura y penetrante aroma.

Reivindicar: una palabra que necesita reivindicación. Es una idea recurrente para quienes comienzan el estudio de la etimología que la palabra reivindicación guarda relación con resarcimiento, porque pretenden dividir la palabra en el prefijo “re”, con significado de volver, y *vindicare*, como un equivalente a vengar. Pero lo anterior es falso, procede de *res* (cosa), *vis* (fuerza) y *dicare* (acusar). Entonces, bajo este análisis, equivaldría a “reclamar con fuerza una cosa”. Posiblemente la confusión deriva de que en la actualidad la palabra reivindicar se utiliza más como resarcir que como reclamar.

Coincidencias o el extraño vínculo etimológico

Algunas palabras presentan ciertas coincidencias etimológicas entre vocablos con denotaciones diferentes. Por ejemplo, el personaje romano Bruto se relaciona con el acto brutal que cometió; el mes de febrero con la fiebre que se propaga en ese tiempo de frío y el viernes con el riesgo de contraer una enfermedad venérea. ¿Acaso su origen explique algún vínculo que en apariencia está oculto ante nuestros ojos? A continuación, se analizan éstos y otros ejemplos.

El hijo adoptivo de Julio César cometió un acto brutal. La palabra bruto del español no guarda ninguna relación con el patronímico del hijo traidor de Julio César que llevaba por nombre *Lucius Junius Brutus*. Proviene del osco y entró al latín con la idea de pesado o difícil de mover; luego se fue transformando hasta indicar que quien tenía esa cualidad poseía una mente difícil de echar a andar

o bien una torpeza excesiva de movimientos; luego se convirtió en el equivalente a ser estúpido o irracional. Tal vez la tercera acepción que tiene el DRAE para esta palabra haya generado la confusión con el nombre homónimo del asesino del soberano romano, pues alude a un sujeto que puede ser “Violento, rudo, o carente de miramiento y civilidad”.

El mes de febrero es temporada para las fiebres. Para muchos etimólogos notables, la palabra febrero está emparentada con fiebre; pero, ¿qué relación tiene el nombre de un mes con la alta temperatura corporal de los humanos enfermos? El vínculo se puede encontrar al reflexionar que el organismo humano resiente con más fuerza las infecciones de las vías respiratorias en este mes, que representa el “corazón del invierno”. El dios etrusco *Februus* dio origen al mes *febrarium*; pero con el cristianismo fue sustituido por la festividad de la “Señora de la Fiebre”, lo cual pudiera ser más que una coincidencia. Para agudizar el vínculo, Bordelois (2010) indica que el día de la Candelaria, que es en febrero, se asocia a candelas y éstas a calor o fuego.

El cliente siempre tiene la razón: porque el patrón así lo quiere. Por otro lado, es amplia la polémica filológica sobre la formación de la palabra cliente. Según Corominas (2011), eran las personas protegidas por los patrones a quienes se llamaba *clientis*. La razón por la que evolucionaría esta palabra a la acepción actual sería porque el cliente es cuidado celosamente, con la intención de que siga adquiriendo los productos o servicios que paga. El refrán que reza “el cliente siempre tiene la razón” habla de que éste es un ser privilegiado en la organización comercial; además, los empleados

tienen la obligación de protegerlo contra cualquier contingencia. Esta situación guarda perfecta congruencia con su etimología latina.

Retaliación es volver a aplicar la Ley del Talión. Nadie sabe cuándo entró la palabra retaliación a nuestro idioma, ni si proviene del latín o del inglés. Pero mi punto de vista es que la palabra es latina por su estructura morfológica. Hace unos años colaboré con la página “significadode.org”, que es un diccionario abierto de la lengua española, para intentar desentrañar el misterio de dicha palabra (que, por cierto, está españolizada y para el DRAE equivale a venganza; pero contrario a su costumbre, el diccionario no aclara su origen). Después de varios días de cavilar sobre el asunto, y con un golpe de suerte al ver dentro de mi biblioteca el Código de Hammurabi, propuse que esta palabra sería latina y tendría como base la Ley del Talión (ojo por ojo, diente por diente). Su estructura sería la siguiente: “re”, significaría “volver a”, y “talia” constituiría la raíz de Talión. Reunidos sus elementos expresaría la siguiente idea: “volver a aplicar la Ley del Talión”. Afortunadamente esta explicación es la más aceptada en esta página.

Hay que tener cuidado con los viernes, para evitar la sífilis. La palabra viernes proviene de la contracción latina *Veneris dies*, que era la forma en que los romanos llamaban al día dedicado a la diosa Venus; pero el viernes oculta una advertencia mortal: la influencia de la belleza femenina que promueve la propagación de las enfermedades venéreas. Aunque de manera tradicional se ha concebido a Venus como la diosa del amor, su deidad era más mundana que la conceptualización romántica que tenemos ahora de ella,⁵ pues se refería al amor en el sentido de la atracción sexual e incluía la

prostitución; precisamente en su templo se daba esta práctica con sus sacerdotisas que funcionaban como meretrices. Aparte del sexo, la fertilidad es un atributo inherente a esta diosa; la mitología romana atribuye su llegada a Chipre saliendo de las olas del mar y haciendo brotar flores a cada paso que daba (Dunn-Mascetti, 2008). Por eso, se debe tener cuidado con los viernes, para evitar las enfermedades o los embarazos no deseados.

⁵ Es importante aclarar que Venus engañó muchas veces a su marido Hefestos.

Parejas de palabras

Cultismos y vulgarismos al mismo tiempo

AUNQUE CON IDÉNTICO ORIGEN ETIMOLÓGICO, algunas palabras coexisten en nuestro idioma como cultismos y vulgarismos; esto se debe a que el lenguaje que modificó la forma clásica incorporó posteriormente el término original. Comúnmente el cultismo representa un sentido diferente al vulgarismo; pero, como menciona Díaz y Díaz (1980), pudiera simbolizar lo mismo. A continuación, se analizan las siguientes parejas de palabras: causa y cosa, médula y meollo, delicado y delgado, así como pausar y posar. La primera representa al cultismo y la segunda al vulgarismo.

Causa y cosa comparten la misma etimología. Mientras que “causa” es un cultismo, “cosa” es un vulgarismo; pero ambas provienen de la misma raíz latina *causa*, con idéntico significado. Pero, ¿por qué “causa” se transformó en “cosa”? Según Corominas (2011), la explicación se debe a que cuando los romanos hablaban de las causas con los pueblos conquistados, éstos creían que se referían al asunto (para ellos, que les dijeran, ¿cuál es la causa? o ¿cuál es el asunto?),

era lo mismo). Luego que se sufrió la metonimia, “causa” comenzó a pronunciarse condensando el diptongo “au” en una simple “o”; es decir, se pronunció “cosa”. Al principio equivalía a asunto, pero luego, con el tiempo, semejó a objeto; mientras que la palabra causa siguió teniendo su significado en “motivo”. El vínculo que actualmente se puede establecer entre ambos vocablos se refiere a que “cosa” es todo lo que existe, mientras que “causa” representa la explicación de su existencia.

Médula o meollo, ¿usted qué prefiere? Tanto “meollo” como “médula” son palabras que derivan del latín *medulla*, con igual significado, sólo que la primera es un vulgarismo y la segunda un cultismo. Meollo se diferencia de médula porque se puede utilizar de manera indeterminada y aplicarse a situaciones sociales o incógnitas. La explicación de su distanciamiento semántico es la siguiente: como la médula es la sustancia blanquecina que se encuentra por dentro de la columna vertebral, muchos de los romanos usaban la expresión “la médula del asunto” como equivalente a “el eje del problema”; de esta manera comenzó la resemantización del vulgarismo; así, el DRAE lo define en su tercera acepción como “lo principal y esencial de algo”. Sin embargo, sigue siendo reconocido como equivalente a médula o incluso a seso, porque el cráneo representa el hueso y, su interior, la parte blanda (haciendo alusión a la columna vertebral).

Delicado o delgado, ¿he ahí el dilema! Delgado proviene del latín *delicatus*, que significa “fino” o incluso “placentero”, siendo aquella palabra el vulgarismo y “delicado” el cultismo. Con los años, la palabra delicado (con mayor nivel de indeterminación) se concretizó en delgado, pues durante muchos siglos las personas “bellas”

fueron asociadas con las que tenían pocos kilos. El DRAE aporta numerosas definiciones (once en total) de la palabra delicado; por ejemplo, da la idea de flaco, quebradizo, de buena sazón, que está expuesto a contingencias, que es fino; también equivale a bien parecido si se refiere a rostros; igualmente puede ser equivalente a sutil y, de la misma manera, aplicable a alguien difícil de consentir; o si se refiere a las características de personalidad, apunta a quienes proceden con mucha escrupulosidad. Los autores posmodernos insisten en el cambio de percepción que se ha dado en las últimas décadas, mismo que tiende a favorecer la idea de lo delgado como equivalente a lo bello (por ejemplo las modelos hiperdelgadas); por eso, una de las acepciones de delicado es la de bien parecido. Esta tendencia que pudiera parecer un fenómeno moderno, en realidad es inherente al hombre, ya que la etimología estableció de manera natural el vínculo entre lo delgado y lo bello, como se puede apreciar en el análisis anterior.

Hay que hacer una breve pausa para posar. Tanto “pausar” como “posar” provienen del latín *pausare*, que significa precisamente “hacer una pausa”. Respecto de estas palabras vale la pena hacer una doble aclaración: el vulgarismo “posar” entró por el francés y, aunque es un galicismo, al mismo tiempo representa la transformación de una palabra introducida directamente por los romanos en la península ibérica. La explicación de la resemantización es sencilla de entender. Quienes posan tienen que detenerse, por ejemplo, mientras los pintan; de la misma manera hacen los que entran a una “posada”. Por su parte, las personas que necesitan un lugar especial para suspender momentáneamente sus actividades (y tal vez dormir un buen rato a pierna suelta) requieren de “aposentos”.

La contracción del diptongo “au” en la letra “o” representa la transformación de esta palabra a través de nuestro idioma, situación que ocurrió de manera similar con muchas otras palabras. Pero la idea de detenerse, que es la de pausar, conllevó a la idea de estar inmóvil o descansar, por asociación.

Uso indiscriminado de palabras diferentes

La etimología permite discriminar las palabras que se usan erróneamente como sinónimos, cuando en la mayoría de los casos existen diferencias importantes. Como ejemplo de lo anterior, se suele confundir la palabra paidofilia con pederastia, bucal con vocal y contextualizar con contextuar. El parecido sonoro así como la familiarización con su uso indiscriminado ha llevado al hablante común a no distinguirlos con claridad. A continuación, se estudian estos pares.

La profunda diferencia entre paidofilia y pederastia. Muchas veces se usan indebidamente las palabras paidofilia y pederastia, intercambiándose como si fueran sinónimos. Sin embargo, tienen diferente significado y origen etimológico; además, muchas de las veces no se escriben ni se pronuncian correctamente. En primer lugar se debe escribir paidofilia y no “pedofilia”, como aparece en *Wikipedia*; de la misma manera, pederastia no lleva acento ortográfico, por lo tanto, es incorrecto escuchar la pronunciación “pederastía”. Paidofilia proviene del alemán *pädophilie*, fue acuñada por el psiquiatra Richard von Krafft-Ebing en el siglo antepasado, aunque se basó en el griego clásico *παιδός* (*paidós*), que significa “niño”, y *φιλία* (*filía*), con equivalencia a “gusto” (aquí no representa amor ni amistad, como

en filosofía o filología). Pederastia,¹ por otra parte, proviene del griego παιδεραστία (*paiderastía*), que comparte la primera raíz, y ἐραστής (*erastés*), que significa “amante”. La definición actual de paidofilia hace referencia a “la atracción sexual por los niños menores de 13 años (es decir por los prepúberes)”; mientras que la de pederastia apunta a “la acción de tener relaciones sexuales con ellos”. La primera palabra se caracteriza por el deseo, la segunda por la acción. En el primer caso es una parafilia y pudiera no implicar delito (porque puede haber pedófilos² en la fantasía solamente); mientras que en el segundo caso es un delito reprochable.

Bucal y vocal se unen en la palabra oral. Las palabras bucal y vocal se confunden a menudo. Como ejemplo de esto, se suele escuchar la expresión errónea “cuerdas bucales”, cuando lo correcto es decir, cuerdas vocales. La palabra bucal sólo debería ser usada para referirse a la boca (labios, lengua, dientes, encías, paladar, etc.); por su parte, el término vocal únicamente para hacer referencia al sonido de la garganta (a lo relacionado con las letras vocales y en general al aparato fonador). Para complicar más el buen uso de los vocablos anteriores, la palabra oral sintetiza a ambos y puede abarcar indistintamente a la boca o a la voz. Por ejemplo, cuando se habla de “examen oral” se hace referencia a que alguien tuvo un examen hablado (no al examen de la boca); mientras que la expresión “sexo oral” alude a las relaciones sexuales génito-bucal (no a tener sexo

¹ Esta palabra no es nueva (como paidofilia), pues proviene directamente del griego clásico.

² Cuando se habla del que lo hace lo adecuado es escribir pedófilo, no “paidófilo”.

a través de la voz). La palabra oral permite abarcar a la boca y a la voz, como se puede apreciar en los dos ejemplos anteriores.

No es lo mismo contextualizar que contextuar. Aunque más de uno de los amables lectores pudiera considerar que este análisis debería ir en el apartado “Etimologías para la investigación”, se decidió colocarlo aquí por la confusión que suele ocurrir al usar ambas palabras. En tesis se utilizan con frecuencia dos procesos diferentes: “contextualizar” alude a la necesidad de situar en un contexto la información y se produce principalmente en uno de los apartados intermedios de los trabajos de grado, llamado “marco contextual”. “Contextuar”, por su parte, afirma la posibilidad de demostrar con textos la información que se está expresando y, comúnmente, se utiliza en el marco teórico y en una de las partes finales de la tesis (la que se refiere a la discusión de los resultados). Al realizar afirmaciones se requiere citar la fuente de los datos, es decir, utilizar un texto como testigo para que soporte lo dicho por el tesista. Como se puede ver, no es lo mismo contextuar que contextualizar.

Palabras parecidas pero de etimologías diferentes

Llama la atención la existencia de otro tipo de voces duales, parecidas en sonoridad (que evocan las características de las parónimas); pero, a diferencia de las analizadas con anterioridad, se aprecia en ellas la falta de un lexema que las vincule; en algunos casos se les usa como sinónimos y su parecido suele hacer creer en algún tipo de relación etimológica. Veámoslas a continuación.

Prolijo o prolífico, su origen clarifica su significado. Por el parecido semántico y sonoro, “prolijo” y “prolífico” aparentan guardar parentesco y funcionar como sinónimos, hecho que ha llevado en más de una ocasión a la confusión. Prolijo proviene de dos raíces latinas *pro*, que significa “hacia adelante”, y *liquere*, que da la idea de fluidez. Esta palabra se puede aplicar para aquello que es “dilatado o lento en exceso”, lo cual, aplicado a un humano podría indicar esmero, por un lado, o impertinencia por otro. En cambio, prolífico, deriva de la raíz latina: *proles*, que significa “descendencia”, y *facere*, que significa “hacer”; es decir, el que tiene capacidad de tener muchos hijos; aunque también puede aludir por metáfora a un autor que produce cuantiosas obras; es decir, que tiene numerosos “hijos” intelectuales. Para recordar, mientras que alguien “prolijo” se excede en el tiempo invertido, alguien “prolífico” suele ser abundante al momento de obtener resultados.

Con ínfulas o “inflado de orgullo” por el cargo. La expresión “tener muchas ínfulas”, que significa “creerse mucho”, no guarda relación alguna, como pudiera pensarse, con la raíz latina *inflare*. Las ínfulas eran cintas que usaban en la cabeza los reyes romanos (quienes mandaban antes de la expansión del imperio) y en la actualidad las usan los obispos en la Iglesia católica; como se puede ver, su uso expresa poder político o religioso. Por su parte, el participio inflado proviene de dos derivados latinos: *in*, con la idea de penetrar, y *flare*, con la idea de soplar. Aunque alguien que detenta el poder está “inflado de orgullo”, la raíz no guarda ninguna relación con estas dos cintas que se portan en la cabeza, en este caso, un objeto o símbolo hace saber a su portador que tiene supremacía, lo que lo vuelve presuntuoso o vanidoso.

Es más adecuado ser coherente que congruente. Las sutiles diferencias entre las palabras congruente y coherente se dejan entrever en la definición que ofrece el DRAE, que expresa que la primera podría implicar un acto de conveniencia, mientras que en la segunda hay una conexión entre las partes; es decir, la persona congruente tiene la cualidad de pensar y actuar de la misma manera, aunque pudiera hacerlo para aparentar; quien es coherente no puede fingir coincidencias entre los anteriores aspectos, pues los elementos que lo hacen actuar de esa forma son inherentes a sí mismo. Pero la etimología permite avanzar aún más en las diferencias; la palabra congruencia procede del latín *con*, que es un prefijo que da la idea de que lo que se hace es global y, *gruere*, que significa “coincidir”. La palabra coherencia proviene del latín *con* (que ya se explicó), y de una derivación del verbo *haerere* (*haerens*), que significa “unir” o “adherir”. Derivado de lo anterior, una persona congruente es la que logra hacer coincidir sus pensamientos, palabras y actos, aunque pudiera no serle propio ser así; mientras que una persona coherente no está interesada en cuidar las aparentes discordancias, pues manifiesta en sus acciones la equivalencia con lo que dice.

Las calzadas son para que transiten los carros, no la gente con calzado. Hace tiempo, cuando intentaba componerle un poema a la calzada de León –lugar emblemático de esta región del estado de Guanajuato–, me encontré con una definición de calzada que no esperaba: “como lugar por donde pasan los vehículos”. Confieso que durante un buen tiempo creí que la palabra estaba emparentada con calzado y que tal vez se definía como: “el lugar por donde camina la gente refinada, la que no anda descalza”. Pero no hay ningún vínculo entre esas dos palabras. La palabra calzada es el lugar por donde

los coches circulan porque proviene del latín *caliza*, piedra con la que los romanos empedraban las avenidas para hacer más fluido y fácil el traslado de los carros, carruajes o caballos; mientras que la palabra calzado proviene de *calx*, con significado de talón.

Sinónimos débiles y nexos apenas reconocibles

Para finalizar este capítulo, no se podía dejar de hablar de los vocablos que tienen un sinónimo débil (pues existe un elemento particular que evita su total similitud); un ejemplo es “tripa” y su casi equivalente en “intestino”; a este tenor, la palabra monólogo, que es griega, compite con su equivalente latino: soliloquio. Otras palabras tienen un nexo etimológico, pero su semántica dista mucho entre sí, como ejemplo están “sesgado” y “sosegado”, así como “linaje” y “línea”.

La tripa es el intestino que extirpó un destripador. Aunque el título de este apartado parezca un trabalenguas, en realidad pretende explicar el surgimiento de la palabra tripa, así como el distanciamiento con su equivalente más cercano: el intestino. Iniciemos con la siguiente pregunta, ¿qué pensaría un taquero si en vez de decirle: “Me da un taco de tripa”, le señalaran: “Me da un taco de intestino”? Esta frase sería desastrosa para quienes escucharan, porque cuando se habla de esa manera se produce una asociación con el contenido repulsivo y mal oliente de esta víscera tubular. En español se usa el vocablo tripa para ser aplicado a los intestinos que están fuera del abdomen, lo que sugiere la posibilidad de que estén limpios y disponibles para ser freídos. Pero, ¿por qué no se les llama de la misma manera a ambos? ¿De dónde salió la palabra tripa? La explicación procede

del latín *exstirpare*, que se convirtió en el verbo destripar; después de esto no tardó mucho en aparecer el sustantivo tripa. Solamente las tripas proceden de una extirpación; es decir, derivan forzosamente de un arrancamiento. De ahí su nombre diferente al de intestino, pues son el producto de lo que hace un “(d)estripador” después de abrir la panza y cortar en segmentos su interior.

Monólogo y soliloquio son casi sinónimos perfectos. Un soliloquio se define como el acto de hablar en solitario y sin hacer referencia a ningún diálogo que pudiera ser imaginario o real. Aunque el monólogo se aplica en la práctica más a lo hablado (como cuando se dice: “ya terminaste tu monólogo”), el soliloquio ha pasado a través del tiempo como un escrito a solas (como los *Soliloquios de Marco Aurelio*). Cabe destacar que para el DRAE es a la inversa, pues considera que el soliloquio es la reflexión en voz alta y a solas, mientras que ve en el monólogo parte de una representación teatral (que pudiera estar escrita). Sin embargo, ambos significan exactamente lo mismo, con la diferencia de que proceden de diferentes fuentes etimológicas. Monólogo proviene de *μονολόγος*: *μονος* (*monos*), que significa “uno”, y *λόγος* (*logos*), que es lo hablado. Soliloquio: *solis*, que significa “uno,” y *loquor*, que hace referencia a hablar. El monólogo es un vocablo completamente griego y el soliloquio completamente latino.

Sesgado o sosegado, el vínculo débil pero certero. Las palabras sosegado y sesgado son derivaciones latinas cultas, concretamente provienen del vocablo *sessicare*, que en Roma significaba “estar sentado”, aunque también podía aludir a la paz de una persona descansando. Esta segunda acepción es ya, de por sí, una resemantización por la

relación que establecieron los romanos entre estar “sentado” y estar “tranquilo”; es decir, poco a poco se estableció un vínculo entre la conducta indolente con no tener preocupaciones. (También indirectamente esta etimología relaciona el estar de pie con estar activo o intranquilo). Pero, seguramente a más de uno le resulta difícil vincular la palabra sesgado con el latín *sessicare*, ya que su significado dista mucho de estar reposando. Sesgado se usa en estadística cuando se quiere resaltar que hay algún fenómeno que está desviando la información o los resultados; el DRAE lo define como la señal de que algo se torció hacia un lado. La explicación del surgimiento de la anterior palabra se debe a que, en España, se vinculaban los ríos lentos con sus desviaciones constantes y éstas, con la idea de relativa quietud, ya que los ríos rápidos eran casi rectos y no se observaban giros cuando avanzaban. De ahí se creó la palabra sesgado, derivada de sosegado, al indicar que había un significativo cambio en el trayecto.

El linaje es la línea que une con los antepasados. Tal vez a muchas personas les sorprenda que la palabra línea deriva del latín *linum*, que en ese tiempo designaba a la planta del lino, que fue la primera fibra usada en la elaboración de hilos y telas. Aunque su cultivo inicia con los egipcios, pronto se propagó su práctica por Europa, haciendo de su procesamiento uno de los ejes centrales de las industrias de la antigüedad. Como los tejedores de lino debían tensar los hilos resultantes de la planta, lo rectilíneo de éstos representó a las líneas y, por extensión, a lo recto. De esta raíz coexisten algunos derivados en nuestro idioma, unos por vía culta y otros por vía vulgar. Por ejemplo, linaje significa “la línea que nos une con los antepasados”; es un cultismo. Por otro lado, desaliñado no es otra

cosa que “desalineado”; hace alusión a los hilos o cabellos que no están tensos, por tanto, que se ven torcidos.

Etimología de los libros y la enseñanza

En relación con los libros

Algunas etimologías están relacionadas con los libros, como el vocablo texto, que es uno de sus sinónimos más cercanos, porque alude al “entretejido” de las palabras; por otra parte, casi todos los libros se dividen en capítulos, término que alude al diminutivo de cabeza que se encuentra en la letra capital. Para escribir se requiere pluma y tinta, siendo precisamente el calamar quien contiene ambos elementos, motivo por el cual fue reverenciado por escritores y libreros en la antigua Roma. Este apartado termina analizando la etimología de libro, que significa “corteza de árbol”.

El texto es un tejido de palabras, el pretexto las quiere ocultar. Texto y pretexto proceden del latín tardío, teniendo como raíz común el verbo *texere*, que significa “tejer”. Aunque los romanos usaban un verbo específico para el acto de escribir (que es *scribere*; teniendo en *scriptum* su participio), también usaban paralelamente la palabra *textus*, que se podría traducir como “tejido”, haciendo alusión al esfuerzo de los escritores por “entrelazar” las palabras o las ideas.

Por otro lado, la palabra pretexto significa etimológicamente “lo que se pone por delante de lo entrelazado”; es decir, se refiere a aquellas excusas que se colocan para evitar el entramado verbal. Por eso, un pretexto es algo que intenta encubrir la verdad, aunque no siempre lo logra, porque el argumento está hecho de un “tejido diferente”. Éste se suele usar para justificarse de hacer algo o también para evadirse de hacerlo.

El capítulo inicia cada vez que aparece una letra capital. La palabra usada por los romanos para designar a la cabeza fue *caput*, mientras que *capitulum* se convirtió en el diminutivo de ésta, con significado equivalente a cabecita, lo cual derivó en capítulo. Pero, ¿por qué se le llama capítulo a los segmentos divisorios de los libros? ¿Qué relación guarda con la cabeza? La razón estriba en que antes no había forma de distinguir entre un capítulo y otro, sino a partir del inicio de los apartados que comenzaban por una letra más grande, misma que ahora se conoce como letra capital. Capítulo hacía referencia a dicha letra y con los años también designó al apartado donde se encontraba.

El calamar fue el animal marino preferido por los escritores. La palabra calamar entró al español por el italiano *calamaro*, con significado de tintero; pero esta palabra proviene a su vez del latín *calamarius*, que se descompone en *calamus*, que simboliza “caña o pluma para escribir”, y *arius*, que expresa el lugar donde se encuentran. También del calamar se extraía la tinta para escribir con las plumas que venían en el cuerpo interior de este cefalópodo, por ese motivo era tan bien visto por la incipiente industria de la escritura. El nombre dado a este molusco era el mismo que se le daba en la Edad Antigua a

los tinteros que tenían orificios para colocarles las plumas de ave, con que se escribía. De esta misma raíz deriva la palabra caramelo, que proviene del latín, *calamus mellis*, que se traduce literalmente como “cañas de miel”.

La etimología de libro proviene de la corteza de los árboles. Nos explica Corominas (2011) que la palabra libro proviene del latín *liber*, que significa “parte interior de la corteza de los árboles”. Su etimología es congruente con su significado, ya que en Roma los libros eran pergaminos enrollados y escritos de un sólo lado, para su fabricación era necesaria la corteza de los árboles. Se les llamaba volúmenes, precisamente porque al estar enrollados ocupaban un “grosor voluminoso”; esto cambió cuando Octavio Augusto aprobó que la corteza del árbol se segmentara en rectángulos, se cosiera por un lado y se escribiera por ambas caras, a esta nueva modalidad de libro se le llamó *codex*, y fue una verdadera revolución, ya que su contenido ocupaba menos espacio; además, era más sencillo acomodar los tomos en las estanterías.¹ Tuvieron que pasar 1500 años para que Gutenberg imprimiera el primer libro con forma rectangular y con caracteres de tinta, como se utiliza hasta la fecha.

¹ Como se puede ver, desde esa época era importante que los libros contuvieran la mayor cantidad de palabras posibles, como luego se vino haciendo a través de hojas cada vez más delgadas, hasta lograr incrementar la información gracias a una letra nítida y de menor tamaño.

En relación al acto de enseñar

Alrededor de la enseñanza se agrupan varias palabras de interés; como el vocablo ejemplo, que es la idea o acción necesaria para volver práctica una enseñanza; también la palabra dócil, que implica una condición necesaria para que el alumno asimile los conocimientos que provienen del maestro; la palabra enseñar significa “señalar al interior”, porque el buen docente cambia las estructuras internas y deja huella en aquel que supo hacer los cambios necesarios para su transformación; en la parte final se habla de las diferencias y similitudes entre la palabra doctor y docente.

Enseñando con el ejemplo y también al poner ejemplos. Una de las características deseables de la pedagogía áulica se refiere al mayor esmero que deberían poner los maestros para ejemplificar sus clases, con el objetivo de que los alumnos asimilen mejor la teoría. Pero, de dónde viene esta palabra. Ejemplo proviene del latín *exemplum* (el verbo es *eximere*), donde *ex* significa “sacar fuera”, y *emplum*, simboliza aquello que puede ser tomado. Por lo tanto, un ejemplo es una alusión externalizada a propósito para que sea tomada por alguien; debe tener, precisamente, la característica de que sea asimilable, por ese motivo debe ser claro y entendible, pues de nada sirve exponerlo si la persona no lo puede llevar a su mente o a la práctica.

Para asimilar los conocimientos se requiere docilidad. La palabra dócil se compone de la raíz latina *docere*, que significa “enseñar”, y el sufijo *il*, que expresa una posibilidad pasiva; de manera concreta significa

la capacidad para recibir la acción del verbo enseñar. Entonces la persona dócil es la que permite que se “poseione” el docente sobre ella, para ser educado. *Docilis* era para los romanos el equivalente a enseñable. También hablar de una persona dócil, por extensión, puede hacer referencia a quien es suave y apacible; de igual forma a alguien que puede ser guiado y en quien se consigue ejercer algún tipo de presión, sin que tenga una reacción negativa.

Enseñar es lo que se hace cuando se señala al interior. La palabra enseñanza –y sus derivados, como enseñante o enseñar– no guarda relación con la etimología de la palabra educación. Proviene de dos componentes latinos diferentes: *in*, que significa “introducir”, y *signare*, que representa la idea de señalar o trazar algo a alguien. Es decir, alude al acto de producir una marca (emocional o cognoscitiva) dentro de un individuo. El enseñante es la persona que, aunque señala el interior, produce cambios en la conducción exterior futura del enseñado. Parientes etimológicos de esta palabra son: “asignatura”, que habla de la materia que ha sido señalada para llevarse en el aula; y “significado”, que es aquello que una palabra señala.

Diferencias y similitudes entre docente y doctor. Las dos palabras provienen del latín *docere*, que significa “enseñar”, pero sus terminaciones difieren: el sufijo “ente” y el sufijo “tor” las aleja entre sí. Mientras que un *doc-ente* es un “agente” de la enseñanza; un *doc-tor* es un productor de conocimientos enseñables. Por decirlo de alguna manera, el docente utiliza conocimientos que no le son propios, pues los toma prestados de alguien más. Mientras que el doctor no sólo es el productor de dichos conocimientos, sino

también aquella persona capacitada para transmitirlos, pues fue ella misma quien los creó.

En relación al aula

Para cerrar este capítulo es importante hablar de algunos fenómenos relacionados con el aula, como la obediencia, que debería imperar en todo recinto educativo; de la misma manera es importante conocer la similitud entre cátedra y silla (que, dicho sea de paso, cada vez queda más confusa, en contraste con lo que pasaba en la época romana, cuando la dificultad estribaba en establecer su diferencia); se termina con el análisis conceptual que produjo el uso de la mano, como la palabra mañoso en oposición a educado.

Los alumnos deberían obedecer al maestro. Ahora resulta casi imposible que los alumnos atiendan las instrucciones del maestro; es decir que lo obedezcan. La tecnología actual los ha provisto de tantos distractores que resulta muy difícil que la mayoría se encuentre concentrada en clase. Además, la palabra obedecer se ha ido desgastando con el tiempo, procede del latín *ob audire*, que significa literalmente “atender lo que se escucha”. Esta acepción significaba estar al pendiente del otro que era superior en conocimientos, mover el oído hacia donde él estaba y escuchar sus instrucciones. La raíz latina literalmente indica “ponerse de frente a lo que se dice, para atenderlo”. La nueva era de libertad que inauguramos ha generado que esto cambie, pues resulta cada vez más difícil lograr que el alumno siquiera escuche al maestro, menos que desee seguir sus instrucciones.

Las escuelas requieren una cátedra y muchas sillas. La cátedra es la silla desde donde una persona ejerce un trabajo que la sociedad considera decoroso, desde ese asiento se dirige a un auditorio periódico para impartir las lecciones o aprendizajes habituales. Dicha palabra está emparentada con catedral, porque significa el inmueble eclesiástico donde se encuentra la silla del obispo; otro de sus derivados es “catedrático”, que se refiere a aquel que tiene una silla o un asiento dentro de una universidad. Por otra parte, cátedra y cadera son palabras que hace veinte siglos significaban exactamente lo mismo, la primera es un cultismo y la otra un vulgarismo. Pero la palabra cadera, aunque proviene de la deformación lingüística de “cátedra” se comenzó a emplear en España, primero para referirse a las posaderas que se colocaban sobre la silla y, luego, simbolizó la parte dura, que en este caso es el hueso próximo a ellas. La diferencia entre cátedra y silla era muy importante en la época clásica, pues la cátedra era un asiento que solamente podía usar un maestro o un ministro religioso; es decir, estaba previamente asignado para alguien que reconocía en ese asiento su lugar de trabajo. Mientras tanto, la palabra silla era un mueble común a todos; esto es, donde cualquiera se podría sentar.

Se va a la escuela para ser educado y no mañoso. La palabra maña proviene del latín tardío *mania* (con acento en la primera “a”), que es una modificación de *manus* y significa “lo que se hace con las manos”. En un inicio hacía referencia a tener una determinada capacidad manual para hacer algo; pero, como indica Corominas (2011), con el tiempo el vocablo cambió a significar la idea de contraer un vicio, por eso es común escuchar en la actualidad de manera peyorativa “esta persona agarró una maña”, “está amañado”

o “se hizo mañoso”. Según el DRAE, maña se define como “vicio o mala costumbre”, aunque también el mismo diccionario acepta que puede significar “destreza o habilidad”; pero estas acepciones dejan entrever un cierto elemento despectivo que se relaciona con el desarrollo de cualidades prácticas en detrimento de las mentales. Una posible explicación de la erosión de este vocablo puede encontrarse en la percepción negativa del trabajo, porque las manos se asocian a los trabajadores y laborar era una situación denigrante en la Roma imperial.² También se ha equiparado la destreza de la mano con la habilidad que tienen aquellas personas que se dedican al hurto de objetos en la vía pública, de ahí que entrenar la mano se vinculó de alguna manera con la capacidad de robo. Paradójicamente, la mano también se usa para escribir; el entrenamiento de esta habilidad se encuentra vinculado con uno de los más altos logros que ha producido la cultura latina: sus escritores; ¡pero ni huella de lo anterior en la palabra maña! Otra expresión peyorativa relacionada con la mano se encuentra en el verbo manipular, que alude a la persona que influye desfavorablemente en otra para lograr sus propios intereses torcidos. Asimismo, los verbos manifestar,³ masturbar⁴ y la expresión “hacer un mandado”, tienen algunos elementos despectivos. Después de realizar un balance de los derivados de *manus*, se aprecia que tiene más aspectos negativos que positivos. Las únicas palabras no peyorativas que derivan de

² Esto debido a que los esclavos eran los que trabajaban.

³ Hacer fiesta con las manos.

⁴ Turbar con la mano.

mano y que aluden a escritura son manuscrito y manual. Resulta paradójico, pues el mayor cambio evolutivo que logró la civilización humana se generó gracias a la mano.

Etimología para comprender la investigación

Los elementos que comúnmente llevan las tesis

En esta parte se habla sobre las partes principales de que se compone una tesis, como el protocolo de investigación, el planteamiento del problema, el marco teórico, la parte técnico-metodológica (donde se indica el procedimiento que se sigue para obtener los datos del estudio), la discusión de los resultados, las conclusiones y los derivados del trabajo de tesis.

Con el protocolo de investigación inician las tesis. Los proyectos de investigación científica comienzan con un protocolo; pero, ¿qué significado etimológico tiene? Esta palabra se ha ido alejando de su etimología original, pues en Grecia se aplicaba para describir de manera somera el contenido de los libros (volúmenes) de aquella época. Literalmente representa “la primera hoja que va pegada al volumen”, proviene del griego *πρωτόκολλον*, que se divide en *πρῶτος* (*protos*), que significa “primer”, y *κολλα* (*kholla*), que es cola o pegamento. En la actualidad se refiere a la descripción ordenada de las intenciones metodológicas e investigativas en los

procesos de grado (aunque puede tener otros significados). Su similitud con la etimología original se encuentra en que son las primeras hojas que van al inicio de los trabajos de tesis, donde el estudiante realiza la propuesta de lo que pretende investigar. En esta parte describe su objeto de estudio; la delimitación temporal, espacial y poblacional (que se refiere a dónde y con quiénes lo va a hacer); también aquí se plantea el problema y se producen los objetivos. De la misma manera, en el protocolo se debe explicar lo que justifica la realización de este esfuerzo y los beneficios que pretende obtener el investigador.

Problema significa hacer, proponer o identificar. Todo comienza con un problema, nos dicen los estudiosos del fenómeno de la investigación. La palabra problema proviene del latín *problema* y ésta, a su vez, del griego *προβλήματος* (*problématos*), que se descompone en *πρό* (*pro*) que significa “delante”, y *βάλλω* (*ballo*), que quiere decir “yo propongo”. En su acepción original era una tarea que se debía realizar, un ofrecimiento a alguna cuestión o bien identificar la cuestión misma. Con los años, la búsqueda de soluciones y sus propuestas hicieron que esta palabra se asociara con la idea de enfrentarse a una contrariedad, lo cual constituye su acepción actual; es decir, sugiere enfrentarse a una dificultad de espinosa solución. Con esta acepción inicia toda investigación, si no hay un problema no hay nada que investigar. En el planteamiento del problema se analiza en qué consiste la situación, por qué y a quiénes afecta y qué posibles soluciones se han trazado.

La teoría permite ver los fenómenos del mundo. La palabra teoría ha sido un campo propicio para la controversia. Algunos intelectuales

han atribuido su origen al dios Zeus,¹ mientras que otros al sentido de la vista. Pero su resultado no está a discusión, después de estudiar a los grandes filólogos se puede constatar que esta palabra deriva del griego θεωρία (*theoría*), que, en efecto, está emparentada con θεα (*thea*), que es vista; significa “lo que sirve para ver”. La idea común de que las teorías son poco prácticas es errónea, pues, como lo indica su misma etimología, permiten ver en el mundo aquello que está vedado a los ojos de quienes, aunque humanos dotados de inteligencia intuitiva, carecen de una estructura lógica y conocimiento previo. Como ejemplo de lo anterior, los pacientes se sorprenden cuando escuchan a un médico, quien, apuntando a una radiografía les dice, ¡aquí está el problema!, aunque ellos no vean más que manchas en la placa que les tomaron; esto se debe a que el galeno estudió una teoría que le permite *ver* lo que en apariencia no existe. Una teoría procede de lo que deja un científico asentado en un libro, revista o comunicado, pero esta visión particular deriva de una amplia reflexión que tuvo que realizar para identificar en la realidad un patrón regular de datos. Cuando alguien lee su registro puede “usar sus ojos” (es decir, su teoría), para ver en la realidad esos elementos que eran invisibles; por eso la teoría pretende entrenar al estudioso para interpretar la realidad.

¹ En lo particular me resulta difícil creer que Miguel Martínez Miguélez atribuya en su libro, *Comportamiento humano* (1996), el origen de esta palabra a Θεός (*Theós*), el dios de los griegos, ya que la teoría no se produce por inspiración divina, ni tampoco es una visión revelada por un oráculo; es algo mucho más sencillo, pero al mismo tiempo más dignamente humano: representa el avance científico que proviene de entender la visión de las mentes brillantes que lograron compartirnos su *logos* para hacernos la vida más entendible.

Método o técnica: la confusión de dos palabras. La palabra método proviene del griego μέθοδος (*métodos*) y significa el camino para llegar al límite propuesto. El DRAE lo define como “el procedimiento que se sigue en las ciencias para hallar la verdad y enseñarla”, lo cual muestra una resemantización más compleja respecto de su acepción original. Por otro lado, la palabra técnica proviene del griego τέχνη (*tekhné*), que es lo relativo al que hace –τεχνικός (*tecnicós*) es la persona diestra para hacer–; la definición del DRAE indica que es “un conjunto de procedimientos y recursos de que se sirve una ciencia o un arte”. Como la confusión entre estos dos vocablos es común, a continuación desentrañaremos sus diferencias. El método es más general y se caracteriza por aportar un orden lógico para obtener verdades científicas; mientras que la técnica es más particular, pues es un procedimiento para obtener resultados específicos. Por lo tanto, un método es un procedimiento general que pretende llegar a un objetivo, mientras que las técnicas (en plural) son diferentes formas de llevar a cabo el método, lo que las convierte en maneras concretas para resolver las situaciones que se presentan en los diferentes momentos del trabajo de investigación.

La discusión de los resultados es una sacudida mental. Una de las partes más críticas del trabajo de tesis está constituida por el apartado de la “Discusión de los resultados”; aquí se contrastan las derivaciones obtenidas con lo estudiado en el marco teórico. Pero, ¿qué significa discutir? Esta palabra ha pasado del latín al español casi sin cambios. *Discutere*, deriva de dos componentes bien conocidos: *dis*, que significa “separación” o “arrancamiento”, y *quaterere*, que es sacudida. Los romanos sacudían las ramas de los árboles para ver qué frutos caían con el objetivo de eludir los frutos podridos y de esa

manera recolectar solamente aquellos que estaban en buen estado; se referían a la realización de este acto con el verbo *discutere*, porque al sacudir la rama (*quatere*), lograban separar (*dis*) el fruto que no valía la pena tomar. Como lección de lo anterior, los investigadores deben sacudir sus resultados contra los marcos de referencia para ver si las ideas resisten a la crítica; en caso de que sea así, lograrán obtener conclusiones útiles para la sociedad.

El apartado de las conclusiones debe cerrar todo. En la parte de las conclusiones, las tesis deben cerrar el proceso que se fue abriendo en cada capítulo; luego acortándose a partir del análisis de los resultados. Cuando las tesis son de corte cuantitativo podrán cerrarse en conclusiones; pero cuando sean cualitativas, no, porque en este proceso son eminentemente inconclusivas. La palabra conclusión viene del latín *concludere*, que se descompone en el prefijo *con*, que significa “en el límite”, y *cludere* que habla de lo que está cerrado. En otras palabras, cuando se termina un proceso.

Resultados obtenidos con el trabajo de la tesis. Al plasmar las conclusiones de una investigación, el científico puede lograr tres posibles escenarios: explicar, comprender o contemplar. Los tres verbos conservan desde su etimología las cualidades usadas hasta la actualidad. Explicar significa sacar a la luz los pergaminos que, al estar plegados, ocultan un conocimiento valioso. Comprender implica la acción de tomar para sí lo que está alrededor, a la vez de uniformarlo y asimilarlo gracias a las facultades mentales. Contemplar significa ver algo por el gusto de hacerlo, embelesado al llevar esa realidad a la mente. Explicar proviene del latín: *ex*, que significa “fuera de”, y *plicare*, que se refiere a los pliegues o pergaminos plegados. Com-

prender proviene de “con”, que es la acción de unir, y *prehendere*, que es tomar o asir. Contemplar proviene de “con”, que significa “al lado de”, y *templare*, que alude al templo; significa la acción de ver extasiado desde un lado del templo la bóveda celeste.

Procedimientos comunes en la investigación

Las palabras comunes a los procedimientos que llevan las tesis han sido agrupadas en este apartado, como son los procesos diferentes del análisis, la síntesis y la analogía; también se hace un estudio comparativo entre resumen y paráfrasis, donde se exalta la importancia de esta última; de igual forma, se habla de las diferentes técnicas usadas en investigación, como la observación, el sondeo, la encuesta y la aplicación de instrumentos. Asimismo, se analizan los vocablos: registrar, anotar y asentar. Además, se comparan las palabras con que se designa a los estudios de investigación, como los verbos investigar, indagar, escudriñar e inquirir. En la parte final se habla sobre las palabras: construir, destruir y deconstruir, así como su relación con el producto de la acción investigativa.

Diferencia entre análisis, síntesis y analogía. En las investigaciones es necesario saber distinguir las diferentes técnicas del análisis, la síntesis y la analogía. La palabra análisis significa el proceso de disolver las partes de un todo. Al contrario, la síntesis se caracteriza por tomar en cuenta todas las ideas, pero concretizadas en menos palabras. Por otra parte, la analogía pretende encontrar similitudes donde en apariencia no las hay. Veámoslas con más detenimiento.

El análisis. Esta palabra deriva del griego *ἀνάλυσις* (*análisis*) que significa “disolución”, literalmente quiere decir “a través de soltar” (el verbo *λύειν* significa soltar). En su etimología más primitiva significaba disolver; es decir, deshacer los nudos para que las cosas pudieran verse separadas. Precisamente, el análisis deshace los nudos que unen los hilos, porque aquéllos no permiten distinguir las diferencias entre éstos.

La síntesis. La síntesis se puede definir como “la composición de un todo por la reunión de sus partes”, o “la suma de elementos dispersos que son reunidos en su totalidad”. Su raíz etimológica procede del griego *σύν* (*sin*), que significa “todo junto”, y *θεσις* (*thesis*), que hace referencia a las posiciones de un autor o escritor. Visto de esta manera, la síntesis requiere lealtad a la obra por dos motivos: para capturar la suma de elementos dispersos en un discurso, así como para acomodarlos en una construcción que no puede ser elástica, sino ceñida a cada parte.

La analogía. La analogía no disminuye ni incrementa por fuerza los datos (como ocurre con los dos procesos anteriores); proviene del griego *ἀνάλογος*, que hace referencia a las cosas que están relacionadas o guardan parecido entre sí. Su raíz más primitiva es *ἀναλέγειν* (*analégein*), que significa “recoger” o “reunir”, pero con la idea de buscar y seleccionar las características deseables entre el conglomerado recolectado. Este método pretende encontrar similitudes entre fenómenos; también permite suponer que debe haber más relaciones entre dos fenómenos si ya se encontraron varias semejanzas; de la misma manera, permite pensar en que existe una probabilidad mayor de que un objeto desconocido tenga las características de otro que resulte familiar, por algún lazo especial que los relacione.

El uso de la paráfrasis es la piedra fundamental de las tesis. Tomando como base sus etimologías y sus definiciones reales (las cuales concuerdan adecuadamente), el resumen está constituido por las ideas principales que quedan impregnadas en la memoria de una lectura; mientras que la paráfrasis lo está por la interpretación de las ideas de un autor, donde es válida la “traducción” y los comentarios personales; pero siempre con la libertad creativa, reconstructiva y crítica. Gracias a la paráfrasis, el escritor se apoya en las ideas de otros para construir las propias, lo cual es un proceso clave en la edificación de las tesis que pretenden generar nuevo conocimiento.

Resumen. La palabra resumen proviene del latín *resummere*, que se descompone en tres partes: *re*, con significado de “volver a”; *sub*, que es lo que depende de uno y, *emmere*, relacionado con lo que se toma para sí. Literalmente significa “tomar algo, hacerlo propio y dependiente de uno”. Con base en su etimología, el *resumen* es una repetición mental breve de lo esencial de una materia, donde se da por sentado que la primera vez que se conoció (*summere*) se asimiló de manera amplia; luego, al recordarlo (*re-summere*), se acortó. Al repetir un conjunto de ideas, la memoria suele tomar sólo las más importantes: ¡He ahí la clave del resumen!

Paráfrasis. La paráfrasis se define como la interpretación de un texto con la intención de hacerlo más claro o comprensible, tanto para el propio autor como para sus lectores; como derivado de este proceso puede haber un incremento o disminución de la parte parafraseada. En los trabajos investigativos es necesaria para que el estudioso incorpore las ideas de los variados autores que está leyendo, con el objetivo de hacerlas propias al expresarlas desde su singular capacidad pensante. Esta palabra proviene del griego *παράφρασις* (*paráfrasis*), que se descompone en *παρά* (*pará*), que

significa “junto a”, y *φράσις* (*frasis*), que es la frase o párrafo que se pretende transformar. Los griegos llamaron a este método de esa manera porque al interpretar lo dicho por el autor necesitaban realizar la propia traducción al lado de la frase (para no dejarla de ver), ya que, a pesar de su recreación, era necesario guardar cierta lealtad a los conceptos vertidos por el escritor “traducido”. Por lo tanto, la paráfrasis permite la incorporación de la sabiduría leída y su divulgación hacia un nuevo público, pero con palabras distintas, que han pasado por una reflexión y reconstrucción particular. En los procesos actuales es necesaria para que los aspirantes de grado transformen los conocimientos obtenidos de los libros o revistas, se los apropien y los usen como materia prima para la creación de sus tesis; posteriormente ésta será la base para la transformación social.

Las diferentes técnicas que se utilizan en la investigación. A continuación hablaremos sobre cuatro de las técnicas más usadas en los trabajos de investigación.

Observación. Esta palabra se puede definir como la acción de examinar atentamente una cuestión, representa uno de los métodos principales de la investigación cualitativa. Este vocablo procede del latín *observare*, que se descompone en *ob*, que significa “enfrente” o “delante” y, *servare*, que es lo que se conserva o se guarda. Por lo tanto, observar es un acto diferente a ver, es el acto de guardar en la mente aquello que está delante, no solamente valorando su importancia, también estando en posibilidad de atesorarlo en la memoria un tiempo, para luego traerlo a la consciencia y plasmarlo por escrito. No es lo mismo observar que ver; este último verbo proviene del latín *videre*, que es percibir algo por medio de la vista, sin involucrar la voluntad ni tener la necesidad de conservar el

contenido de lo visto. Por el contrario, observar es capturar lo que aparece enfrente, tenerlo presente mucho tiempo y si es necesario, registrarlo con detenimiento.

Encuesta. Este vocablo es un galicismo que entró tardíamente a España, proviene a su vez del latín *in*, con significado de penetración, y *quarere*, que equivale a preguntar; significa literalmente “penetrar con la interrogación”. La definición nominal guarda plena congruencia con la real, ya que en la actualidad se aplica a las preguntas estructuradas y dirigidas a una muestra para conocer la opinión o los hechos; aunque también se habla de una técnica para obtener información en determinadas poblaciones. Esta palabra se suele confundir con otra paralela, “el cuestionario”, que es el instrumento concreto se aplica dentro de la encuesta. Como se puede ver, ésta es más amplia que aquél.

Sondeo. Esta palabra no es un galicismo, aunque se comparte su uso con el francés *sonder*. Deriva del verbo latino *subundare*, que se divide en *sub*, que significa “debajo de”, y *unda*, que hace alusión a las olas del mar. Se aplicaba cuando algún bañista de las playas romanas necesitaba medir qué tan profunda estaba el agua, a través de un chapuzón o remoión. De este verbo derivó nuestra palabra sondar, que es introducir una sonda en una vena, y el vocablo sondear, que significa “hacer una medición de opinión” (la que compartimos con el francés: *sonder*). Se define como la investigación de la opinión de una colectividad acerca de un asunto mediante encuestas realizadas en pequeñas muestras, las cuales se juzgan representativas del conjunto al que pertenecen.

Instrumentos (aplicación de). La palabra en cuestión proviene de tres raíces latinas: *in*, que da la idea de penetrar, *struere*, que significa “construir”, así como el sufijo “mento”, que hace pensar

en un resultado. Conjuntando sus elementos latinos, se puede interpretar que éste se construye a propósito para penetrar en el mundo, su sufijo alude a lo que ya está acabado; es decir, da a entender que su aplicación no es apenas un ensayo, sino algo probado. El instrumento usualmente sirve para medir y puede ser tomado para ser aplicado por otros investigadores. También un instrumento puede ser creado por el mismo estudioso de la materia, tomando en cuenta que esté bien calibrado, sea válido, útil, objetivo y permita obtener datos valiosos.

Registrar, anotar y asentar guardan sutiles diferencias. La palabra registro proviene de dos vocablos latinos *re*, que significa “volver a”, y *regere*, que es llevar a cabo. Para los romanos, registrar era volver a cavilar sobre un asunto, traerlo de nuevo a la mente para evitar olvidarlo; por ese motivo pasó a nuestro idioma como el acto de escribir aquello importante. En los procesos investigativos se requiere que los estudiantes registren cuidadosamente aquellas observaciones o mediciones que realizan sobre su objeto de estudio. Dentro de esta tendencia también se cuenta con la palabra anotar, que proviene del latín *adnotare*, que se refiere a sumar notas o aclaraciones a lo dicho; en las tesis es importante usar un cuaderno para llevar las anotaciones. Sin embargo, cuando el trabajo de tesis está por concluir, se deberán asentar los datos relevantes para que consten en la tesis, asentar es un verbo más sustancial, proviene de *ad sentar*, que textualmente significa “sumarse a que quede algo por sentado”; es decir, fijo o posicionado en algún lado. Ésta es una palabra más sobria, pues indica la necesidad de que quede constancia de algo.

Se toma nota de los datos que alguien tuvo a bien donar. Dos palabras que se refieren al almacenamiento de la información y que son usadas con frecuencia en la investigación son *dato* y *nota*. La primera hace referencia a aquello que alguien deseó dar, viene del latín *datum*, que equivale a “lo que es dado” (lo que está impreso en los libros y revistas son datos porque alguien los quiso dar). Cuando una información aún no está publicada, pero ya ha sido anotada por el investigador, recibe el nombre de nota, esta palabra proviene del latín *gnota*, que quiere decir, lo que se acaba de conocer (de *gnosis* conocimiento). Si el investigador logra publicar sus notas construyendo con ellas algún producto intelectual, éstas cambian su nombre a dato. Recapitulando: el dato es lo publicado por alguien; la nota es lo conocido por el investigador, pero que aún no ha sido dado a conocer al mundo.

Investigar, inquirir, indagar y escudriñar. A continuación, se hablará de las cuatro palabras más usadas en la acción investigativa, aunque no son sinónimos perfectos, se suelen usar de manera indistinta. Al desentrañar su misterio etimológico se puede estar más de cerca de su significado real. Vale la pena observar que de las cuatro palabras, tres utilizan el prefijo “in”, que da la idea de hacer algo propio o de llevarlo al interior.

Investigar. Esta palabra significa literalmente “ir tras las huellas”. Se conforma del prefijo latino *in*, con la idea de penetrar o perseguir, y *vestigare*, que se refiere a los vestigios o huellas que deja un escapista tras huir. Es la palabra más usada en nuestro idioma para hacer referencia a la exploración científica.

Indagar: Indagar es el proceso para encontrar y cazar a un animal (metafóricamente encontrar la solución a un problema). La

palabra proviene del latín *in*, con la idea de introducir, así como el verbo *agere*, que significa “lograr”; apunta a la acción de llevar a un animal hacia una trampa, para luego hacerlo caer en ella. Los pueblos primitivos necesitaban coordinarse para llevar a la presa a un lugar determinado y, los romanos, para hablar de este esfuerzo, utilizaron este verbo.

Inquirir: Proviene del latín *in*, con la idea de llevar dentro, y *quaerere*, que significa “preguntar”; por lo tanto, inquirir es preguntar para luego llevar dentro las respuestas (asimilarlas). A diferencia de la primera palabra, implica una averiguación más intensa y corta en el tiempo, lo que obliga a examinar cuidadosamente algún asunto hasta lograr dar con las respuestas correctas.

Escudriñar: En su etimología remota indica la acción de vaciar la basura de un contenedor para encontrar aquello de valor. En la investigación es necesario escudriñar; es decir, analizar cada uno de los minúsculos componentes que tiene un problema para dar con alguna clave o pista. Esta palabra involucra dedicación, tiempo, energía y atención para lograr resolver el problema. Escudriñar viene del latín *scrutari*, que significa “buscar en la basura”. La palabra basura en latín tenía dos formas diferentes: *reiectis* o *scruta*, de esta última acepción se produjo el verbo *scrutari*, dando a entender la acción de buscar minuciosamente. Los pordioseros e inclusive algunos ciudadanos romanos solventes tenían el hábito de buscar en la basura de las casas de los patricios adinerados durante largas horas.

La pesquisa es la búsqueda de información. La palabra con que inicia el título de este apartado se define como “la averiguación u obtención de datos para lograr llegar a un objetivo”; o cuando menos para lograr algo que permita aproximarse a él. El vocablo proviene del

latín *perquirere*, que se descompone en *per*, significando “el proceso para”, y *quarere*, que es buscar. Por lo tanto, el verbo *perquirere* significa literalmente “el proceso de buscar algo” o también “obtener lo necesario para continuar con una investigación”. De este vocablo surgieron dos de nuestros verbos modernos: *perquirir* (que cada vez se usa menos), así como *pesquisar* (que proviene del participio de *perquirere*, que es *perquisitum*), constituyéndose en el origen de la palabra *pesquisa*. Aunque debería ser parte del lenguaje común del investigador, sobre todo cuando hace referencia a desahogar ciertas partes de un subproceso investigativo, se usa más en la investigación detectivesca y a corto plazo.

Construcción, destrucción o deconstrucción. Al finalizar una investigación se pueden lograr tres posibles derivaciones que den como resultado una aportación al estado del arte (esta parte deberá colocarse después del apartado de las conclusiones). Como consecuencia se puede modificar alguna teoría, instrumento o método, con motivo de la construcción, destrucción o deconstrucción. Las tres palabras anteriores comparten la raíz latina *struere*, con significado de realizar una acción constructiva.

Construcción. Significa edificar, no solamente aniquilar a la nada con la acción humana creadora, sino también con la producción inherente de ideas armónicas e interconectadas (aquí el prefijo “con” significa “todo junto y al mismo tiempo”). El fin de una investigación puede llevar a la construcción de instrumentos, de una nueva teoría o de una propuesta de acción.

Destrucción. A diferencia de la palabra analizada con anterioridad, ésta implica demoler o echar abajo lo que otro hizo, es el proceso inverso al anterior y es más sencillo, basta demoler las

edificaciones teóricas. No es un proceso que sea siempre necesario, por lo que es importante aplicarlo sólo cuando se han descubierto huecos o errores en los conocimientos que otros tenían por ciertos, con el objetivo de que se eviten; consecuentemente al destruir se está obligado a deconstruir.

Deconstrucción. Para terminar, hay otra palabra tan necesaria como la construcción, pero tan arrebatada como la destrucción: la deconstrucción. Este vocablo simboliza el acto de analizar una creación intelectual mostrando sus contradicciones y posibles ambigüedades; es hija de ambas, pero necesaria para el trabajo crítico. De la deconstrucción surgen revaloraciones útiles para la reinterpretación y actualización de las ideas sociales y científicas. Éstas se pueden condensar en teorías, propuestas o explicaciones diferentes, según los datos encontrados.

Para tomar en cuenta en la investigación

La investigación no sólo es una manera ordenada y sistematizada de hacer las cosas, también requiere de clarificaciones y consejos útiles que vayan acompañando los procedimientos. Aunque las palabras analizadas a continuación no están relacionadas directamente con la metodología que llevan las tesis, ni tampoco están incluidas de manera ordenada en ella, pueden servir como auxiliares para reflexionar sobre el tipo de actividad que se realiza. Por ejemplo, se expone que al explorar un tópico es necesario sentir profundamente lo que está observándose; también se estudia el surgimiento de la palabra ciencia y del vocablo prospección; además de establecer la diferencia entre opinión y reflexión, asimismo se estudian las características propias del erudito, especialista y doctor en ciencia.

Explorar resulta un verbo muy diferente al de espiar. Un espía no es un explorador, porque aquéllos vagan en silencio, mientras que éstos hablan de lo que ven porque no saben guardar los secretos de lo explorado (como Marco Polo), lo escriben, lo platican o lo gritan a los cuatro vientos. Por eso, espía viene del latín *speculator*, que significa: “el que mira” (y no habla); mientras que explorador proviene de *explorator*, donde *ex* significa “lo que hay afuera”, y *plorator*, “el que llora por aquellas situaciones alarmantes que encontró y sufrió al vagar por el mundo”. Otra palabra relacionada con la anterior es implorar, que significa “llorar hacia dentro” (*implorare*); en la actualidad da la idea de sentirse humillado al pedir algo, o bien, de llorar o gemir para conseguirlo. Aquí se encuentra la misma fuerza de la palabra explorador, porque quien explora debe conmover a sus escuchas o lectores con lo que vio.

La palabra ciencia comenzó a utilizarse hasta la Edad Moderna. La palabra ciencia no existía en el habla normal hasta el siglo XIII; comenzó su difusión y utilización sustituyendo a *episteme* a partir del siglo XVI, quedando en nuestro idioma uno de sus derivados, la palabra epistemología, como el estudio de la forma correcta para obtener el conocimiento científico. Es importante recordar que lo que ahora llamamos ciencia era parte de la filosofía durante la Edad Media y Antigua. En latín *scire* (pronunciado *skire*) era el verbo conocer. *Scientia* equivalía a conocimiento, aunque con el tiempo se transformó en la forma cierta de obtenerlo y, luego, en el conjunto de pasos. Su principal derivado no tardó en hacerse presente en la palabra consciencia, que es darse cuenta o tener conocimiento de lo que está ocurriendo.

La brecha entre creador e imitador es relativa. Un buen investigador es, en parte, un buen imitador, porque reproduce ideas que provienen del cúmulo de lecturas realizadas, así como de las enseñanzas recibidas durante años. La mayoría del tiempo ignora que sus reflexiones y opiniones han sido tomadas de la cultura que *respira*, circunstancia que tiene en el olvido. Aunque el origen de estas ideas permanece inconsciente, la mayoría de las veces el *creador* suele introducir en sus obras diversos elementos que ha asimilado del entorno, aunque cree que le son propios; lo que le da mérito es la forma como los utiliza, combina o modifica. Si el investigador utiliza sus ideas, pero tomando como base las de otros, está *nutrido* de un marco de conocimientos vastos, lo cual es conveniente para que edifique sus creaciones. Sin embargo, si se centra en un sólo sujeto, la imitación se tornará en un estorbo y pudiera llegar a ser su ruina si es que cae en el plagio. La palabra imitación proviene del latín *imitari*, de donde se originó la palabra imagen, que literalmente significa “aquello que representa”. Desde los griegos, las imágenes fueron descritas como representaciones mentales de la realidad que pueden estar en los pensamientos o las ideas. No existe tanta distancia entre el imitador y el creador, salvo porque este último no se queda en la simple representación de la realidad: la transforma, la modifica o la recrea.

La prospección permite mirar lo que viene delante. La palabra prospección no solamente se relaciona con toda investigación metodológica, también lo hace con nuestra vida diaria, porque gracias a ella somos advertidos de la importancia que tienen los indicios que surgen en el día para conocer lo que nos depara el futuro. Proviene del latín *pro*, que significa “hacia adelante”, y *spicere*, que es mirar; para los

romanos literalmente era definida como “mirar lo que viene por delante”, o también, “adelantarse a lo venidero”. La prospección no es un acto adivinatorio, sino previsor; pretende actuar en el presente al conocer lo que pudiera aguardar el porvenir. Este vocablo debería estar siempre presente en el trabajo del investigador, para hacerlo consciente de lo que le depara su trabajo; también, para volverlo previsor respecto de las acciones que deberá tomar para obtener los datos del estudio y lograr que éstos se conviertan en conclusiones ciertas, con base en causas probadas.

La equivocación es una trampa para el investigador. Es importante que el investigador evite los errores de interpretación que pueden darse cuando se confunde un término con otro; precisamente esta situación es advertida por la etimología de la palabra equivocación. Su raíz se compone de dos vocablos latinos de fácil seguimiento, *equi*, que significa “igual”, y *vocare* o *vocatio* que corresponde a “llamar”. La palabra equivocación expresa nominalmente la acción de llamarle a lo extraño de la misma manera que a lo familiar. Este error es común debido a la costumbre de usar los mismos patrones de interpretación de la realidad y aplicarlos a los objetos que ocultan sutilmente las diferencias. Al resumir o parafrasear un texto, el estudiante no debe aplicar indiscriminadamente las ideas conocidas a aquello que se le dificulta comprender; es decir, no debe llamarle a lo diferente de manera igual a lo conocido.

La reflexión se usa cada vez menos y la opinión cada vez más. Del latín *reflectere*, proviene la palabra reflexión, que se aplica principalmente en la física, pero también como una metáfora para el proceso mental. Significa literalmente “volver hacia atrás” y puede implicar que es

posible regresar sobre los propios pasos, para “volver a pensar en algo”. Reflexionar es el acto de flexionar varias veces el “músculo mental” sobre una idea, mientras que la opinión representa una simple acción, pues se da en un sólo momento, cuando se forma el juicio (*opinari* en latín significa precisamente “formarse un juicio”). Reflexionar un asunto involucra darle varias vueltas. A diferencia, de la opinión, la cual enuncia un juicio al instante de entrar en contacto con la información. Como se puede ver, la reflexión permite penetrar en un asunto y tener más certeza de lo que se expresa. La era hipermoderna en que vivimos (marcadamente influida por la democracia) le da la bienvenida a la opinión individualista en detrimento de la reflexión pausada.

Diferencia entre erudito, especialista y doctor en ciencia. Las investigaciones recurrentes sobre una misma temática vuelven a los estudiosos eruditos, especialistas o doctores en ciencia. Para el DRAE, un erudito es una persona que conoce con amplitud los documentos relativos a una ciencia y se le consulta por ese motivo; proviene del latín *ex*, que significa “fuera”, y *rudo*, que alude a la persona tosca, sin educación; en su conjunto representa a un sujeto que salió de la rudeza gracias a la cultivación personal. El especialista, casi igual que el anterior, es definido como “el que cultiva una rama determinada del saber”; proviene del latín *specere*, que significa “mirar” y concretamente de *species*; su raíz latina indica la idea de mirar con detenimiento un área de la realidad. Un especialista conoce determinados aspectos del mundo porque se ha centrado en ellos, igual que el erudito. Por otro lado el doctor en ciencias es un erudito y un especialista al mismo tiempo, porque conoce su tema de investigación mejor que nadie; pero, sólo en parte es

un erudito-especialista, porque también es capaz de contemplar los fenómenos en que está inmerso, abarcarlos de manera amplia y comprenderlos en su extensión más sutil. Por lo tanto, un doctor es más que un erudito y que un especialista.

Etimología para la comprensión

Etimología para comprender las acciones y reacciones

LA COMPRENSIÓN ES UN PROCESO MUY COMPLEJO, a veces por falta de datos y de ciertos elementos clave no se valoran convenientemente las acciones humanas; un significado más acorde se logra cuando se cuenta con datos suficientes para entender los procesos vividos en la cotidianidad. Convencido de que la etimología aporta muchas de estas claves, se crea este apartado para contribuir al esclarecimiento de las acciones y reacciones humanas.

El deseo de gastar tiene un fuerte componente agresivo. El verbo gastar no tiene una raíz similar en latín; la palabra *gastare* es inexistente en este idioma, pues su procedencia se encuentra en el verbo *vastare*, con significado de realizar una acción extendida (que pudiera ser la de devastar o arruinar); de ahí que otro de sus derivados sea vasto, que equivale a extenso; el cambio de la “v” por la “g” se debió a una confusión auditiva que produjo la influencia del germánico, con fuerte tendencia a la guturalización. Lo interesante del vocablo “vastar” se encuentra en que era utilizado por los ibéricos para dar

a entender que se dejaba sin bienes un lugar; por tanto, posee una connotación agresiva y egoísta. Cuando se gasta –es decir, cuando se compra un producto–, se desuella el lugar, porque, aunque ahí se quede el dinero del cliente, se esfuma la mercancía (análisis en consonancia con la vida moderna, pues algunas veces se arrasa con la tienda). El significado original de esta raíz sólo se puede encontrar, en la actualidad, en el verbo devastar, porque no existe “vastar”.¹

El instinto, el impulso y el incentivo se confunden. Tres palabras que suelen resultar confusas para los alumnos que inician sus estudios en la psicología son instinto, impulso e incentivo. A continuación, se desentrañan sus orígenes etimológicos y su relación con la aplicación actual en la ciencia de la mente y la conducta.

Instinto. Para el DRAE, es el conjunto de pautas de reacción que, en los animales u hombres, contribuyen a la conservación de la vida individual o de la especie. Proviene del prefijo latino *in*, con la idea de que está dentro, así como de la raíz *stimulus*, que se refiere a lo que instiga; nominalmente se puede definir como “aquello que estimula desde dentro”. Este concepto conlleva la idea de que en el interior existe una sabiduría capaz de guiarnos para cubrir nuestras necesidades, por ese motivo activa una serie de pautas de comportamiento para proteger al individuo. Este principio está permanentemente activo y no es localizable en algún lugar concreto.

Impulso o pulsión. Para el DRAE, se asocia a *impeler*, e invita a pensar que dicha palabra implica que algo interno da empuje o

¹ Obviamente no existe porque lo sustituyó el verbo gastar.

desencadena ciertas acciones que se activan de manera intermitente. Al igual que el instinto, contiene el prefijo “in”, con el mismo sentido pero con la raíz *pellere*, que indica que algo pulsa o empuja desde dentro y obliga a que se desplieguen una serie de reacciones hasta que cese la energía que las puso en marcha. Este concepto, a diferencia del anterior, conlleva la idea de discontinuidad; por ejemplo, el hambre o la sed sólo se activan momentáneamente; también da la idea de que hay ciertas estructuras concretas del organismo, como estómago, boca o vejiga, que son las responsables de su ejecución.

Incentivo. Para el DRAE, se define como lo que mueve o excita a desear hacer algo, proviene del prefijo “in”, con la idea de que algo penetra desde el exterior, y *canere* que significa “canción”; nominalmente da la idea de que una voz melodiosa convence de realizar algún acto. A diferencia del instinto y el impulso, el incentivo no se activa desde dentro, sino sólo a través de determinadas situaciones externas que despiertan el deseo. Por alguna extraña razón esta palabra se particularizó hacia la empresa, de ahí que Caso Neira (2003) la defina como una parte variable del salario o el premio al trabajo cumplido. Pero aún en esta definición sigue conservando la consonancia con la idea etimológica.

La libido es el depósito de la energía sexual para Freud. Es frecuente que se presente algún tipo de error cuando se hace referencia al nombre que le dio Freud al depósito de la energía sexual. La palabra libido merece triple atención por los siguientes motivos:

- a Se escribe con “b”, no con “v”.
- b Su acentuación es llana o grave, pero no lleva tilde porque sigue la regla ortográfica de la acentuación.
- c Es un sustantivo femenino.

La libido es una palabra que sufre frecuentemente por la confusión con el color lívido, que significa “amorado”, “azulado” o “muy pálido”. Cuando esta palabra fue introducida al español durante la primera mitad del siglo xx, los hispanohablantes la pronunciaron como si se tratara de la palabra lívido, por su proximidad auditiva. Fue la repetición constante, así como la pronunciación incorrecta de varios enseñantes lo que llevó a que se escribiera y pronunciara como el susodicho color. Con este cambio fonológico se asiste a un fenómeno similar al de la palabra boda, que por la fuerza de la costumbre se escribió con “b”, aunque su raíz tuviera la “v”, la cual se abordará más adelante.

Existe un vínculo etimológico entre la libido y la libertad. La palabra libido, con la que designó Freud al lugar donde se encuentra la pulsión psíquica que lleva al encuentro amoroso, tiene más vínculo con el latín que con el alemán.² Pero, aparte de esto, tal vez se ignore que está íntimamente relacionada con la raíz latina *liber*, que produjo la palabra libertad. Según Bordelois (2010), este vínculo expresa que la “libertad nos permite amar” y que el “amor nos hace libres”. La idea de amor implica un acto de elección, porque quien es libre no se presta a fingir amor, pues de manera espontánea lo realiza con el ser elegido. La raíz madre **pri*,³ de donde derivan ambas palabras, vincula la libertad con la capacidad de amar y el

² Recordemos que amor en alemán es *liebe* y deseo sexual en latín es, precisamente, *libido*.

³ Recordemos que se usa el asterisco (*) antes de una palabra para indicar que fue reconstruida por los filólogos.

amor con la capacidad de ser libre. La libertad solamente se puede dar en compañía de otros y por la aceptación de los demás; no es un acto en solitario o para estarlo. De la misma manera, el amor solamente aparece cuando hay libertad de elección, lo demás es una farsa que se deriva de la dependencia o sujeción.

Compatible y compasivo tienen la misma raíz. Por diferentes que parezcan, tanto la palabra compatible como el vocablo compasivo provienen de la misma raíz *patio* que en latín significa “padecer”. Aunque lo compatible tradicionalmente ha sido visto como lo complementario o lo acoplado, su raíz dista mucho de esto; compatible se define nominalmente como la acción de soportar a una persona, con la que se sabe se obtendrá una acción recíproca. Compasivo, por su parte, es un adjetivo que expresa el sentimiento empático que adquirió la persona que se conmueve ante las penalidades de otra, pero que no las desea sufrir. Como se puede ver, compatible es un adjetivo activo y compasivo, no.

Etimología para comprender las bajas pasiones

Aunque no se pretenden estudiar aquí todas las pasiones oscuras (pues son bastantes), sí se intenta analizar algunas de las más importantes. Se examina la envidia, que habita en las personas destructivas; la vanidad, que alimenta a la persona vacía; la adulación, que corrompe hasta al más virtuoso; el rencor, que amarga cuando se debe paladear algún sermón inmerecido; la fogosidad, que caracteriza al desenfreno sexual; así como el miedo exagerado, que pudiera sugerir una personalidad pusilánime, pero que muchas de las veces lleva a un comportamiento cuidadoso y perfeccionista.

La envidia y la admiración: el lazo semántico que las une. La envidia y la admiración son hermanas semánticas (aunque no etimológicas); proceden de diferentes raíces pero sus orígenes concuerdan con su contenido. Veámoslo más a detalle. La palabra envidia procede de la suma de dos palabras, *in*, que significa “dentro”, y *videre*, que es ver; expresa que lo visto penetra en el interior produciendo malestar. Por su parte, también la admiración se compone de dos palabras, *ad*, que es aproximarse, y *mirari*, que es ver; da la idea de que algo causa fascinación; quien la tiene no pierde de vista al objeto que le agrada y lo observa con gusto a pesar de que sabe que carece de él. Envidiar es mirar desde la carencia, pero con una vivencia incómoda al tomar consciencia de esa situación; por tal motivo, no se disfruta el brillo ajeno y se está motivado a apagarlo para dejar de apreciar el estado empobrecido en que se vive.

Presumir es informar sobre los propios méritos. La acción de presumir, que encaja bien con las personas vanidosas, es un verbo que proviene del latín tardío. Se compone del prefijo, “pre”, que significa “antes de”, y la raíz *sumire*, que es asumir o captar subjetivamente. Los romanos llamaban presumido a alguien que asumía sus logros sin esperar que los demás se los reconocieran primero. Cuando alguien era alabado y lo permitía, no aplicaban esta expresión. Lo que era fuertemente condenable se hallaba en anunciarles a los demás las propias alegrías.

Un adulator es, en buena medida, un adulterador. La palabra adular proviene del latín *adulari*, que significa “decir lisonjas”, “acariciar”, o inclusive, “adulterar”. No por nada los romanos daban a entender que el adulator también era un adulterador, porque aquél promovía

en sus víctimas la caída de las barreras mentales con el objetivo de hacerlas presas fáciles para acceder a sus deseos; la adulación las hacía ceder a la realización de ciertas acciones que comprometerían su mente o su cuerpo. Partiendo de esta etimología, aunque los políticos y dirigentes tengan grandes enemigos fuera de su grupo de pertenencia, de los que más se deben de cuidar es de los enemigos internos, ya que quienes están próximos a ellos desean conseguir beneficios personales a través de “las caricias que le dan a su corazón” con la exacerbación de sus logros. Por cierto, la palabra adulterio no procede del término “adulto”, ni tampoco alude a la idea de “hacer cosas de adultos”, como la gran mayoría pudieran pensar. Proviene del latín *adulterium*, que se compone de *ad*, que es “sumarse a”, y *alterium*, que es el otro; es decir, implicarse con otro (no con la persona acostumbrada).

Las personas rencorosas tienen el corazón rancio. El rencor seguramente constituye una de las principales bajas pasiones, además hace que la persona viva en un estado incómodo permanente. Según Luskin (2002), esta actitud cada vez se relaciona más con problemas cardiovasculares y los padecimientos relacionados con el infarto, motivo por el que afirma que perdonar es sanarse a sí mismo. Actualmente, según el DRAE, la palabra rencor aplica a las personas que son poco simpáticas o secas, también a aquellas que suelen estar de mal humor. Este vocablo deriva del latín *rancidus*, con significado de “rancio”; pero fue hasta la época medieval que comenzó la bifurcación semántica entre rancio y rencoroso, pues “rancor” era la misma palabra que se utilizaba tanto para los frutos viejos con sabor desagradable, como para quienes tenían el alma “estropeada” por el dolor. Sobre todo se utilizaba para describir a

aquellas personas que habían permitido que el tiempo corroyera su interior, desvaneciéndose de esa manera la confianza y la fe en el otro. Como consecuencia de esta enfermedad anímica, los rencorosos dispersaban a su alrededor un disgusto que permitía palpar su amargura y su carácter poco suave; de ahí la designación.

La interesante historia de una confusión: la palabra fogoso. En latín la palabra *fuga* derivó directamente en nuestra palabra fuga, que se escribe igual y significa lo mismo: hasta ahí nada nuevo que analizar. Pero su derivado italiano, *foga*, fue confundido en la época renacentista por su parecido con *fuoco* (fuego), lo que hizo que se usara con la acepción de “ardiente” (es decir, se resemantizó). Los franceses del siglo XVI, ávidos de términos nuevos para galantear, llevaron esta palabra al francés, motivo por el que usaron el término *fougueux* para referirse a alguien apasionado o vehemente; la influencia poderosa del francés sobre nuestro idioma, en los siglos XVII y XVIII, generó la introducción del galicismo fogoso. De esta manera el español se quedó con dos palabras que derivan de *fuga*: una directa del latín y otra con un recorrido enorme, a través del italiano y del francés.

Las personas miedosas son más cuidadosas que las aventadas. Nuestra palabra miedo proviene del latín *metus* y nuestra palabra miedoso proviene del latín *meticulosus*, que produjo el cultismo meticulouso, el cual guarda congruencia con la definición real de esta palabra, pues la persona meticulousa tiene miedo de que las cosas le salgan mal, por eso es excesivamente concienzuda con lo que hace. Miedoso y meticulouso tienen la misma etimología latina, una como vulgarismo y otra como cultismo. Como se puede ver, la etimología alecciona

que el miedo a la crítica obliga a las personas a perfeccionarse en el cuidado sobre lo que hacen, a volverse prolijas y sistemáticas.

Etimología para comprender nuestro actuar en sociedad

El comportamiento en sociedad se ve determinado por varios factores, algunos inconscientes y otros conscientes; también las actitudes de las personas que están próximas y la personalidad del sujeto coadyuvan a entenderlo. Con las siguientes aseveraciones se realiza una breve introducción a las palabras que serán estudiadas en este apartado.

- El autor, que en privado es creativo, en público suele ser autoritario.
- La felicidad es experimentada con más frecuencia por las personas prolíficas, pues están seguras de su trascendencia.
- “Elegante”, remite a saber elegir, a seleccionar o a preferir sólo lo mejor.
- La agresión es una conducta necesaria para crecer y prosperar en sociedad (de ahí su relación con progreso).
- La arrogancia es una actitud que se presenta en las personas que no han tenido prerrogativas.
- El plazo es una forma de darles placer a los deudores y volver crédulos a los acreedores.

Los autores prefieren ser autoritarios en vez de democráticos. La palabra autor, así como el vocablo autoritario proceden de la misma raíz latina *auctor*, que significa “hacer progresar o crear”. Las diferentes acepciones de esta palabra son “el que crea algo”, “el que produce

nuevo conocimiento” o “el que tiene ideas frescas y las aplica”. Sin embargo, el vocablo autoritario desentona con las anteriores definiciones. La etimología denuncia el vínculo entre ambas palabras porque un acto egocéntrico se encuentra detrás, tanto del acto creador como de la persona que se comporta como tirano. Mientras que ser autor no tiene consecuencias sociales negativas, pues realiza sus creaciones de manera independiente y sin agraviar a los demás, la persona autoritaria, sí, pues trabaja dentro de un grupo al que excluye de sus decisiones (entendidas como sus creaciones), situación que lo distingue como impositivo.

Las personas fecundas son felices, pues están satisfechas. La palabra feliz proviene, según Corominas (2011), del latín *felix*, que significa “fértil”. Los romanos creían que no se podía reflejar mejor la alegría del alma que cuando las personas tenían hijos; esta palabra se fue transformando (ya en la vieja Roma), hasta significar alegría. Cuando felicitamos a otros nos congratulamos de su felicidad, pero ésta está determinada por la abundancia de hijos. También la palabra felicidad, que proviene de fecundidad, está emparentada con palabras como falo, fémina, feto y filial, vocablos implicados en la reproducción o en el crecimiento de los vínculos humanos. Un análisis actual sobre las redes sociales permite afirmar que éstas resultan tan adictivas porque le dan un medio al usuario para producir información e incrementar sus vínculos, lo cual activa los centros del placer del cerebro (El-Sahili, 2014).

Las personas elegantes son las que saben elegir. La palabra elegante se compone de dos palabras latinas: *ex*, que significa “fuera de”, y *legere*, con significado de cosechar. Cuando en la Roma imperial

una persona del campo obtenía los frutos de la tierra después de un trabajo de cultivo, separaba los mejores productos para venderlos a un precio más alto a sus clientes especiales. De ahí el prefijo *ex*, que alude a sacar algo del resto de la cosecha o separar del resto de los bienes. Por lo tanto, “*ex-legante*” es la persona que elige lo mejor entre varias opciones y, por extensión, con el tiempo representó a quien no se conforma con cualquier producto, sino sólo con el mejor. Para el DRAE es aquella persona que tiene buen gusto y distinción para vestir.

La agresión ayuda a obtener un grado superior. Las palabras agresión y progreso tienen la misma raíz latina. En latín clásico, *gresus* significaba “andar o dar un paso” y produjo muchos derivados, como la palabra agresión, que contiene el prefijo *ad*, que es sumarse, mientras que el vocablo progreso habla de ir un paso delante, por el prefijo *pro*, que significa “lanzar al frente”. La palabra agresivo también puede designar el empuje de una persona (no por fuerza hace referencia al deseo de atacar con violencia). La raíz indoeuropea para agresión es **gred*, bastante cercana a la de ira, que es **grem*; la agresión y la ira, como se puede ver, se relacionan desde hace milenios dentro de un mismo entramado etimológico. Esto indicaría que fácilmente se puede pasar de la agresión (dirigida a defender los genuinos intereses) a la violencia que contraviene la naturaleza pacífica. Cuando un vendedor no es agresivo, es decir, cuando carece de la motivación para penetrar la resistencia del otro (de violentarla inclusive), no vende. Por eso, para progresar se requiere ser agresivo; además, connota ser audaz y fuerte, tanto como intrusivo y violento.

Las personas arrogantes suelen no tener prerrogativas. La palabra arrogante proviene del latín *ad*, que significa “sumarse a”, y *rogare*, que pasó al español de manera intacta (rogar); al pie de la letra se define como aquel que trata de que los demás se adhieran a sus ruegos. La palabra prerrogativa tiene la misma raíz, pero con el prefijo “pre”, que significa “antes”; da la idea de una persona que no necesita rogar, pues antes de que requiera hacerlo, es atendida. Prerrogativa alude a la existencia de privilegios, pues quien los tiene logra poner en actividad a los demás con su sola presencia. La relación que se puede establecer entre estas dos palabras se refiere a que la persona arrogante es precisamente aquella que no tiene prerrogativas porque se encuentra en una posición desventajosa, lo que la lleva a la insolencia. Por el contrario, las prerrogativas ayudan a ganar seguridad y a tener una actitud más confiada.

El vínculo entre el plazo y el acreedor que lo otorga. La palabra plazo proviene del latín *placitum*, que significa “muy agradable”; la raíz de la palabra acreedor se encuentra en *credere*, que significa “el que presta”, aunque ambas palabras proceden de raíces diferentes, guardan un lazo arcaico común. La reconstrucción histórica es la siguiente: cuando los romanos tenían una deuda impagable pedían una prórroga a sus acreedores; éstos, al concedérsela, les proporcionaban un “periodo placentero”, de esta expresión quedó sólo la palabra plazo (como contracción de placentero). Pero el asunto no termina ahí, porque nuestra palabra acreedor (escrita con doble “e”, por estar emparentada con el verbo creer) surgió precisamente del plazo que se les daba a los deudores para pagar, pues frente a la moratoria de sus clientes sólo les quedaba creer en ellos. Se asume que la persona que pide un plazo podría nunca cumplir su compromiso, también

que el prestamista lentamente se resigne a que no le paguen. En síntesis, la etimología nos indica que los plazos son placenteros y se derivan de la confianza, aunque invitan al olvido en el acreedor.

El simbolismo del cuerpo y la etimología del tiempo

Etimología del cuerpo humano

Nuestro cuerpo está lleno de referencias a objetos externos y a situaciones análogas que se fueron creando para hablar de sus diferentes partes. Por ejemplo, la palabra *testa* significaba olla de barro en el bajo latín; era una expresión chusca que hacía alusión a que no había nada dentro del cráneo; es decir, insinuaba que el interlocutor carecía de inteligencia. La palabra *músculo* está compuesta del griego *μῦς* (*mys*), que es ratón, así como del diminutivo latino *culus*, nominalmente significa “pequeño ratón”; pero este roedor escurridizo sólo deja entrever su silueta cuando se mueve algún segmento del cuerpo. La pupila es la muñequita que se ve cuando se aproxima el ojo a un espejo, aunque en realidad es el reflejo de la misma cabeza curvada por el globo ocular. El nombre de la córnea proviene de cuerno, porque la forma curva de dichas protuberancias calcáreas era el referente más adecuado para hablar de ella. La barriga es la barrica humana, porque ésta sirve para guardar los alimentos durante una temporada. Los testículos son los pequeños testigos de la virilidad, por eso dan testimonio de la

hombría. El pene es un aditamento que la mayor parte del tiempo pende, porque está colgando (en caso de no estarlo cambia su nombre a falo). El falo es el hongo rígido y alargado del cuerpo humano, porque esa forma tiene la seta que lleva ese nombre.

La testa es el cacharro oxidado que nadie usa. La palabra cabeza sobrevive de milagro en español, porque en todo el imperio romano fue sustituida por el vocablo *testa*, incluso también se comenzó a dar en nuestro idioma, pero siguió prevaleciendo la forma más culta, proveniente de *capitia*, deformación de *caput*. *Testa* equivalía en el bajo latín a “olla de barro” y sonaba gracioso para los ciudadanos romanos referirse con esta acepción a la cabeza. Como cuando nuestros niños dicen “se pegó en la maceta”, sustituyendo al vocablo en cuestión.

Los testículos son los pequeños testigos de la hombría. La palabra testículo proviene del latín *testis*, que equivale a testigo, y la terminación *culus*, que funciona como diminutivo; la palabra se puede definir nominalmente como “esas partes pequeñas que permiten atestiguar la virilidad”. Aunque hay algunos etimólogos que pretenden ver en esa palabra el origen de la voz testigo, pudiera ser a la inversa; es decir, que testigo sea la raíz de testículo. Como haya sido, la homofonía de estas palabras seguramente produjo también confusiones de este tipo en la antigua Roma. Lo que sí se sabe a ciencia cierta es que testificar y testa no guardan ninguna relación (la más mínima), porque testa pertenece al latín tardío y es una vulgarización de cabeza.

El pene pende casi igual que una cola caída. Nuestra palabra pene proviene del latín *penis*, que está emparentada con el verbo *pendere*,

que literalmente significa “colgar”. De la misma manera eufemística como se refiere el humano actual a esa parte llamándola “la cosita”, “el pajarito” o “la pipí”, también los romanos tenían esa tendencia y la llamaban “aquello que pende”. La curiosidad etimológica no termina ahí, los romanos se referían de manera similar a la cola de los animales, pues su etimología proviene del latín *cauda*, que está emparentada con el verbo *cadere*, que significa “caer”. Para los animales era lo que caía, para los humanos, lo que pendía. Por cierto, la palabra pincel y la palabra penicilina provienen del latín *penicillus*, expresión que utilizaban los romanos para referirse al pene en diminutivo. La explicación del nombre del famoso antibiótico se debe a que los imperceptibles hongos se veían ante el microscopio como filamentos que terminaban en una protuberancia redondeada, misma que semeja al órgano viril.

Lo que miraban nuestros ancestros en la pupila. Cuando miraban con detenimiento el ojo, los romanos creían ver muñequitas, los franceses ciruelitas y los alemanes manzanitas. En latín, *pupa* tiene significado de muchacha y de ahí derivó la palabra *pupilla*, que equivale a muchachita o muñequita, vocablo que pasó al español casi intacto para hacer referencia a cualquier reflejo en la zona del iris. Pero cuando los franceses miraban sus ojos en un espejo buscando a la “muñequita”, no se les daba encontrarla, más bien veían una especie de cabecita redondeada, que desde su perspectiva guardaba parecido con la ciruela; por lo tanto, le llamaron *prunelle*, nombre de esa fruta en diminutivo. Los alemanes, confiando en la adecuada percepción de sus vecinos galos, creyeron que sólo se habían equivocado en el tipo de fruta y, ¡no era una ciruelita!, ¡era una manzanita!, por ese motivo les llamaron *augapfel*, palabra que luego se transformó

en globo ocular en la lengua germana. En realidad, los ancestros confundían el reflejo de su cabeza deformado por la curvatura del ojo con la parte oscura que ahora llamamos pupila.

Alguien es genuino porque fue sostenido en la rodilla. Caso especial merece la etimología de genuino, pues para más de uno resulta insospechado que deriva del latín *genus*,¹ que significa “rodilla”. Procede de la acción que realizaba el ciudadano romano cuando le entregaban a su hijo recién nacido y lo colocaba sobre su rodilla para reconocer su linaje, es decir, su genuinidad (acto que era público). En caso de que el padre sospechara adulterio de la madre, omitía colocar al infante sobre su rodilla (situación que era sumamente embarazosa).

El cuerpo encuentra su par en los objetos inanimados. Cuando los objetos inanimados se equiparan con el cuerpo humano, éste se convierte en una analogía. Veamos algunos ejemplos. “La pestaña de la costura” se refiere a una pequeña parte saliente de la tela que se deja para hilar, le da soporte a la costura y mide más o menos lo que miden las pestañas. El “ojo de agua” hace referencia al lugar por donde un río subterráneo o veta de agua “ve” la luz; por su parte, el “ojo de la cerradura” indica que es el lugar que le permite al cerrojo “ver” al otro cuarto. “El codo de la calle” hace referencia a la parte donde termina, lo que le permite a la persona doblar a

¹ En español existe otro derivado de esta palabra: “genuflexión”, que habla de la flexión que permite hacer la rodilla.

la izquierda o derecha. “El cuello de la botella” equipara a ésta con el cuerpo humano, que al situarse verticalmente permite apreciar su cuello en la parte más angosta. “La garganta del río” es una parte estrecha hacia donde fluye el agua y por donde se precipita; la expresión sugiere que esa parte se “traga” al agua. “El pie de la lámpara” equipara a una lámpara con un ser humano, siendo el pie la parte que le posibilita sostenerse. “El pulmón de la ciudad” alude al área boscosa de la ciudad que permite hacer el intercambio de bióxido de carbono por oxígeno. Para finalizar, se hace referencia a “la arteria urbana”, que, al igual que las arterias que transportan nutrientes dentro del cuerpo, realiza intercambios necesarios para que la sociedad siga viva.

La barriga es la bodega que guarda los alimentos. La palabra barriga es una deformación de barrica, que es un tonel que sirve para guardar el vino o incluso ciertos alimentos; éste funciona al igual que la barriga, guardándolos momentáneamente. El uso constante de esa palabra produjo el adjetivo barrigón, de la misma manera que la palabra barril produjo el vocablo barricada. Se sabe que estas palabras coexistieron en latín, también que probablemente deriven de un antecesor celta común. Por otro lado, es notable que el abultamiento al centro de los toneles asemeje al que se encuentra al centro del cuerpo: la barriga.

El tiempo en la etimología

Con el correr de los años cambian las palabras, pero el pasado se sigue repitiendo a través del lenguaje que expresa su origen. El número con que inicia y se caracteriza nuestra civilización es el diez

(el sistema métrico-decimal da testimonio), pero los meses ahora son doce. El sistema binario, que se identifica con el número dos, hizo posible nuestras modernas computadoras, pero las estaciones en la era actual son cuatro (antes sólo dividían calor y frío). A pesar de los cambios que se han dado en el transcurrir del tiempo, los ancianos (que padecen sus efectos) siguen teniendo presente el “peso” de los años, pues persiste un trato ambivalente de una sociedad que nunca los ha asimilado totalmente.

El calendario romano tenía sólo diez meses. En el calendario romano no existía el mes de enero ni el de febrero; de hecho, el primer mes comenzaba en marzo; fue hasta que agregaron estos meses que el año se dividió en doce fracciones. Bordelois (2010) indica que el nombre de febrero significa literalmente “el mes de la fiebre”, que también se relaciona con los enamorados el día de san Valentín y con el mes de la adoración del dios griego Eros; además, por el vínculo con las enfermedades provenientes del mes más frío del año: enero. Por otra parte, enero proviene del dios de “los principios y los finales” que es Janus, por eso se le reverenciaba en enero, ya que era el principio y final del año. Janus fue representado con dos caras, tal vez de ahí viene la idea de que no se puede saber qué cara depara el año que inicia.

Las estaciones del año comenzaron siendo dos. Por increíble que parezca, los romanos tenían sólo dos estaciones en el año: *hiberum*, de donde viene la palabra invierno, y *veris*, que es el origen de verano. Pero como era más corta la época fría que la calurosa, optaron por dividir esta última. Como resultado, el *primo veris* condujo a nuestra palabra primavera y se usó para hablar de la época en que se daban

las flores; el *veris*, por su parte, llevó a verano, equiparándose con la estación en que se daban los frutos. La palabra otoño se produjo tiempo después y aunque se ha aceptado su procedencia en *autumnus*, que significa “incremento”, no resulta claro lo que se incrementa: si la caída de las hojas o las ganancias por la cosecha. También se ha postulado que su origen se encuentra en el dios egipcio *Atum*, que constituye la primera representación antropomórfica en esa cultura, o en el etrusco *Vertumnus*, que era la divinidad para el otoño, los jardines y los huertos.

Los que están frente a los años son los ancianos. La palabra anciano proviene del latín *antianus*, que puede tener dos interpretaciones diferentes: “el de antes”, o bien “el que está delante de los años” (*anti-annus*). Los ancianos fueron venerados por griegos y romanos por dos motivos: el primero, porque eran muy pocos en esa época; el segundo, porque se les suponía sabios o conocedores. Cuesta trabajo entender lo anterior para los que compartimos el mundo con muchas personas de la tercera edad; además, ahora se vive en la hebefilia, que es el gusto por lo joven. El cuerpo bien cuidado y de apariencia lozana es un capital para mujeres y hombres, que dista mucho del orgullo que tradicionalmente inspiraban las personas que habían logrado sobrevivir a la dureza de los años.

Los años dan más sabiduría o más necesidad: depende del sujeto. La palabra senador viene del latín *senior*, que significa “persona mayor o madura”. Como indican De Gasperín y De Gasperín (2010), la palabra senado y la palabra *gerusia* (de manera semántica) están emparentadas con *senex*, que significa “persona de edad”. La raíz latina produjo dos derivados opuestos: la palabra senil, que alude al

cansancio mental, y el término sien, que hace referencia a la capacidad pensante (las sienes); por lo tanto, *senex* significa “sabiduría”, también “demencia o necedad”. La etimología nos hace ver que los años acumulados han sido vistos de manera ambigua.

Etimología de los nexos familiares

Con el amor inicia la familia

Aunque el amor se puede equiparar con el afecto, la bondad o la compasión, o incluso se puede definir como una fuerza que mantiene unido al universo, de manera común se le asocia a los diversos sentimientos que van desde el deseo carnal hasta el vínculo afectivo. Es en esta última acepción en la que tiene sentido su etimología, ya que el amor es lo que permite a una mujer concebir a un nuevo ser, pues en la mayoría de los casos el “flechazo de Cupido” antecede al embarazo que traerá al hijo amado. A partir de ese momento los vínculos familiares quedan sellados, tanto con el infante como con el hombre genitor, pues estos dos actores estarán implicados permanentemente en la vida de la mujer que adopta el estatus de madre. Varias palabras se vinculan con el amor y explican mejor su lazo de unión.

El amor es el que convierte a las mujeres en madres. Posiblemente toda relación familiar inicia con el apego afectuoso que surge entre progenitores y a éste usualmente se le llama amor. El secreto de

este vocablo se revela a la luz de la onomatopeya; es decir, de la creación espontánea de las palabras. El sufijo “or”, que se heredó del latín, significa “productor o constructor”, y la raíz *am* (con que inicia la palabra amor), no es otra cosa que una metátesis de la sílaba “ma”, que al duplicarla produce *mamma*, la cual era la forma como los niños llamaban a su madre en Roma. Visto de esa manera, el amor es un constructor de vínculos para que un hombre vuelva madre a una mujer y ésta se ligue permanentemente a sus hijos. La etimología explica el vínculo emocional que nos une, tanto en lo sexual como en la necesidad de protección y gratitud. Derivado de lo anterior, el amor es el origen de las nuevas vidas y la garantía del amparo hacia ellas.

El amor latino implica contacto, el germánico, sensualidad. Como se vio en el anterior apartado, la palabra amor es una onomatopeya que proviene de la sílaba “ma”, pronunciada espontáneamente por los bebés de pecho (la letra “m” es de las primeras consonantes que se producen cuando el bebé toca el pezón de su madre, pues alrededor de éste se juntan sus labios); por el contrario, en la letra “l”, con la que empieza la palabra amor en inglés *love* o en alemán *liebe*, aparece la acción de saborear con la lengua. La onomatopeya de las dos raíces delata la importancia del contacto en la rama itálica, mientras que en la rama germánica, el disfrute. En el amor latino se acentúa la protección del pecho; en el sajón, la incorporación de la leche.

Con el embarazo la mujer está encinta o grávida. Aunque las palabras usadas en el subtítulo anterior aluden al momento en que una mujer está gestando una nueva vida, tienen connotaciones etimológicas

diferentes. Comencemos por la primera. Embarazada no proviene del latín, sino de un término celta prerromano que se pronunciaba *barraza* y que significaba “cuerda hecha de los pelos de la cola de un animal”; en francés, *embarrassée* tiene una connotación diferente, significa “detenida u obstaculizada” (por dicha cuerda). A diferencia del anterior, el vocablo encinta tiene dos explicaciones diferentes, ambas del latín (que por cierto siguen siendo discutidas por los filólogos). La más popular es la de *incincta*; es decir, sin cinturón, porque el volumen del vientre de la futura madre no permitía ajustarle nada; aunque para Corominas (2011) lo anterior es erróneo, pues cree que proviene de *incingere* por estar *ceñida* con cintas benditas. Por otro lado, la palabra grávida denota un embarazo más avanzado, casi a término, pues en el vientre de la mujer ya actúa la gravedad. Para terminar, sólo queda el vocablo preñada, que proviene del latín *praegnans* o *praeg-natis*, el cual era la forma más popular que usaban los romanos para referirse a esta condición; su derivado está reservado para las hembras de los animales y es de mal gusto aplicarlo a una mujer.

Pariente significa literalmente “que está pariendo”. El vocablo pariente, que significa literalmente “el que está pariendo”, lo usaban los romanos para evitar la confusión que había entre los que eran familiares consanguíneos respecto de los parientes políticos (usaban *parentis* para hablar del pariente consanguíneo). A comienzos del siglo VI en España ya significaba parentesco, pero en Francia, e Inglaterra posteriormente, pasó a significar padres –que por ese tiempo se decía “*parens*”–; es decir, los implicados en el parto.

El nexo familiar fue percibido de manera negativa. Bordelois (2005) explica que la palabra familia significa grupo de esclavos en latín

clásico. Por si hubiera alguna sospecha de esto, dan testimonio las palabras fámulo y fámula, que derivan directamente de la palabra familia, que todavía se usaban hace tiempo para hablar de los sirvientes domésticos. Pero el hecho de que etimológicamente signifique “conjunto de esclavos” indica que en la formación del concepto los lazos de poder fueron más significativos que los de la protección del padre o del cariño de la madre, pues la prioridad era garantizar la unidad de la estructura patriarcal y la pertenencia a un dueño.

El uso de la palabra mamá y sus derivados etimológicos. Menciona Corominas (2011) que la palabra mamá es un galicismo, porque *mamma* en latín significaba tanto teta como madre, voces que fueron usadas en nuestro idioma de manera indistinta y con acentuación grave, desde la romanización de España hasta finales del siglo XVIII, época en que se acentuó la palabra madre por influencia del francés. Esto ocurrió para hacer referencia al “llamado de la madre”, quedando la voz *mama* como pasiva y aludiendo al pecho. Del latín *mamma* también procede el vocablo mamífero, que incluye la raíz *ferre*, que significa “llevar”.¹ La expresión mamotreto, que sugiere un libro muy grueso que no aporta gran cosa, apunta a la idea de “no tener madre sino abuela”; es decir, de haber sido “mal alimentado (o tal vez sobrealimentado) por esta figura sustituta de la progenitora”. Por ese motivo se les llama así a estos volúmenes, porque no cumplen la función correspondiente, ya que sobrealimentan de manera inconveniente.

¹ Literalmente es “lo que lleva mamas”, o “lo que tiene glándulas mamarias”

Resultados de la relación de pareja

Vivir con la “media naranja” usualmente ayuda al bienestar y al crecimiento personal; por desgracia, la influencia que ejerce la pareja puede llegar a ser un tormento e incluso volverse insoponible. El matrimonio pretende la consolidación del vínculo; pero la obligación legal puede ser un yugo demasiado duro cuando los conflictos que emanan del convivio diario se desbordan, haciendo que los intereses dejen de coincidir y ya no se trabaje para una meta común. A continuación, se estudian las palabras concernientes a este tema: novio, boda, matrimonio, esposa, cónyuge y divorcio.

El novio es el más nuevo en las relaciones que se han tenido. Cuando se tenía una nueva pareja con la que se formalizaba una relación, los romanos se referían a ésta como “la nueva”, es decir, como la nueva pareja. Como prueba de lo anterior se encuentran numerosos escritos que lo atestiguan y dos lenguas romances que aún siguen usando los derivados de esta raíz, como el catalán, *nuvi* y el occitano *novi*. Por su parte, el francés, *petit ami*, así como el inglés, *boyfriend*, expresan la ruptura con esta idea, pues no tienen una forma específica para designar al novio, ya que requieren de la unión de dos palabras. Con el paso del tiempo, la expresión no sólo se empleó para hablar de las relaciones amorosas transitorias, sino de aquellas que conducían al matrimonio, pues seguramente la más nueva era la que se consolidaba.

En las bodas se asiste a una toma de votos. Los vínculos familiares inician legalmente con una boda, compromiso espiritual que eti-

mológicamente deriva del latín *vota*, que significa “toma de votos”. Pero hay algo que seguramente no checa a los amables lectores, ¿por qué entonces la palabra boda se escribe con “b” y no con “v”? La explicación se encuentra en que los monjes medievales suplieron, hacia el siglo x, la palabra nupcias por *voda*, haciendo referencia a que en ese acto se les tomarían los votos a los novios. El pueblo, no versado en el origen etimológico de la palabra, escribía erróneamente “boda”. Después de doscientos años de que los trabajadores que servían en los templos escribieran boda con “b”, los primeros poetas e intelectuales españoles, inconscientes también de su origen etimológico, la escribieron igual. Ya entrado el siglo xv, don Antonio de Nebrija, siguiendo la ortografía empleada por los poetas y escritores de los siglos XIII y XIV, publicó en su diccionario español-latín que la palabra boda era equivalente a ceremonia nupcial, lo cual perpetuó el error hasta nuestros días.

El escurridizo origen de la palabra matrimonio. La etimología de la palabra matrimonio es incierta. Pudiera provenir de la fusión del latín *matrem* o *mater* (madre) con el griego *μoνoς* (*monos*), que significa “uno”, equivaliendo a “donde sólo puede haber una madre”. O también de *mater* (madre) y el latín *monios*, que significa “lo que permite adquirir la calidad de”; en este caso expresaría el acto que permite a una mujer lograr ser madre (en un futuro), lo cual no sería muy preciso, pues en la práctica una mujer puede ser madre sin necesidad de estar casada. Otra posible explicación proviene de la fusión de la palabra *mater*, pero en este caso con significado de materia (no de madre), unida a la palabra griega *μoνoς*, donde significaría que la descendencia proviene de una sola materia: la unión específica de esos progenitores.

Matrimonio o patrimonio: el machismo oculto. Para Bordelois (2005) existe una bifurcación entre las acepciones femeninas y masculinas en la cultura latina, lo cual es prueba de un machismo oculto en el lenguaje. Esto ocurre, por ejemplo, en las palabras patrimonio y matrimonio; mientras que la primera es el conjunto de bienes que son administrados por el padre, el matrimonio es la institución que legaliza en la mujer el acto de ser madre; la mujer obtiene estatus, con este hecho, pero no seguridad económica. La etimología denuncia la desvalida situación femenina, que busca la “posición social” que le da el “dueño de los bienes”, pero a cambio de dicha posición cede el dominio a éste. Otro aspecto del machismo se encuentra en la ausencia de la palabra “matria”, porque no existe contrapeso para la palabra patria y, sin embargo, los antropólogos saben que el concepto de nación está vinculado al nacimiento y éste al de madre. Para agravar la situación anterior, el concepto de nación está vinculado al de lengua, que es transferido por la madre; aunque se hace referencia a la “lengua materna”, se habla de la “casa paterna”, como si la mujer no poseyera bien alguno. La casa es del padre, aunque la lengua pertenezca simbólicamente a la madre. Patrimonio, patria y casa paterna connotan bienes y propiedades tangibles, mientras que matrimonio y lengua materna son entidades simbólicas o de reconocimiento social.

La palabra esposa alude a lo inseparable, como las esposas de los presos. Menciona Gómez de Silva (1991) que la palabra esposo deriva del latín *spunsus*, que significa “prometido”; la raíz etimológica revela que la promesa de los padres era tan sólida como la consolidación del vínculo. Pero la idea del voto, así como de la solemnidad del acto, influyó en la generación del vocablo “esposas”, que hace referencia

a los instrumentos metálicos que se les coloca a los presos para que no escapen. No deja de ser notorio que esta palabra se relaciona con *cónyuge*, que es el que comparte el yugo; tampoco debería pasar desapercibido que las esposas, al unir las manos, guardan similitud con el yugo que une a los bueyes, aunque las primeras son de acero y el segundo de madera.

Ser cónyuge implica tener obligaciones y estar sujeto a un yugo. La palabra *cónyuge* proviene del latín *coniugis*, que da a entender que los esposos funcionan con una misma ley que los une; significa textualmente “juntos con el yugo”. Sin embargo, la palabra yugo puede tener dos acepciones diferentes: una más moderada, que se refiere a “ley que obliga”, y otra de tipo peyorativo que expresa “la sujeción que hace llevar una carga pesada”. Para los romanos, la primera acepción era utilizada con este fin, pero con el tiempo la palabra yugo fue cambiando a una acepción menos ventajosa. El DRAE considera que yugo es una “ley o dominio superior que sujeta y obliga a obedecer”; pero la define como una “carga pesada, prisión o atadura.” Seguramente dependerá de cada persona ver en la unión conyugal la primera o segunda definición transcrita anteriormente. Por cierto, la palabra yugular proviene de yugo. Hay que recordar que en la iglesia se les coloca un lazo a los *cónyuges* alrededor de ambos cuellos. Se supone que si ambos intentan abandonar esa unión tendrían que presionar su yugular, que es el lugar donde simbólicamente aprieta el lazo que los une.

Origen del divorcio: separados y con otros intereses. La palabra divorcio proviene del prefijo latino “dis”, que significa “separación”, y *vortio*, que da la idea de voltear o de darse la vuelta. Así, la palabra divor

cio literalmente significa separación y vuelta; es decir, alude a la separación de dos sujetos que no solamente deciden alejarse, sino que desde hace un tiempo no son capaces de ver hacia el mismo lado, lo que representa que ya no tienen los mismos objetivos. Los romanos conocían dos condiciones para que las parejas rompieran definitivamente; la primera, que estuvieran separadas; la segunda que voltearan hacia lugares diferentes. Existen cuatro combinaciones posibles en una relación: la primera, que estén juntos y no volteen hacia el mismo lado, lo cual ocurre con mucha frecuencia; aunque la relación esté tambaleante, siguen unidos (tienen el *vortio* sin el “dis”). La segunda, que estando separados sigan trabajando por similares objetivos, como es el caso de aquellos que están lejos por circunstancias laborales, sociales o familiares que los han forzado a la separación física; sin embargo, siguen unidos; es decir, siguen viendo por los mismos intereses (tienen el “dis” sin el *vortio*). La tercera posibilidad, que es la ideal, se refiere a que estén juntos y mirando para el mismo lado (no tendrían ni el “dis” ni el *vortio*). Por último, el divorcio se da cuando ya no ven para el mismo lado y viven vidas separadas; es decir, cuando están alejados física y anímicamente (aquí se conjuga el “dis”, con el *vortio*; es decir, el divorcio).

Etimología de la moral y la religión

Etimología de la moral

La moral representa las reglas que gobiernan la conducta humana —tanto a nivel individual como colectivo—, sienta las bases para vigilar a quienes nos rodean y permite a los demás vigilarnos con ellas. El concepto original tiene su raíz en el latín *mos mores*, que significa “estilo de vida”, aunque posteriormente se convertiría en *moralis*, que es lo tocante a la forma de vivir. A continuación, se estudian los vocablos relacionados con esta palabra.

Los derivados etimológicos del mal y la maldad. La palabra malo proviene del latín *malus* con idéntico significado. Sus derivados son fáciles de encontrar y de identificar en nuestra lengua, porque, como ya se ha dicho suficientemente, es una variante del latín. Solamente hay tres sutilezas que resulta interesante destacar. La palabra maleza era equivalente a “hierba mala”, pero su semántica perdió el vínculo etimológico para nosotros (en latín se decía *malitia*). La palabra malvado, usada en la actualidad para designar a alguien con planes funestos, proviene del latín *mali fatus*, que significa

“mal destino”; precisamente encarnó durante toda la Edad Media a la persona que era infortunada, por lo que resulta interesante que dicha persona fuera destructiva y nefasta con el mundo que le cerró las puertas. Para terminar, resulta sugestivo estudiar la confusión que siempre ha existido entre estar enfermo y estar (o ser) malo, lo que ha llevado a Bordelois (2008) a postular que en el inconsciente queremos representar que a los malos les deben caer enfermedades; o que quienes padecen una enfermedad, es porque seguramente se lo buscaron. ¿O pudiera ser la necesidad de conservar la esperanza de que se vive en un mundo lógico, donde se desea que a los buenos les vaya bien y a los malos les vaya mal?

Quienes tergiversan la verdad suelen dar la espalda. La palabra tergiversar es definida como “una interpretación errónea y a propósito de los acontecimientos”. Proviene del latín *tergiversari*, que se divide en *tergum*, que es espalda, y *vertere*, que es voltear. Los romanos usaban un verbo despectivo para las personas cobardes que no eran capaces de enfrentar sus propias acciones y que requería del uso de la mentira o del reacomodo de las palabras para que las cosas se interpretaran a su conveniencia. De ahí la expresión *tergiversari*, que significa “volverse y darle la espalda a los acontecimientos”.

La connivencia invita a hacerse de la “vista gorda”. La palabra connivencia, que se aplica para hacer alusión a las personas que se “hacen de la vista gorda” ante las faltas de los demás, procede del latín *connivere* y significa que “todos cierran los ojos para dejar pasar alguna situación inconveniente”. Es interesante notar que los mismos romanos ya usaban la palabra de manera metafórica para indicar que las personas disimulaban lo que los demás hacían.

En español sólo se conserva otra palabra con la raíz latina *nivere* (cerrar los ojos), la cual es “nictitación”, aplicada para el parpadeo.

El castigo es utilizado para recuperar la castidad. La palabra castigar proviene del latín *castusagere* que se compone de la raíz *castus*, la cual pasó casi intacta al español (casto), así como del sufijo *agere*, que significa “volver” o “convertir”. Por lo tanto, castigar no significaba para los romanos dañar o agredir a un culpable, sino realizar acciones para volverlo puro, para que recuperara la inocencia perdida o regresara a la virtud perdida, etc. Esto podía hacerse, aparte del maltrato o los golpes, con la concientización a través de las palabras.

Las tortugas encarnan el pecado capital de la pereza. La palabra tortuga proviene, según el helenista Frangos (1987), del griego *ταρταροῦχος* (*tartaroukhos*) que significa “habitante del tártaro”, es decir, habitante del infierno. ¡Y cómo no iba a ser así!, si los cristianos romanos consideraban que las tortugas encarnaban uno de los siete pecados capitales: “la pereza”, por eso fueron vistas con verdadero pavor, pues pudiera suscitarse un contagio moral entre los hombres que veían su andar tortuoso (torcido) y lento (perezoso). Por cierto, en español antiguo se les llamaba “tartugas”, fue hasta la consolidación del español actual que se les vino a decir tortugas.

El vínculo antropológico entre la sangre y la bendición. Los sacrificios con sangre dedicados a aplacar la furia de los dioses fueron realizados desde tiempos inmemoriales por numerosas tribus, esto es algo relativamente conocido por las personas de mediana cultura. Lo destacable del asunto es que la etimología lo constata en varias lenguas; por ejemplo, la palabra inglesa *bless*, que significa

“bendición”, está emparentada con *blood*, que significa “sangre”; la reconstrucción filológica que han hecho los especialistas lleva hasta la palabra *bledsian*, raíz germánica que produjo ambas palabras (tanto *bless* como *blood*) y que influyó en el vocablo francés *bles-sure*, que significa “herida”.¹ Siguiendo la huella que vincula estos conceptos, también en latín existe un parentesco similar, donde *sanguis* (sangre) y *sanctus* (santo), se reúnen en *sancire* (consagrar).² A todo lo anterior hay que agregar que durante la Edad Media los médicos recetaban sangrías para curar a los enfermos, hecho que no ha tenido una explicación suficientemente satisfactoria; la aportación filológica sugiere que buscaban derramar su sangre para poder ser bendecidos y curados.

Etimología de la religión

Nuestra religión ha hecho que se institucionalicen palabras de uso común a las tradiciones eclesiásticas. Como ejemplo están los villancicos, que tuvieron como objetivo enseñar en las aldeas el culto a Jesucristo, en su designación se puede identificar la simplicidad de las personas a quienes iban dirigidos; también las pastorelas, donde se realizaba (y se sigue haciendo) una representación de los pastores que marchan diligentes a Belén a recibir al Mesías; de la misma manera aparece la figura mítica del Maligno, que trata a

¹ Como resulta obvio, para obtener la sangre del sacrificio tribal era necesario realizar algún tipo de herida.

² Vale la pena aclarar que sagrado no guarda relación con sangre.

toda costa de evitar el nacimiento del niño Jesús y embrollar a los pastores. A continuación, se estudian más a detalle estas palabras.

No es nada raro que los villanos canten villancicos. La palabra villancico está emparentada con villano porque ambas provienen de villa; es decir, de los fenómenos relativos a las poblaciones muy pequeñas. Tanto los cánticos (villancicos) como las conductas poco civilizadas (las de los villanos) se han visto relacionadas con las aldeas donde la población no sabía leer; en consecuencia, los sacerdotes adoctrinaban sobre el Evangelio a través de canciones; algunas personas eran tan toscas y poco entendidas para asimilar las cántigas, que los clérigos adjudicaban esto a “las acciones de Satanás”. Lo anterior, así como el hecho de creer que las personas de poco linaje, dinero o que eran “simples aldeanos”, podían ser capaces de cometer los peores crímenes, produjo la connotación actual de villano. En la Edad Media había juglares que componían estribillos al acercarse la época decembrina; esta situación contribuyó a que se adjudicara a las canciones navideñas el término de villancico. Según Corominas (2011), en la España del siglo XVI ya se decía “copla de villancico”, hasta que con los años sólo se usó la última palabra.

La pastorela toma su nombre de una danza medieval. La palabra pastorela es un galicismo que significa literalmente “pastorcita”, pero a su vez proviene del latín *pastor*. En Francia se aplicó para designar a un tipo de danza medieval en la que un pastor cortejaba a una pastorcita; con el tiempo se usó como equivalente de representación teatral. Por la asociación con los pastores, el español tomó prestada la palabra para significar una parodia del nacimiento de Jesús.

Los pastores tienen una parte oscura y tenebrosa. Los pastores usualmente son vistos como seres ingenuos y bonachones; por ejemplo, en la frase: “Los pastores a Belén corren presurosos” hay una connotación de bondad, entrega, sacrificio y apoyo. Pero, tienen una parte oscura y negativa, la cual denuncia la etimología: son sumamente mentirosos, a tal grado que llegan a decir patrañas. Según Corominas (2011), la palabra patraña (que hace referencia a una “mentira o noticia fabulosa y de pura invención”) proviene del latín *pastoranea*, que significa “cuento narrado por un pastor”. La explicación se debe a que éstos tenían fama de inventar leyendas, de tener visiones en la noche, de hablar de animales extraordinarios, además de platicar historias fabulosas alrededor del fuego. De ahí fue evolucionando la palabra latina hasta nuestro vocablo patraña. Por cierto, la palabra pastor significa que éstos tienen como objetivo el pasto, o que basan su actividad productiva en éste.

La buena nueva es, seguramente, la venida de Cristo. La buena nueva es sin duda que el nacimiento de Jesús está reconciliando al hombre con Dios, pasando por alto sus pecados pasados. Los romanos para referirse a las novedades (tanto buenas como malas) usaban la palabra *nova*, que pasó al español (por vía del italiano) como *novella*, lo que generó en nuestro idioma varios derivados, como novela, novelista, novelesco, etc. Los mismos derivados aparecen en otras lenguas romances, con excepción del francés, donde *nouvelle* significa noticia.

¡Diantre!, no es correcto que nadie invoque al diablo. Nuestra palabra diablo proviene del griego *διάβολος* (*diábolos*), que se descompone en *διά* (*diá*), que significa “a través de”, y *βάλλειν* (*bállein*), que da

la idea de llevar o arrojar. Literalmente quiere decir “el que lleva o arroja (discordia o calumnias) a través de (los humanos)”. Pero la palabra *diantre* proviene de la misma raíz latina, aunque entró por el francés hablado en el siglo XIII. Esta expresión es una deformación de la forma original *diable*, que los ibéricos no podían pronunciar con claridad, por lo que repetían: ¡diantre! En tan sólo dos siglos pasó a ser una expresión de uso común y comenzó a escribirse “diantre”. Esta palabra fue elegida por el pueblo para proferir maldiciones sin comprometerse al invocar claramente al Maligno (por lo que se convirtió en eufemismo), quedando así la palabra diablo reservada sólo para situaciones más graves o eclesiásticas.

Etimologías que provienen de lugares

Etimologías con base en regiones geográficas

ALGUNAS PALABRAS PROVIENEN de regiones geográficas determinadas, o bien del uso específico que se hizo en dichas regiones de alguna palabra. Por ejemplo, la voz “aquelarre” proviene de la región vasca de España; la palabra galería alude a una región antigua de Israel llamada Galilea (donde se cree que Jesús sufrió la transfiguración); el vocablo vericuetto proviene del término autóctono *pericuetto* usado en una región de Andalucía; para terminar, los latinos, con su cultura romance y su comportamiento descarriado, produjeron la palabra ladino.

El aquelarre es tan extraño que no es indoeuropeo. La palabra aquelarre, que designa el conciliábulo de las brujas con el demonio, no proviene de ninguna lengua indoeuropea, tampoco del árabe; es un vocablo rarísimo de procedencia vascuence. Según Corominas (2011), se divide en *larre*, que significa “prado”, y *aker*, que es la forma como se le llama al macho cabrío, que simboliza al demonio. Durante la Edad Media, la Iglesia fue la principal interesada en denunciar

este tipo de reuniones, pues quería erradicar cualquier tradición autóctona que obstaculizara la consolidación del catolicismo. Los antropólogos consideran que estas manifestaciones eran ritos paganos que no tienen vínculo alguno con la invocación al Maligno. De hecho, en el País Vasco se considera al macho cabrío un ser mítico con propiedades protectoras del ganado, por ese motivo los campesinos crían uno negro, con la idea de evitar las enfermedades en sus animales (Martín Sánchez, 2002).

Entrar en un vericuetto para encontrar el origen de vericuetto. Aunque dé la apariencia contraria, la palabra vericuetto es autóctona y deriva de *pericuetto*, que significa “camino serrano áspero y de difícil acceso” y se sigue usando de esta manera en la zona suroriental de la península ibérica, región geográfica que, por cierto, se distingue por sus montañas agrestes. Pero, ¿por qué cambió a vericuetto en el español actual?, ya que esta deformación no obedece a las leyes que rigen estos cambios.¹ La explicación de Corominas (2011) es formidable: se dio por la influencia de la palabra vereda, que sí es latina y significa casi lo mismo.

La galería es la parte más espaciosa de un teatro o templo. La palabra galería, que alude a las partes más amplias y espaciosas de casas, teatros y diversos lugares donde se reúne la gente, proviene de la palabra Galilea, que era la región pagana de Palestina. Para la Iglesia se encontraba representada en el pórtico del templo, por oposición

¹ La letra “p” cuando cambia lo hace por “b” y no por “v”.

al lugar del coro, que era Judea. Con los años, los lugares espaciosos y multitudinarios pasaron a ser llamados galerías. Éste es un ejemplo de la influencia que ejerció la Iglesia en la Edad Media en la producción de nuevas palabras.

La cultura latina produjo personas ladinas. Cuenta Alvar (2000) que el término ladino se aplicó a los judíos que hablaban español, por tanto, habían abandonado su lengua hebrea; posteriormente, con la conquista de América, se extendió esta connotación a cualquier nativo del nuevo mundo que hablara español. Pero el origen de este cambio morfo-semántico se dio cuando aún existía la lucha entre moros y cristianos en la España árabe, representando una forma despectiva de señalar que los cristianos eran descendientes de una cultura superior: la cultura latina. Después de que se suavizó la “t”, quedó la expresión “ladino”, como equivalente a astuto, aunque también adquirió la connotación de hacer uso de la inteligencia para engañar. Es probable que esta acepción no se aplicara a los árabes que hablaban español, porque en buena medida la expulsión de los moros se debió a una serie de acciones engañosas de parte de los españoles, que lograron dividirlos a través de alianzas parciales, hasta iniciar la reconquista que llevó al desmoronamiento del imperio musulmán.

Etimologías con base en nombres de ciudades

Algunas palabras deben su gestación a los nombres de las ciudades (o de sus barrios) que las inspiraron, como ocurre con el nombre de la ciudad mexicana de León, que procede de su homónima ibérica (no así la palabra que designa a esa región de España); de la misma manera, la palabra esquirolo procede del nombre dado a una localidad

de la ciudad de Barcelona y se aplica de manera peyorativa a los traidores obreros, por ser éstos quienes rompieron una huelga en una taberna que llevaba el mismo nombre. Finalmente, la palabra pergamino deriva de la ciudad de Pérgamo, que se asentaba en la zona noroeste del Asia Menor.

León, Guanajuato, toponimia de León, España. La palabra León, que es municipio de Guanajuato, no proviene del Rey de la Selva, que en latín se decía *leo* o *leonis* y que a su vez fue influida por el griego *λέων* (*leon*). Sino que se remonta a la toponimia de León, España. Cuenta Alatorre (2012) que en ese lugar había un destacamento romano muy importante, al que llamaban *Legionem*, que significa “legión romana” en latín, aunque con los años y el uso de la referencia común se contrajo al vocablo León. Los fundadores de esta ciudad hacían alusión a la mencionada región española cuando por primera vez la llamaron “Villa de León”. Como consecuencia del distanciamiento con la formación inicial de la palabra, el gentilicio para los habitantes sería el de leoneses, a diferencia de los de León, España, que es el de legionenses.

Los esquirols se reúnen en el bar de la ardilla. La palabra esquirol proviene del latín *sciurus*, que significa “ardilla”. Todas las lenguas romances usan la misma etimología para designar a este roedor,² inclusive el inglés. Nuestro idioma prefirió usar otra palabra,³ pero

² En catalán se dice *esquirol*, en francés *écureuil*.

³ La palabra ardilla es de origen celta y ya se utilizaba en la península ibérica antes de las primeras invasiones romanas.

preservó el vocablo esquirool como toponimia, ya que un barrio de Barcelona tiene ese sobrenombre, por lo que no es extraño que una taberna local se llamase igual en el siglo antepasado. Sería precisamente en ella donde un grupo de obreros se pondrían de acuerdo para romper una huelga a finales del siglo XIX. De ahí procede la acepción de esquirool como equivalente a obrero que realiza el trabajo que dejó un huelguista (también connotaría con los años ser traidor a una causa). Tampoco resulta extraño pensar que cuando se habla de esquiroles se puede hacer referencia a las características nerviosas, escurridizas e impredecibles de las ardillas, por lo que se ha propuesto que esta palabra ya se usaba para hablar de las personas que eran incapaces de secundar una causa; tal vez el suceso de la taberna solamente vino a consolidar esa idea.

Los pergaminos vienen de Pérgamo y las persianas de Persia. Existen dos artículos muy comunes de los cuales posiblemente ya se haya perdido la conexión etimológica que los vincula con el lugar donde se originaron, uno de ellos es el pergamino y el otro la persiana. Abordemos el primero. Anteriormente la escritura se realizaba en papiro, pero fue hasta el siglo V a. C., en Asia Menor, que comenzó a ser sustituido por el cuero de res (por ofrecer más durabilidad y manejabilidad), con el tiempo sería la ciudad de Pérgamo el principal centro exportador. A partir del siglo IV d. C. el pergamino prevalecería por estar más vinculado al códex (códice) que al volumen, sólo para ser sustituido por el papel en los siglos XII y XIII. Por lo que respecta al segundo término, las primeras persianas que se comercializaron en Europa venían de Persia, éstas tenían el objetivo de filtrar gradualmente la luz y vinieron a sustituir a las complicadas contraventanas que implicaban mayor gasto y dificultad

para colocarse y abrirse. La palabra se introdujo a España por los franceses que comerciaban con ellas en el siglo XVIII.

Etimología médica y psicológica

Etimología de las enfermedades mentales y los terapeutas

LA ETIMOLOGÍA DE VARIOS TÉRMINOS usados comúnmente por los psicólogos y psiquiatras puede dar luz para entender mejor a la persona desequilibrada y al quehacer del trabajo terapéutico. Veamos algunos ejemplos, la palabra recordar permite encontrar la relación entre las emociones y el juicio sensato; la alucinación, que deforma la realidad del enfermo grave, también recuerda que nadie *normal* está exento de caer en la trampa de una ilusión; otro aspecto de la enfermedad mental mayor se encuentra en los delirios, que hacen que las personas se aparten del camino que otros siguen. Además, la etimología indica que los desórdenes alimentarios se relacionan con las personas con las que se comparte la mesa; que el instrumento más valorado por los psicólogos es la interpretación; que el tratamiento psicológico funciona porque *jala* al paciente hacia la mejoría, etc. A continuación, se estudian a fondo estas palabras.

Las civilizaciones antiguas creían que la mente estaba en el corazón. Una palabra de uso común prueba que los egipcios, griegos y romanos (cuando menos en la tradición popular) creían que las facultades más altas del ser humano, como los sentimientos, el amor, la memoria y la inteligencia, se encontraban en el corazón y no en el cerebro. Esta palabra es “recordar” y proviene del latín *recordare*, que significa literalmente “volver al corazón”, implicaba que se volvía a hacer presente algún acontecimiento o se revivía una emoción. En la actualidad, solamente se utiliza la primera acepción, que implica el uso de la memoria, ya que se perdió el otro sentido.

La alucinación deforma la realidad, la ilusión es un juego mental. Seguramente para los profesionales de la psicología y la psiquiatría es importante diferenciar si una persona tiene ilusiones o alucinaciones, pues en el primer caso es un fenómeno normal, mientras que en el segundo podría señalar la existencia de una enfermedad mental mayor. Ilusión y alucinación, aunque parecidas en significado y sonoridad, tienen diferente etimología. La primera hace referencia a los juegos que hace la mente para que se caiga en situaciones que son tomadas por ciertas; proviene del latín *illudere*, donde *il* es la acción de ir hacia alguien y *ludere*, jugar; su definición nominal equivale a “la mente que juega con las propias expectativas”. La palabra alucinación es más sencilla, significa “dejarse deslumbrar por la luz”; es decir, ver cosas que no existen por ofuscación óptica (o mental).

Los que deliran son los que se apartan del camino común. La palabra delirio proviene de dos raíces latinas, *des*, que significa “incapacidad”, y *lirius*, que en latín significa “cauce”. La expresión *delirare*

la aplicaban los romanos a aquellas personas que al hacer un canal o surco no seguían la recta trazada; también a aquellos que no seguían el cauce que ya estaba designado; es decir, a los que no seguían el camino marcado por otros. Entonces, quienes no seguían la “línea de la realidad” o quienes “no podían trazarla de manera adecuada”, eran los que deliraban. En poco tiempo delirar pasó a ser equivalente a no vivir en la realidad, a ser un enfermo mental. Uno de los principales criterios de anormalidad que explico en mi libro *Psicopatología clínica* (2011) es que la persona no se adapte al medio ambiente, pero este concepto es peligroso porque cualquiera que piense diferente o no haga lo que el común hace, pudiera ser visto como un delirante. La etimología advierte que es arriesgado salirse de las normas, pues la sociedad tacha de loco al inadaptado.

Los desórdenes alimenticios y su relación con la mesa. Para Bordelois (2008), el problema de los trastornos de la alimentación se encuentra relacionado con las personas con quienes se comparte la mesa. La palabra mesa significaba carne en el indoeuropeo, del mismo modo en latín, aunque también comenzó a indicar el lugar donde se situaba para comerla; pero por alguna extraña razón, el latín vulgar de España usó esta palabra exclusivamente para representar al mueble donde se colocaba la comida, cosa que no ocurrió en otras entidades romances que siguieron usando la acepción original para mesa: *tabula*. Por eso las lenguas neolatinas utilizan su derivado, lo cual se aprecia a simple vista: francés, *table*, inglés, *table* (por influencia del francés), italiano, *tavola*, catalán, *taula*, etc. La posible explicación quizá esté encerrada en la palabra comensal, que alude a las personas con quienes se comparte la comida. La mesa cobra importancia porque obliga a las personas a reunirse para comer;

por tal motivo, comienza a representar lo mismo alimentarse con carne, que nutrirse de la compañía de alguien.

El instrumento más valorado por los psicólogos: la interpretación. El instrumento más usado para el tratamiento psicológico es la interpretación, acto que se da después de que el paciente expresa su sentir en el consultorio, dándole los elementos al psicólogo para que descubra el sentido profundo y latente que tienen sus palabras. Para Corominas (2011), deriva del latín: *interpretari*,¹ que significa “lo que se hace entre mercaderes”. Esta palabra designaba en la antigua Roma la acción realizada por los intermediarios, quienes trataban de explicar lo que el vendedor o el comprador no quería o no podía poner en palabras. Así, el psicólogo, cuando interpreta, pone en palabras lo que el paciente no puede o no quiere decir. Éste no sabe a consciencia lo que contiene el material que expone, por eso es necesario que el psicólogo traduzca sus recuerdos para que los entienda y asimile.

El tratamiento psicológico “jala” al paciente hacia la mejora. Según Corominas (2011), “tratamiento” proviene de la raíz latina *trahere*, que significa “tirar de algo o alguien”; en este sentido, cuando un terapeuta se encuentra en un proceso psicológico, utiliza sus diversas técnicas para *jalar* al paciente y llevarlo a la mejora. La palabra tratamiento deja entrever que solamente a través de accio-

¹ Floris Margadant afirma en su libro *Historia del derecho*, que la palabra interpretación proviene de los acuerdos que se daban entre los sacerdotes, no entre los mercaderes.

nes disciplinadas se logrará alejar al paciente de la enfermedad y resulta evidente que esos *jalones* o *tirones* del terapeuta no siempre serán cómodos para el paciente que se siente más a gusto con su enfermedad; pero son necesarios para que posteriormente esté en una condición mental mejor.

El terapeuta debe ayudar a que concluya el proceso de duelo. La palabra duelo proviene del latín *duellum* (que está emparentada de alguna manera con *bellum*, que es guerra). El duelo hace alusión a la lucha entre dos personas (por ejemplo, cuando se habla de un duelo medieval) o al combate interno que pasa una persona cuando tiene una pérdida, pues una parte de ella la acepta, mientras que la otra lucha en contra de esa idea (pues se rehúsa a dejar que se vaya el ser amado). El proceso de duelo dura hasta que la persona deja de ser presa de esa “guerra interior” y logra asimilar plenamente la partida del ser querido. Es decir, se resuelve cuando la parte que ya había aceptado la pérdida gana la batalla a la que aún se rehusaba a verla partir.

El origen de la palabra personalidad procede del griego y del latín. De la palabra griega *πρόσωπον* (*prósopon*), que significa “máscara”, deriva el verbo latino *personare*, con equivalencia a “sonar a través de”; a su vez, de éste deriva la palabra *persona*,² que luego vino a

² Esta palabra hacía referencia a la máscara que utilizaba un actor que había logrado representar un rol en una obra de teatro, de ahí que la palabra personaje ilustre el parentesco etimológico. Aunque con origen teatral, los romanos usaron la palabra *persona* como el

designar a quien juega un rol teatral, así como el término psicológico *personalidad*, que hace referencia a las diferencias individuales que hacen a cada sujeto ser lo que es. Pero no deja de ser curioso que la persona sea reconocida socialmente sólo cuando presenta una buena imagen ante los demás; es decir, cuando la máscara logra encubrir su verdadero rostro, lo que le permite tener una expresión acorde con los requerimientos del entorno. Pero esta necesidad de representarse socialmente hace que permanezca oculta la amplitud de factores que interactúan en el sujeto y que permanecen ocultos la mayoría de las veces. La etimología advierte que llamamos personalidad a lo que vemos (a la máscara), siendo que es a una reacción conveniente del sujeto. Además vale la pena apreciar que, así como en la vida real se funciona de manera distinta, según el contexto en que se esté, así se expresa la personalidad, incongruente hacia dentro, buscando la congruencia con lo de afuera. Derivado de esto, sólo en escasas ocasiones es posible ver la parte más profunda de la personalidad, cuando la persona no puede conservar su máscara social. Como mencionan Polaino-Lorente, Cabanyes Truffino y Del Pozo Armenta (2003), tal vez se tiene una personalidad estable, pero no inmutable ante los diferentes roles que debe jugar.

Los mensajes subliminales de la Gestalt. La palabra eliminar significa literalmente “echar de la casa”; se compone de dos palabras latinas: el prefijo “ex”, que significa “fuera de”, y *limen* o *liminis*,

papel jurídico que ésta tenía en el Estado. Pero luego se equiparó el papel desempeñado con lo que es la persona en sí.

que es el límite entre la casa y la calle. La palabra subliminal, tan traída y llevada por los psicólogos gestaltistas, es una palabra muy nueva, formada a finales del siglo XIX de una traducción alemana, *unterschwellig*, que significa “lo relativo a lo sublime”, donde *limen* equivale a límite, y *sub*, a debajo (umbral es un vulgarismo de la palabra límite [l]umbral). Pero lo que poca gente sabe es que todas las palabras derivadas de estas dos raíces no tienen más de tres siglos. Por ejemplo, sublimación es un neologismo que se comenzó a usar por los químicos a partir del siglo XVII y la misma palabra sublime fue usada hasta el siglo XVIII por poetas y filósofos. Por cierto, la palabra limen usada en subliminal deriva del latín *limis*, que significa “límite”; sobrevive en nuestro idioma representando el primer escalón de la entrada a una casa o como una metáfora del primer paso antes de entrar al conocimiento.

Etimología de las enfermedades físicas y los médicos

También los médicos se pueden ver beneficiados con el conocimiento de la etimología de la salud, los hospitales, la curación y el cuidado de sus pacientes. A continuación, se realizan los siguientes análisis.

Los médicos fueron los modestos de otros tiempos. Menciona Bordelois (2008) que la raíz latina para médico está emparentada con modestia, lo cual sorprende a simple vista porque muchos galenos suelen ser arrogantes. El motivo del vínculo se da en que el médico es moderador de los hábitos de otros y el modesto simplemente es moderado con lo que dice; pero, precisamente cuando se modera a los demás se puede perder la moderación sobre sí mismo. Según Bordelois (2008), las palabras se fueron separando para acentuar

el hecho de que la persona que era moderada se volvía modesta, si lograba comportarse siempre así. El médico, que vigilaba la moderación de los demás, fue olvidando hacerlo con él, motivo por el que en Roma cambió su significado al de cuidador.

Para curar se requiere cuidar, para cuidar se requiere pensar. Nuestra palabra curar deriva del latín *curare*, que significa “cuidar de otros”; su sencillez etimológica deriva de la idea popular que afirma que la curación se logra gracias a los cuidados. Ahora bien, nuestra palabra cuidar tampoco es genuina, pues deriva de *cogitare*, que significa “pensar en alguien” (por extensión, “prestarle atención”), porque cuidar es estar atento a los procesos por los que pasa un paciente y actuar en consecuencia. Entonces, la cura proviene del cuidado que tiene el terapeuta con sus pacientes, tratándolos de manera atenta y dedicada, pensando y reflexionando durante un buen tiempo qué es lo mejor para ellos.

La importancia social de ser médico a la luz de la etimología. La sociedad no solamente adjudicó el máximo grado académico a los médicos, generalizando en cada uno de ellos a un *máximo-sapiente*, es decir, a un doctor. Igualmente hay por lo menos otras dos generalizaciones que vale la pena señalar. En inglés *physician* significa “médico”, pero deriva de la idea de que éstos dominaban todas las áreas de la física. Por su parte, nuestra palabra *facultativo* procede de un malentendido que se generalizó en la Edad Media, el cual afirmaba que sólo los médicos egresaban de facultades, por eso facultativo se convirtió en sinónimo de galeno. La vocación de ayuda que existe en esta profesión ha merecido que se reconozca en sus practicantes a personas sabientes, académicas o conocedoras de la ciencia física.

El deseo de la salud y el tabú de la enfermedad. El verbo saludar significa etimológicamente desearle salud al interlocutor. Por su parte, la palabra salud proviene de *salus* o *salutis*, que significa “salvación”, en latín, pues quien tiene salud deja atrás el riesgo de perecer. La razón por la que se acostumbra preguntar a los demás por su estado físico cuando se les ve procede de una tradición común a las civilizaciones antiguas, pues se veía en los signos de enfermedad un pronóstico casi seguro de muerte (en ese entonces eran pocos los afortunados que podían alcanzar la vejez). Para Chantraine (2001), las palabras que denotan enfermedad desaparecen cada determinado tiempo, por lo que no es posible conocer su raíz original. Esto se debe a que la enfermedad ha sido vista tradicionalmente como tabú, lo que ha llevado a que se cubra con eufemismos que posteriormente la designa. Por ejemplo, de *morbus* y *aegritudo*, usadas en latín, no sobrevive ninguna por vía vulgar, sólo por reconstrucción culta. Reafirmando lo anterior, nuestra palabra enfermedad proviene de *in-firmus*, que en latín era un eufemismo para las palabras mencionadas anteriormente y significaba “sin firmeza” o “debilidad”.

Los hospitales tienen una función noble, pero una cara hostil. En el estudio que hace Bordelois (2008) sobre el vínculo entre las palabras latinas *hospes* y *hostes* (que tienen el mismo origen indoeuropeo), sorprende que la palabra hospital esté emparentada con hostilidad. Pero no debería ser así, el hospital conlleva la idea de hospedaje, el cual, en las edades Antigua y Media, era lugar de alienación y discordia. También nuestra palabra hospital connota un poco de hostilidad, ¿será por eso que aterroriza caer en uno? ¿O será que dicha palabra se ha resemantizado por la forma como ahí se trata a los enfermos? Sea como fuere, la hostilidad más agravante que

alguien puede sufrir proviene de la furia desatada de los anfitriones, que al cambiar de estado de ánimo se vuelven despectivos y crueles con sus huéspedes, pues la persona que se encuentra bajo su *protección* ha bajado sus defensas y el derecho de objetar. Tal vez este vínculo entre *hostes* y *hospes* se relacione con el concepto peyorativo de arrimado y con la idea de que apesta al tercer día, al igual que el muerto (como reza un refrán popular).

La palabra influenza ha producido mucha influencia. La palabra influenza proviene directamente de esa misma palabra italiana y con igual significado. En la época renacentista los médicos notaron que el catarro prolongado provenía de la influencia que ejercía el contagiado en las personas que se acercaban a saludarlo, haciendo que al poco tiempo presentaran un cuadro sintomático similar. Por el mismo tiempo los franceses ya usaban la palabra *grippe* para referirse a un catarro con consecuencias momentáneamente incapacitantes. Aunque describiendo un proceso similar, esta palabra tiene una raíz muy diferente a la anterior, pues significa garra, ya que daba a entender que el afectado estaba atrapado por el catarro y que no lo soltaría hasta después de un buen tiempo.³ También la idea de poder morir quedaba implícita al hacer alusión a ser atrapado por la garra de un animal salvaje y carnívoro.

³ Algo similar a ser atrapados por la garra de un león, que una vez que atrapa no es posible escaparse.

Diagnosticar o detectar: griego contra latín. La palabra diagnóstico, usada en la práctica clínica, proviene del griego *διά* (*diá*), que significa “a través de”, y *γνώσις* (*gnosis*), que es conocer; en su conjunto se define como “conocer a través de” (los signos o síntomas que presenta un paciente). La palabra detectar, relacionada con la anterior, es latina y se descompone en el prefijo *des*, que significa “quitar”, y *tegere*, que da a entender que hay algo cubierto por una tela;⁴ literalmente implica la acción de quitar la cubierta para descubrir lo que hay debajo de ella. Aunque ambas palabras significan casi lo mismo, la primera alude a encontrar una enfermedad y la segunda a dar con un síntoma concreto que se relacione con ella. Por ejemplo, se dice: “le diagnosticaron diabetes”; pero, a diferencia se afirma: “le detectaron un nivel de azúcar muy alto”.

⁴ Como resulta obvio, de aquí procede la palabra toga.

Lecciones de la etimología

Lecciones filosóficas de la etimología

Se suele llamar lección a las enseñanzas que dirige un maestro a sus discípulos; pero la sabiduría acumulada en la lengua, a lo largo del tiempo, tiene atesoradas lecciones valiosas para los que se atreven a ir más allá de su simple significado. Las personas que son capaces de ver una señal en el cambio o la permanencia lingüística, en su metáfora original, o en sus diferentes acepciones y analogías, tienen a su alcance la sabiduría milenaria. Como se puede ver, la etimología es una maestra certera capaz de instruir. Partiendo de esta convicción, se ha dispuesto este apartado para hablar de las lecciones filosóficas de la etimología, porque en las expresiones utilizadas con frecuencia se descubre al ser humano respondiendo a sus primeros interrogantes. A continuación, se explica por qué las confusiones se generan cuando no se puede ver la solidez de las cosas; también, se estudia la razón de las obsesiones, que se producen en la persona imposibilitada de dejar de ver algo; igualmente, se analizan los defectos y se postula que éstos no representan vicios, sino simple falta de empeño del que no ha querido desterrarlos de

su vida; para terminar, se estudia la eficacia frente a la eficiencia, conceptos con una raíz común, pero con diferentes consecuencias en el mundo.

La confusión se da porque las cosas dejan de ser sólidas. La etimología de la palabra confusión proviene del prefijo latino “con”, que da la idea de totalidad, y de la raíz *fundere*, que significa “fundir o derretir” y que remite textualmente a “que la totalidad de un sólido se vuelva líquido”; bajo esta situación (real o mental) no se puede percibir la forma original de algo, pues sólo se distingue al recipiente que lo contiene en ese estado. Pongamos de ejemplo un jarrón de metal que es fundido en un crisol, al volverse líquido es imposible saber la forma que tenía, la imaginación podría pensar en múltiples representaciones, pero al momento son desconocidas. La inteligencia humana se agudiza cuando puede separar y analizar las formas y sus componentes, no así cuando no percibe forma alguna o los elementos están mezclados de una manera que no se pueden apreciar con claridad. Precisamente, para Bauman (2008), el mundo actual no aporta fines claros ni exigencias convencionales porque es un mundo líquido caracterizado por su constante fluidez y poca estabilidad.

Se tiene una obsesión cuando enfrente se ve algo inamovible. Un pensamiento obsesivo se define como una idea que genera ansiedad cuando el sujeto no puede llevar a cabo algún ritual provocado por ese estado. Además, este tipo de ideas son vividas como si provinieran de una intromisión externa que no se puede controlar. La etimología es congruente con la definición de la palabra obsesivo, pues deriva del latín *obsidere*, que se divide en *ob*, que significa “frente a

los ojos”, y *sidere* o *sedere*, que es estar sentado. Así, cuando hay una obsesión, es porque los ojos están mirando permanentemente hacia algo que está posicionado frente a ellos y no puede ser desplazado por otro objeto, pues hacia donde se giren los globos oculares, se ve lo mismo. Por ese motivo la persona que tiene este padecimiento considera que hay algo en el exterior que no deja de entrometerse en su campo visual recordándole la importancia de hacer o evitar algo. Aparte de ser una molestia constante, esta circunstancia no le permite relajarse al apreciar que la vida se compone de otros aspectos, la mayoría de ellos positivos.

El parecido entre la palabra defecto y déficit no es una coincidencia. Los romanos creían que la mayoría de los defectos representan una falta de construcción de las virtudes. Les parecía difícil creer que hubiera hombres “torcidos” moralmente; más bien creían que aún no concluían su construcción personal a partir del desarrollo de sus potencialidades, que ya estaban ahí, esperando un esfuerzo personal para incorporarlas a su ser. Para comprender mejor lo anterior, se puede analizar la palabra perfecto, que también conlleva la idea de hecho, pero con el prefijo “per”, que significa “que ya está terminado”. Lo perfecto es aquello que no necesita nada más, pues ya está acabado; es decir, ya está concluido del todo (“per” significa completamente). Cuando un perro llega a la adultez: es perfecto, porque en él ya están colocadas todas sus características distintivas, ya es “todo lo perro que va a ser”. El hombre nunca es “todo lo hombre que puede ser”, porque no termina en ningún tiempo su edificación. Será imperfecto hasta el final de sus días: nunca desaparecerán sus defectos por más que intente corregirlos, jamás llegará a agotar todas sus potencialidades constructivas.

El efecto de la eficiencia es diferente al de la eficacia. La palabra efecto está emparentada con defecto y perfecto; lo único que varía en éstas son sus prefijos, ya que su raíz madre es *facere*, que significa “hacer”. Mientras que el defecto es lo que falta por completar (*des-fecto*) y lo perfecto es lo que ya está concluido o hecho (*per-fecto*), el efecto no alude a la persona, sino al impacto de ésta sobre el mundo. Su definición nominal hace referencia al producto que se arroja al exterior, pues “ex” significa “fuera” y *facto*, “hecho”. De efecto hay dos derivados principales: eficiencia y eficacia. Mientras que el eficiente (ente=cualidad del que lo hace) destina los recursos a su alcance para lograr consolidar algo en el entorno, el eficaz (az=cualidad lograda o terminada) logra su cometido independientemente de los recursos empleados. Abreviando: Quien es eficaz logra un efecto positivo en el mundo; quien es eficiente usa todos los recursos para lograrlo.

El aplomo es una cualidad que nunca se debe perder. La etimología aporta su contribución para aconsejar que los sinsabores de la vida no serían tan malos si se tuviera en el interior paz y equilibrio. La palabra aplomo proviene del latín *plumbum*, que era el vocablo que usaban los romanos para llamar al plomo. Por tener la cualidad de ser un metal muy pesado, ya desde ese tiempo se hacían las plomadas con él para que los albañiles pudieran medir la verticalidad de las construcciones. En alusión al hecho físico, decían que las personas con equilibrio emocional tenían aplomo.¹ También de esa época

¹ Se debe recordar que en latín la letra “a”, antes de una palabra, no es privativa, como en griego, sino intensificativa.

romana viene la expresión *desplomarse*, que se aplica tanto a paredes como a personas cuando pierden el equilibrio. Desde los pueblos antiguos se presuponía la idea de que el hombre debía tener un funcionamiento integrado en todos los aspectos de su vida, estar en equilibrio; cuando alguien se desajustaba era propenso a caer, física o simbólicamente.

Las diferencias sutiles entre ser y existir. Aunque los verbos ser y existir dan la apariencia de ser sinónimos, poseen sus diferencias sutiles. Para comprender mejor lo anterior se toma como base la doctrina existencialista, que como eje central afirma que: "las cosas son, pero las personas existen". Esta filosofía concibe al hombre como un agente activo y en lucha constante hacia las circunstancias biopsicosociales que intentan determinarlo; por ese motivo el ser humano para ellos no "es", sino "existe", porque la definición nominal del verbo existir significa estar en lucha para no ser determinado por algo. Veamos por qué. Nuestra palabra existir se compone de dos palabras romanas: "ex", que significa "salir fuera", y *sistere*, que es tomar postura, pero aquí representa lo que se sitúa frente al individuo para frenarlo; es decir, lo que intenta detener al indomable espíritu humano. Esto no significa que el hombre sea inmune a lo de fuera; significa que está hecho de un carácter bravío para resistirlo hasta el último momento de su vida. Cuando el ser humano existe, rompe aquello que lo determina, pues está hecho de un material que vuelve inquebrantable su voluntad. Visto de esta manera, "ser" es un verbo que connota pasividad, mientras que "existir", actividad. El gerundio de ser es siendo, mientras que el de existir semeja a "siendo y a la vez resistiendo". Por eso, los existencialistas como Frankl, Heidegger, Sartre, etc., hablan de

existir y no de ser, porque quieren acentuar el hecho de que el ser humano es un “ser en acción”.

De buen talante significa estar propicio para el talento. Para Corominas (2011), las palabras talante y talento son las únicas que conserva nuestro idioma del griego *τάλαντον* (*tálan-ton*), que significa “moneda de oro”. Talante se define como “la voluntad para hacer las cosas”; mientras que talento hace referencia a “los dones naturales que capacitan para hacerlas”. Lo interesante del asunto es que el nexo etimológico de ambas palabras permite interpretar que la voluntad está detrás de los susodichos “dones naturales para hacer las cosas”, del mismo modo implica que la “capacidad para hacerlas” equivale a tener una riqueza equiparable a poseer monedas de oro. Interpretándolo de otra manera, la lección que nos da la etimología es que la disposición de ánimo es radicalmente importante para que una persona triunfe en el mundo y para que sea vista como abundante en capacidad e inteligencia natural. Quienes son optimistas son inteligentes, porque su optimismo les permite enfrentar los obstáculos y vencerlos. Aunque esta verdad ha estado atrapada en la etimología desde hace muchos siglos, fue hasta hace poco que la enunció Seligman (2011), quien considera que las personas que toman de buen talante las oportunidades que se les presentan no sólo promueven su optimismo, también tienen más éxito en las diversas ocupaciones que realizan, como vender, relacionarse con los demás o trabajar en equipo.

Sólo se es auténtico cuando se es dueño de sí mismo. La palabra auténtico deriva del griego *αυθεντικός* (*authentikós*), que significa “dueño en absoluto”. Su raíz principal es *αὐτός* (*autós*), que significa “el que

actúa por sí mismo”. Quien es auténtico no solamente no requiere de otros para funcionar, también tiene autoridad en el campo en que requiere serlo. Para Carl R. Rogers, llegar a ser una persona desarrollada es despojarse de las falsas ilusiones y también del papel impuesto por la sociedad (Jiménez Hernández-Pinzón, 2005). La persona auténtica está de acuerdo consigo misma, actúa con seguridad y autoestima, para lograrlo requiere ser dueña de ella, sin depender de otros. La lección filosófica de la etimología nos indica que la sujeción que establecen los padres con los hijos, cuando les hacen sentir que son sus dueños (aunque sea de manera parcial o provisional), no les permite actuar con autenticidad en el mundo, pues no tienen plena seguridad de tomar sus propias decisiones, lo cual puede afectar su desarrollo pleno.

La crisis para los chinos y para los griegos. Se suele explicar en los libros de administración que los chinos y japoneses utilizan dos caracteres pictográficos para referirse a la palabra crisis: el que simboliza peligro junto al que representa oportunidad. De esa manera intentan aleccionar que las crisis, aunque estresantes y complicadas en su momento, tienen una parte positiva y esperanzadora.² También deja una lección la etimología de nuestra palabra crisis, que viene del vocablo griego *κρῖσις* (*krisis*) y éste del verbo *κρίνειν* (*krinein*), que significa “separar” o “decidir”. Para los griegos, las

² Se ha tratado de desmentir la interpretación de estos pictogramas, indicando que uno de ellos no se traduce como oportunidad, sino como momento; por lo tanto, crisis significaría “momento de peligro” y no “peligro más oportunidad”, como nos han hecho creer.

crisis se daban cuando una relación o un objeto no podían seguir conservando sus cualidades enteras, por lo que se requería actuar de manera emergente para analizar la forma que adquiriría cada aspecto y tomar las acciones pertinentes. Por ejemplo, cuando un matrimonio está cerca de la separación, entra en crisis, pues cada cónyuge debe analizar el camino individual, separado del de la pareja. En la misma situación se encuentran los hijos que deben estudiar a cada uno de sus progenitores, para decidir con quién de los dos irse y por cuánto tiempo. Las crisis vienen cuando se está frente a una disyuntiva o dilema; también si la decisión se torna difícil porque es nueva y aparecen por primera vez segmentaciones en lo que fue un conjunto armónico. La mente deja de ver claro ante las partículas fragmentadas, que por primera vez dejaron de ser parte del todo, lo cual obliga a tomar soluciones concretas, pues la relación anteriormente establecida se ha desvanecido.

Lecciones mundanas de la etimología

Se ha estado insistiendo en que la etimología contiene la sabiduría colectiva a través de las transformaciones de la lengua, lo que posibilita que prodigue lecciones de vida y significados de uso cotidiano para enfrentar o comprender el mundo. La etimología sobrevive a la destrucción de las civilizaciones y permite entender de manera sencilla las lecciones ancestrales que guarda; su estudio ayuda a las personas que desean progresar en un universo incierto y con pocas posibilidades de generalizar la propia experiencia; pero, esas verdades colectivas sólo se filtran a través de su estudio. Por ejemplo, nos indica que no es adecuado medir a una persona a través de una etiqueta impuesta por otros (y mucho menos insinuarlo en su

propia cara); eso hacen los apodos, como veremos. Así como esta enseñanza, hay otras más que resultan en buena medida enigmáticas.

A nadie le gusta que le hablen con apodos. La palabra apodo significa en nuestro idioma “la acción de tomar algún defecto o cualidad corporal, mental o actitudinal de alguien, para describirlo con una o varias palabras, a veces de manera peyorativa”. En la época de los romanos, la palabra *apputare* era usada como la acción de calcular; concretamente comenzó a usarse para “calcular las cualidades de alguien” o para “medir o evaluar sus características principales expresándolas brevemente”. Su raíz emana de *putare*, que significa “cálculo”; pero sería hasta la España del siglo XIII que este vocablo daría un giro inesperado. Como los españoles solían omitir las largas definiciones sobre las características de alguien, comenzaron a hacer comparaciones con otras personas, personajes u objetos, para *aborrarse saliva*. Es en ese momento que la principal función de *apodar* se convirtió en *comparar*, misma que se siguió usando durante buena parte de la Edad Media y Moderna. En la actualidad, equivale a la acción de “rebautizar” con un nombre las cualidades de la persona, que en muchas ocasiones no serían de su agrado, pues dicho rebautizo tendría características peyorativas la mayoría de las veces.

Para inventar no hay que dejar escapar lo que llega a nosotros. Una de las características más propias de nuestra especie es la de producir inventos. La palabra invento, según Corominas (2011), proviene del latín vulgar y hace referencia a la posibilidad de hallar algo y hacerlo propio: *in*, significa “hacerlo propio”, *venire* expresa la idea de que algo llega. En la etimología de esta palabra se encuentra

lo fortuito de los inventos del hombre y su deseo –siempre indomable– de buscar que la inspiración le llegue proporcionándole soluciones. Entonces, ¡Eureka!

Es fuerte como león el que sabe cuándo camuflarse. La palabra camaleón tiene su origen en el griego *χαμαιλέων* y significa textualmente “león que se arrastra” o “león que está en la tierra”. Corominas (2011) atribuye esta denominación griega a un aleccionamiento para la humildad, o bien como una ironía (porque los leones no se arrastran). El camaleón se adapta a cada escenario del bosque al imitar sus características; su fuerza proviene de no ser violento (como el león), sino astuto y escurridizo. Además, esta palabra permite recordar que un hombre tiene su fuerza en la astucia, no en la capacidad de dar miedo; es decir, la persona que domina el mundo es aquella que se adapta (se arrastra) y no puede ser detectada. En síntesis, lo anterior significaría para los griegos que una persona que es pequeña (pero humilde y adaptable a su entorno) puede ser tan fuerte como un león. También existe la idea de que los griegos jugaban irónicamente con la condición del camaleón diciendo: “Ten cuidado con el león” y, ante la cara de espanto que inducían, agregaban, “con el que estás a punto de pisar”.

La tradición es más traicionera que los traidores. La palabra tradición y la palabra traición provienen de la misma raíz latina *tradere*, que se puede descomponer en *trans*, que es más allá, y *dare*, que es dar. La interpretación de por qué la palabra traición se relaciona con *tradere* se debe a que el que traiciona da a lo exterior lo que le corresponde a lo interior. Por su parte, la tradición representa darle a las nuevas generaciones lo que es propio de las pasadas. Hasta ahí

resultan entendibles los antecedentes de estas dos palabras; pero ambas guardan un vínculo entre sí, porque la tradición presiona a las personas para que dejen de ser leales a sus causas, ideas o propósitos; por ese motivo se traiciona, porque la tradición trata de imponerse.

Hay que tener cuidado con las gangas, pudieran ser engaños. La palabra ganga, tan relacionada el día de hoy con la mercadotecnia y al mismo tiempo, generadora de entusiasmos frívolos en los cazaofertas, designa aquellas cosas útiles que momentáneamente cuestan poco. Pero, la etimología las juzga de otra manera, por lo que recomienda actuar con cautela, pues tal vez resulten en un chasco. Este vocablo se formó en el siglo XIII en España, al intentar imitar el sonido que hacía una perdiz que era complicadísimo e infructuoso cazar. Durante años, ganga pasó a significar las cosas que no llevan a provecho alguno. Sin embargo, en los últimos siglos cambió su semántica, pasando a simbolizar lo contrario; por ese motivo se lee en el DRAE que es una “Ventaja o cosa que se consigue sin esfuerzo o por poco dinero”. ¿Será que detrás de toda ganga se encuentra algo inservible?

La increíble transformación de la palabra rutina. Nadie sospecharía que la palabra rutina proviene del latín *rumpere*, que significa “romper”. Pero, ¿cómo se llegó a tal acepción tan disímbola de su raíz original? Según indica Lapesa (1980) y posteriormente Soca (2005), el verbo romper produjo el adjetivo roto que comenzó a emplearse en Francia cuando una persona *rompía* el camino abriéndose paso entre la maleza. En esa época se usaban atajos para economizar tiempo porque los caballos eran escasos; esto hizo que se popularizara el uso de *roto* como sinónimo de *ruta* (en francés

route). Los siervos que recorrían diariamente el trayecto para ir a trabajar al feudo del patrón acuñaron la expresión *rutina* cuando utilizaban repetidamente el mismo camino para acceder a su trabajo (en francés *routine*). El derivado latino en nuestro idioma se encuentra en la palabra *rompida*, palabra que sí existe en español;³ pero no se aplicó a romper caminos, sino como refiere el DRAE, a abrir surcos en la maleza de la tierra para cultivarla. La lección que nos da la etimología es que la aplicación del menor esfuerzo se vuelve hábito y éste se suele semantizar una vez que se ha hecho costumbre.

Las señales de la madurez y su relación con los hábitos de sueño. Los psicólogos evolucionistas han definido la madurez de varias maneras: como asimilar y repetir los esquemas que provienen de los padres; también como valerse por sí mismo, o incluso, como ser responsable de los propios actos. Pero, la etimología tiene su propio punto de vista al respecto: la madurez se da cuando se aprendió a levantarse temprano. Veámoslo a continuación. De entrada es importante aclarar que el verbo madrugar no guarda ninguna relación con alba, alborada o amanecer;⁴ además, su parecido con la palabra mañana es mera coincidencia. Por el contrario, proviene del verbo latino *maturare*, que significa “madurar”; esta palabra cambió en latín vulgar a *maturicare*, de donde proviene nuestro verbo *madrugar*. La historia

³ No confundir con el participio femenino del verbo *romper*, que no existe en nuestro idioma, pues se debe decir roto.

⁴ Palabras usadas para hacer referencia al final de la noche o al inicio de la mañana.

del cambio semántico se puede reconstruir con facilidad: cuando los hijos se quedaban dormidos hasta tarde, los padres les decían “necesitas madurar”, hecho que con el tiempo se resemantizó a algo equivalente a “necesitas levantarte temprano”. Del verbo madurar derivan maduro, madurez y maduración; a diferencia del verbo madrugar, de donde derivan madrugada, madrugador y madrugón. El verbo madurar es un cultismo, pues proviene directamente de *maturare*, aunque en latín tardío ya se usaba *maturicare*, con igual significado. El sentido común indica que la razón asiste a la etimología porque conforme se avanza en las etapas de desarrollo, la persona no solamente duerme menos, también adquiere el hábito de levantarse a una hora, el cual se relaciona con el cumplimiento de sus obligaciones.

La inhibición es la propia prohibición de expresar lo interior. Tanto la palabra prohibir como inhibir contienen al verbo haber como raíz principal; los dos prefijos (in y pro), hicieron que sus derivados no evolucionaran y se pronunciaran de manera similar a como ocurría en latín clásico (*prohibere/inhibere*). En prohibir, el prefijo “pro”, que es lanzar delante, indica que lo que se tiene no se exhibe porque se aleja de sí mismo, para que nadie lo pueda tomar. En inhibir, lo que la persona tiene lo introduce dentro de ella (las facultades, por ejemplo), ya que el prefijo “in” indica que esconde algo en su interior. Dicho de otra manera, lo que se prohíbe es lo que se aleja de sí mismo para que los demás no lo tomen. A diferencia, lo que se inhíbe se coloca dentro porque se cree que podría resultar inadecuado expresarlo. Lo interesante del asunto es que las cualidades morales pertenecen al ser, no al haber, aunque ya desde esa época eran sustituidas por este verbo, como si fueran entidades tangibles.

El vínculo entre vengar y devengar es la recuperación del equilibrio. Mientras que *vengar* es una forma de resarcir el equilibrio al dirigir un perjuicio a otro (quien primero lo ocasionó al vengador), *devengar* es adquirir el derecho para que alguien retribuya al merecedor por una acción favorable. Tanto *vengar* como *devengar* provienen del latín *vindicare*, que precisamente significa “recuperar el equilibrio cuando éste se rompe con otro”. Mientras que *vengar* es resarcir el daño a la fuerza, *devengar* es esperar que otro lo haga por consciencia retributiva, pues quien *devenga* hace méritos suficientes para que alguien le cubra el importe del favor o actividad realizada.

Ser inteligente consiste en asimilar el mundo. Un aspecto de la inteligencia consiste (según Piaget) en asimilar el mundo y acomodarse a él. Pero la palabra *asimilación*, aparte de implicar inteligencia, involucra adaptabilidad y culturización. Este vocablo procede del latín *adsimilare*, que se descompone en *ad*, que significa “atraer hacia sí”, y *similare*, que es parecerse. De ahí que *asimilar* sea involucrarse con algo, para posteriormente imitar sus características, incorporarlas y hacerlas propias.

Lecciones políticas de la etimología

Se presenta a continuación un breve análisis de las palabras que se pormenorizan en los siguientes apartados; éstas se vinculan con las lecciones políticas que aporta la etimología. La palabra *coyuntura*, que significa “todo unido”, se produce en las tragedias nacionales, porque son un motivo propicio para la unión del pueblo; también la comparación de la libertad política con la liberación de las prendas apretadas hace ver lo poco natural de alguna indumentaria...

y de algunos escenarios políticos; la extraordinaria relación de las palabras presidente y presidiario –en la que pocas veces se cae en cuenta– habla de la posibilidad de que se intercalen sus papeles; para terminar, la guerra, que se relaciona con la codicia de las bellezas que atesoran los pueblos, es más probable que se incube en aquellos que no practican la modestia.

La coyuntura política posibilita la unión nacional. La palabra coyuntura proviene del latín *coniungere*, que significa literalmente “todo unido”. Su acepción inicial se fue deformando hasta simbolizar aquella parte donde los diferentes segmentos se juntan (como las articulaciones del cuerpo). Pero, posteriormente sufrió un nuevo cambio, usándose como metáfora de aquellas situaciones que permiten la unión. Por ejemplo, cuando una nación pasa por ciertas circunstancias que la llevan a una crisis que obliga al pueblo o a sus representantes a tomar una decisión radical; se habla de coyuntura política, porque dicha crisis permite la unión.

Quitarse las prendas se relaciona con la libertad. La palabra *escapar* proviene de dos raíces latinas, el prefijo *ex*, que se refiere a “lo exterior”, y la raíz *cappa*, que significa literalmente “capa”; la definición nominal expresa “salir de la capa o quitarse la capa”. Pero la palabra *cappa* tiene también un origen más antiguo. Proviene de una deformación de *caput* (cabeza) y durante un tiempo fue equivalente a capucha, una especie de velo. Cuando alguien usaba una *cappa* estaba “prisionero de esa prenda”; por eso, cuando se la quitaba se percibía libre de esa sujeción, de ahí solamente bastó aplicar la metáfora a salir de una prisión o un aprieto.

El vínculo entre los presidentes y los presidiarios. La filología, siempre atinada, explica que las palabras presidente y presidiario tienen un origen común: ambas provienen del latín *praesidere*, que a su vez se descompone en *prae*, que es enfrente, y *sedere*, que implica estar sentado. Como se puede ver, significaba literalmente “el que está sentado al frente”.¹ Pero, ¿cómo fue que esta raíz se aplicó indistintamente para el representante de la máxima magistratura y también para la persona juzgada con menos honor? La explicación es la siguiente, se usó la expresión presidir para las fortalezas que fueron apostadas para resguardar objetos valiosos; a quienes estaban confinados en estas guarniciones se les llamaba presidiarios. No es extraño que la etimología muestre que un presidente puede caer en prisión o un prisionero convertirse en presidente, pues ambas situaciones se dan cuando se deja de vigilar lo que es verdaderamente valioso. Dicho de otra manera, los lugares del presidente y el presidiario se pueden intercambiar si el primero no vigila aquello que es importante para su pueblo, o si el segundo, al estar encarcelado injustamente, no ha dejado de vigilar los intereses superiores de su nación.

La guerra tiene como fin apoderarse de la belleza. Es notorio que la misma palabra para belleza se aplicaba en Roma para la guerra: *bellus* y *bellum*⁶ respectivamente. Pero nada tiene de extraño porque

⁵ De ahí que la palabra *presidir* haga referencia a tener el puesto más importante en una reunión, pues quien lo ostenta se encuentra por delante de los que asisten a ella.

⁶ La palabra *belleza* está relacionada con bien o benevolencia; mientras que *bélico* deriva de la diosa Bellona, compañera de Marte en la mitología romana.

la guerra siempre ha estado relacionada con el intento de apoderarse de las *bellezas* que posee el otro, lo que motiva el deseo por poseerlas. Por ejemplo, la guerra de Troya comenzó con el rapto y seducción que hizo Paris de Helena: la mujer más hermosa del mundo. Sin aprender de esta historia, los sultanes que dominaron la Alhambra de Granada se dedicaron a embellecerla para impresionar a los embajadores católicos; de esa manera les hacían creer que eran prósperos y tenían una contraparte militar para resguardarla. El miedo que llevó a los sultanes a embellecer la Alhambra no logró la paz, pues acabó por ser deseada por sus vecinos, invadida, conquistada y saqueada.

El vínculo entre el secreto, el secretario y la secreción. Para Corominas (2011), el verbo latino *secernere*, que se define como separar, produjo un grupo de palabras con diferente significado, aunque vinculadas a esta raíz. Por ejemplo, la palabra *secreto* se comenzó a usar cuando los romanos transmitían un mensaje a determinado integrante de una reunión pública, situación que obligaba a separarlo de la concurrencia, para que el asunto no se divulgara.⁷ También por esa época, las casas de los políticos y grandes terratenientes romanos ocultaban documentos confidenciales que eran guardados celosamente en lugares separados de los curiosos o entrometidos; igual-

⁷ Cabe señalar que para Guéron (2006) hay un vínculo entre la palabra sagrado y secreto, ya que ambas simbolizan algo que se pone aparte. También este autor cree ver en la palabra *templum* (lo sagrado por naturaleza), la presencia de la raíz indoeuropea **tem*, que significa “cortar” o “separar”, donde se expresa la misma idea.

mente, había quienes se ocupaban de darles resguardo, por lo que se les llamó secretarios, ya que tenía la obligación de no revelar su “ubicación separada” a nadie. Para terminar, una última derivación se observa en la palabra *secreción*, que se aplica a las glándulas que periódicamente “separan” ciertas sustancias de ellas.

La emancipación de los pueblos o grupos de personas. La emancipación se refiere a toda acción que permite a una persona o a un grupo acceder a un estado de autonomía cuando cesa la sujeción a alguna autoridad. La palabra emancipar proviene del latín *emancipare*, que significa “la acción de liberar de la tutela o servidumbre”. Su etimología se compone de tres raíces: *ex*, que significa “fuera” o “escape”; *manus*, que es mano, y *capere*, que significa “tomar”. Como se puede ver, literalmente significa liberarse de ser conducido por la mano de alguien. Cuando alguien deja de ser guiado por la palma de otro, se emancipa, no así los niños que se escapan momentáneamente, porque cuando descubren su paradero, los vuelven a sujetar de las manos, ¡y así les va!

Al divulgar información, ésta se vulgariza. Lo vulgar no siempre representó lo indecente. Los romanos hacían referencia a esta palabra cuando querían referirse a lo que hacía el común de la gente;⁸ pero por el deseo de hacer un contraste entre las personas cultivadas respecto de las rudas, se fue creando la noción de lo

⁸ Un ejemplo de lo anterior se encuentra en la biblia vulgata de san Jerónimo, que es la “Biblia para el pueblo”, pues de ahí derivan todas las versiones actuales de la biblia.

vulgar, connotando la idea de mal gusto. Con su acepción original ha llegado hasta nuestros días la palabra divulgación, que si bien significa hacer extensiva la cultura al común de la gente, también está implicando la vulgarización del conocimiento: ¡Una información ampliamente divulgada se vulgariza! Internet está facilitando que la información fluya sin restricciones hacia los usuarios, haciendo que el conocimiento ya no sea exclusivo del que realiza un esfuerzo especial para obtenerlo (por ejemplo, al comprar un libro); tampoco se percibe que se deba desarrollar un gusto particular para paladearlo. Se valora menos la información porque se sospecha que se acaba de obtener a través de la internet.

Advertencias de la etimología

Una advertencia es una señal que se lanza para aconsejar o prevenir; la historia del idioma está repleta de estas señales. En el presente apartado se reúnen algunos consejos que esconde la etimología al respecto; por ejemplo, se indica que las personas que cuentan con prestigio tal vez no sean tan meritorias como parecen, en cambio sí muy astutas para convencer de sus (supuestas) virtudes; que las farmacias están llenas de venenos y para sustituir esta acepción se les llaman medicinas; que el objetivo del trabajo del poeta es copular con el ser amado; que detrás de toda persona que parece venerable puede haber un perverso contagiado de una enfermedad venérea; que las personas que están dispersas por el camino que lleva a la casa pudieran incitar al contacto sexual, y que los oyentes no escuchan hasta que se les despierta el interés por lo dicho por el hablante.

El prestigio se logra a través del engaño tramado. La palabra prestigio deriva del latín *prae*, que significa “antes”, y *stringere*, que significa “apretar” o “unir”, pero en este caso expresa la acción de atar. El vocablo daba a entender que alguien de manera premeditada *amarraba* una idea en una persona. Aunque se ha perdido su sentido original, *prestigium* era un juego de manos que convencía a los espectadores de una realidad inexistente, tal como los magos hacen ahora en los teatros con el público. La lección que aporta la etimología sobre este tópico se encuentra en que las personas prestigiosas logran labrar hábilmente su reputación al convencer a los demás de sus cualidades positivas, situación en la que invierten energía y tiempo. Estas acciones son premeditadas y bien calculadas, por ese motivo destaca en prestigio la persona que logra hacer mejores trucos.

Las farmacias son tóxicas y los agentes tóxicos son inofensivos. La etimología, siempre certera para enseñarnos lo que ocultan las cosas, nos advierte que la palabra farmacia significa “lugar donde hay venenos”. Por su parte, la palabra griega tóxico no significa veneno, sino arco o flecha; fue hasta que se unió con la palabra *φάρμακον* (*fármacon*) que sugirió la presencia de una sustancia dañina, pues *τοξικόν φάρμακον* (*toxikón phármakon*) significa en esa lengua “veneno para flechas” (De Gasperín & De Gasperín, 2010). La enseñanza de la etimología nos indica que no siempre las toxinas son venenosas ni las farmacias inocuas. Por ejemplo, se sabe que el veneno de la abeja (la apitoxina) puede ser indicado para reumas, artritis, artrosis o gota. Por otro lado, los efectos secundarios así como las reacciones diferenciales que se presentan en cada sujeto hacen de los medicamentos comprados en las farmacias un riesgo para la salud.

El poeta realiza una copla para asegurar la unión sexual. Mencionan Corominas y Pascual (1984) que la palabra copla proviene del latín *copula*, que significa “lazo” o “unión”, vocablo que también produjo el verbo copular, definido por el DRAE como “unirse o juntarse sexualmente”. Pero, ¿por qué la palabra copla resulta tan común y anodina si proviene de un acto que tradicionalmente ha sido tabú? ¿Es realmente un simple estribillo de amor lo que la constituye, o connota algo perverso y lujurioso? La explicación a lo anterior se encuentra en que el arte musical era usado por los poetas para escribir estrofas con alegorías lascivas que pretendían la excitación sexual del ser amado. Con los años, éstas sirvieron de base para la creación de canciones pueblerinas y fueron perdiendo su connotación erótica. La etimología alecciona que el arte ha sido un vehículo del artista para consumar la unión sexual con el ser amado. Una idea parecida fue postulada hace un siglo por Sigmund Freud, quien creía ver en la sublimación de la energía sexual insatisfecha la responsable de toda la producción artística. Menciona Storr (1993) que esta idea se puede entrever en varios de sus escritos, como en *Leonardo da Vinci y una memoria de su infancia*, así como en la obra *Dostoievski y el parricidio*.

El vínculo entre venéreo y venerable advierte del peligro latente. Resulta un tanto extraño leer que las palabras venéreo y venerable sean parientes cercanas (algo así como primas hermanas). Veamos su relación oculta. Venéreo proviene del latín *veneris*, que es lo relativo a la diosa Venus, y venerable es la sustantivación del verbo *veneraris*, que es la acción de pedir un deseo a dicha diosa. Mientras que las enfermedades venéreas se refieren al contagio que ocurre al mantener ayuntamiento carnal con una mujer, como consecuencia

de la atracción que ejerce Venus sobre los hombres; venerable alude a los ancianos devotos de la Afrodita romana, a quienes se trataba con gran respeto. Pero más allá de este análisis, es importante notar que no existe ninguna persona, por venerable que sea, que esté exenta de contraer una enfermedad venérea; precisamente las personas ritualistas, las que proyectan una imagen de respeto y postración, son las que se encuentran con mayor propensión de caer en los influjos de Venus.

Las prostitutas son las personas que están situadas delante. La palabra prostituta proviene del latín *prostituere*, raíz que se descompone en dos palabras: el prefijo “pro”, que es “estar delante”, y *statuere*, que significa “establecerse” o “estar situado”. Los romanos usaban esta palabra para referirse a las mujeres de la vida galante diciendo que eran las que estaban “fuera de sus casas” o “las que estaban establecidas por delante” (en la calle), a causa de que no era de buena educación usar el término que las designaba directamente, que por ese entonces era *meretricis*. El trayecto más peligroso para contraer una enfermedad venérea se daba cuando se deambulaba por el foro, los teatros o las calles de la ciudad, pues en todos lados se ejercía la prostitución, misma que conllevaba la posibilidad de adquirir la gonorrea, que no tenía curación (Robert, 1999). Curiosamente en la actualidad ocurre a la inversa, la palabra meretriz (que deriva de *meretricis*) se usa para ocultar el sentido vulgar de la palabra prostituta; sin embargo, este término designaba al eufemismo en la época clásica. La advertencia de la etimología se encuentra en hacer ver que, cualquier persona encontrada en el camino, puede ser una tentación y llevar a una noche de placer con posibles consecuencias indeseables.

Oír y escuchar no es lo mismo, aunque provengan de la misma raíz. Cuando las personas leen que los verbos oír y escuchar provienen de la misma raíz latina creen que hay algún error, pues en apariencia no guardan relación alguna; pero ambas voces provienen del latín *audire*. La explicación es la siguiente: los romanos usaban este verbo de manera regular para referirse al acto de oír lo dicho por alguien. Sin embargo, cuando alguien no alcanzaba a escuchar o no lo hacía con la atención debida, su interlocutor le pedía que inclinara el oído, esta acción se decía en latín *audis cultare*. Con el uso frecuente se contrajo a “auscultare”, que generó el semicultismo “auscultar”, usado hasta hoy en la ciencia médica. Pero la evolución de esta palabra no se quedó ahí, siguió hasta otro metaplasmo, transformándose en el verbo escuchar. Por tal motivo, escuchar equivale a “oír con atención”, con la voluntad de dirigir el oído hacia la persona que habla; oír, queda sólo como el uso del sentido; es decir, como la vibración sonora que se produce en los huesecillos del tímpano. La etimología advierte que no todas las personas escuchan debido a que la atención es volátil, también a causa de que su área de interés es otra; el ser humano atiende a lo que le conviene, por ese motivo mantiene disminuida su atención hasta que encuentra relevancia en las palabras del interlocutor.

Familias de palabras

LAS FAMILIAS DE PALABRAS constituyen un grupo de vocablos con un mismo origen y relación con su significado. A la parte común de estas palabras se le llama lexema, que a veces es fácil de distinguir, pero en ocasiones resulta asombroso el vínculo con la raíz original. Como ejemplo de estas familias de palabras, se encuentran, entre otras, las raíces latinas *fari*, *notare*, *firma*, *via*, *vacare*, *ruber*, *nasci*, *dividere*, *nomen*, *folicare* y *ovum*. Veámoslas a continuación.

*El verbo latino usado para hablar no pasó directo al español. Nuestro verbo hablar no deriva directamente de su análogo latino, que es *fari*; sino de uno de los derivados de este verbo, que es *fabulari*.¹ A diferencia del original, expresaba la idea de una charla informal y dejaba entreabierto la posibilidad de que el interlocutor mintiera. El verbo *fari* coexistía en latín con *fabulari*, pero los ibéricos pre-*

¹ Aunque el español no cuenta con tal verbo, pudiera ser equivalente a “decir fábulas”.

frieron éste, por ese motivo la palabra hablar solamente comparte la raíz etimológica con el portugués *falar*. La interpretación de este hecho bien puede encontrarse en la desconfianza característica del pueblo español hacia lo dicho por los otros, a los que juzgan como tramposos e inventores de fábulas; tal vez por eso los conquistadores de México eran más ladinos, taimados y mentirosos que los habitantes autóctonos de nuestra tierra. Del verbo original *fari* quedan vestigios en palabras como infante, que es el niño que aún no puede hablar; soldado de infantería, que alude al soldado que no tiene derecho de réplica ante la orden de un superior; afable, que es la persona que se suma a las charlas; infable, que es lo que no puede ser descrito, y fama, que es lo que se dice de una persona.

Mientras sea un asunto notable, es digno de hacer una nota. La raíz latina *notare* produjo muy diversos derivados en el español. Su significado principal es “escribir”. Veamos algunos ejemplos. Nota, aquello que se escribe rápido; anotar, la acción de escribir rápido; notable, digno de ser escrito; notario, el que escribe; notaría, donde se escribe; connotar, expresar un significado aledaño a la palabra escrita; notación, sistema de signos escritos; notar, fijarse en algo, pero no en cualquier cosa, sino en algo digno de escribirse.

Aunque la firma del enfermo sea débil, queda en firme. La palabra *firma* es uno de los derivados latinos más interesantes de nuestro idioma, pues coexiste con el adjetivo *firme*, del mismo origen. Se llama firma porque, una vez estampada, queda fija; es decir, no se mueve, queda en firme. De la misma raíz se encuentra firmamento, que deriva también de firma y se refiere a la parte del cielo que no se mueve, que está fija, como las estrellas, la vía láctea, etc. (Por el

contrario, sobre el cielo se mueven la luna, los planetas y los cometas, que son errantes.) También la palabra enfermo se relaciona con “firma”, porque enfermo es el que no está firme, pues procede del latín *infirmus*, que significa “sin firmeza”, a diferencia de éste, la persona sana está *firmus*; es decir, camina con paso firme.

La vía y las metáforas que surgen cuando se toma el camino. Del latín *vía* (con idéntico significado en español) se tienen los siguientes derivados: Viático, que son las provisiones que deben llevarse cuando se va por la vía; extraviado, que se refiere al que está afuera de la vía (y que por lo tanto no encuentra el camino); obvio, lo que se puede ver si se está frente a la vía; previo, lo que se debe hacer antes de entrar a la vía. Igualmente se tienen los verbos: viajar, que literalmente se refiere a la acción de tomar la vía; desviar, que es la acción de sacar algo de la vía y, enviar, que es la acción de que alguien lleve algo dentro de la vía.

La vanidad y el desvanecimiento guardan relación. El verbo latino *vacare*, que significa “vacante” o “vacío”, produjo varias palabras en nuestra lengua que derivan de su adjetivo *vanus*; por ejemplo, la palabra vanidad, que significa “arrogancia” o “presunción”, connota que la persona que tiene este defecto vive de las apariencias ya que está vacía en su interior; la palabra envanecimiento, aunque más compleja, deriva de *in-vanescere*, que significa “adentrarse en la propia vacuidad” (aquí el prefijo “in” significa “penetrar”). También se tiene la palabra desvanecer, que alude a un color o sustancia que se atenúa gradualmente en un objeto, aunque en su definición nominal indica que se va quedando “sin lo vacío”. Para terminar, la expresión desvanecimiento indica que alguien cae en la nada o en

el vacío, o que se desprende del “mundo físico”, para caer en una oquedad simbólica.

El color rojo deriva de una raíz muy prolífica. La palabra latina *ruber*, que utilizaban los romanos para designar al color rojo, produjo varios derivados en nuestro idioma. Por ejemplo, rubí significa gema roja y rubor alude al color rojizo de la piel. Pero hay palabras más complejas que están distanciadas de su etimología original, como la palabra rubicundo, que hace pensar en una persona sana, porque las mejillas rojizas tradicionalmente se han visto como señal de fortaleza corporal. La palabra rufián dista aún más de su etimológica; el DRAE la define como “hombre que se dedica a traficar con mujeres públicas”, aunque también puede significar “hombre despreciable y sin honor”. No es de extrañar su significado peyorativo, ya que el color rojo se asociaba a las plumas carmesíes que llevaban los soldados romanos en el casco, mismos que abusaban de las mujeres y robaban a quien podían; mención aparte merece la palabra rubio, que aunque en la actualidad significa “de cabello dorado o amarillo”, en un inicio se refería a las personas con cabello rojizo; para terminar, no podía faltar la enfermedad contagiosa de la rubéola,² que se caracteriza por puntitos de color rojo en la piel.

La palabra división y sus derivados en el español. La raíz de la palabra división se ha ramificado en varios vocablos que en apariencia no se relacionan con ella. Proviene del latín *dividere*, con el mismo

² El sufijo “ola” hace referencia a los puntos pequeños.

significado. De aquí resulta el vocablo individuo, es decir, “el que no puede ser dividido”; según Corominas (2011), esta voz se viene usando desde mediados del siglo XVIII y el término individualismo, a partir del siglo XIX. La palabra divisar también procede de esa raíz y significa alcanzar a dividir con la vista algún objeto en la distancia; dicho de otra manera, cuando los objetos lejanos ya no parecen fusionados, se divisan; Corominas indica que esta palabra fue usada por primera vez por los campesinos del siglo XIII, aunque ya para el siglo XIV era de uso común.³ Pero, la palabra que resulta más inconexa con esta etimología posiblemente sea “viudo”, que, como se puede deducir, representa a un sujeto que perdió su asociación con otro, porque al morir su pareja cambió de estar dividido a sólo “vidido” (viudo); es decir, la asociación matrimonial a la que pertenecía perdió su *di*-visión, quedando sólo una parte de lo que fue.

La familia lingüística de la palabra nombre. La palabra *nombre* deriva del latín *nomen*, que ha dejado abundantes derivados en nuestro idioma, como nombrar, nombramiento, pronombre, etc.; pero, hay otros que probablemente sean difíciles de relacionar con la raíz etimológica. Por ejemplo, *nómina*, que es lista de nombres; *nominativo*, que es lo que sirve para nombrar; *ignominia*, que proviene de una deformación del latín *innominia*, que se divide

³ Un ejemplo práctico de esto se observa al viajar en la noche cuando se observa una única luz que procede de dos faros a la distancia, cuando éstos se ven así, aún no se divisa el objeto; sin embargo, cuando se ven dos luces, se sabe que el carro está peligrosamente cerca, pues ya se alcanza a divisar (dividir).

en el prefijo “in”, que en este caso significa “negación”, y *nominia*, que es el plural de nombre; textualmente se refiere a aquello para lo que no hay nombres, o dicho de otra manera, lo innombrable; antonomasia, con el prefijo “ante”, que significa “antes” o “en vez de”, y “nomasia”, que es nombre (en su conjunto significa “en lugar del nombre”); anónimo, palabra muy conocida que hace alusión a lo que no tiene nombre (vale la pena observar que este vocablo es una palabra híbrida, pues combina el *alpha* privativa, con la raíz latina); para terminar, se encuentra la palabra nomenclatura, que proviene de *nomen-clamatura* y significa el “ordenamiento con que se usan los nombres para llamar a las cosas”.

La relación entre la holganza y la holgazanería. Del latín tardío *folicare* se produjo el verbo holgar, que significa algo así como desajustarse las prendas para evitar que aprieten. Este vocablo produjo palabras tales como holgado, holgazanería, holgazán, huelga y juerga. Pero, queda la duda sobre cómo se transformaron en tan variadas formas y acepciones. Comencemos por el principio, las vestiduras holgadas son propicias para que las personas vayan a la cama a dormir; por asociación, quienes abusan del descanso pueden caer en la holgazanería o incluso convertirse en holgazanes (esta última palabra designa una nueva acepción semántica). En caso de que la holgazanería se contagie entre los empleados, éstos podrían irse a huelga, la cual se define como la protesta a través del descanso de los agremiados. Las personas, al estar en huelga, podrían durar un buen tiempo sin trabajo, de tal suerte que al no tener nada qué hacer buscarían divertirse; es decir, harían una juerga. Parece sorprendente, pero todas las palabras derivan del mismo verbo holgar.

El huevo, presente con sus productos insospechados. Del latín *ovum* procede nuestra palabra *huevo*. Pero, por vía culta se tienen algunos derivados que no parecen guardar relación. Por ejemplo: óvulo significa pequeño huevo; ovario es el lugar donde se encuentran los huevos (la terminación *ario* alude a lugar); óvalo es el círculo que imita al huevo; ovoide es lo que tiene forma de huevo; ovíparo tiene dos raíces latinas que se descomponen en *ovi-parto*, que significa “el que fue parido como huevo”.

Los fabulosos parentescos de la palabra mezcla. La palabra *mezclar* proviene del latín vulgar *misculare*, con igual significado. Pero pocas personas sospecharían encontrar su raíz en algunos vocablos que utilizan a menudo: mixto y mestizo son dos ejemplos de ello; pero, hay otros más encubiertos, por ejemplo, *misceláneo* (a), que es aquel conjunto compuesto de cosas distintas (mezcla de cosas). *Inmiscuir*, que es penetrar en algún asunto donde se mezcla lo propio con lo ajeno (en este caso el prefijo “*in*” significa “penetrar”). *Promiscuo*, que es quien tiende a mezclarse con toda persona que se encuentre delante de él (el prefijo “*pro*” significa “delante”).

La muerte, presente con sus contigüidades y consecuencias. Del latín *muri*, que significa “morir”, se tienen muchos derivados insospechados. Por ejemplo, *amortajar*, que es “ponerle la mortaja o el vestido al muerto”; *mortificar*, que alude a “hacer que alguien sienta por un momento la muerte”; *amortizar*, que significa “sumar dinero para que se muera la deuda”. Pero la más sorprendente de todas posiblemente sea *amortiguar*, que expresa la idea de “añadir algún material elástico para evitar la muerte (o destrucción de una cosa o persona)”; esta última etimología no hace ningún sentido porque

proviene de la confusión e influencia con el verbo *mitigar*, pero la raíz latina es correcta, pues proviene de *admortire*.

La lectura y sus derivados de todos los días. Tal vez uno de los logros más grandes de la civilización humana sean los libros, pues sus lectores se enriquecen intelectualmente si logran establecer buenos hábitos con estas obras intelectuales. La palabra leer proviene del latín *legere*, que significa “leer” o “cosechar”. Sus derivados etimológicos se analizan a continuación. Leyenda, que significa “obra digna de ser leída”; lección, que remite a la acción de leer, aunque se emplea para aludir a la ejecución de una enseñanza en donde está obligada la lectura; lectivo, que es el periodo de tiempo destinado para la lectura (aunque con los años cambió a dar la idea de un periodo escolar); finalmente, aleccionar, que es enseñar aquello que se leyó.

El humo perfuma mientras el caudal se esfuma. Del latín *fumus* proceden muchas palabras, como fumigar o fumarola; también el mismo verbo fumar. Dentro de esta familia de palabras destaca que, como los romanos no habían desarrollado suficientemente las esencias aromáticas para disimular los olores fétidos, quemaban ciertas sustancias fragantes con las que obtenían emanaciones que mejoraban el hedor de la estancia. Ése es el motivo por el que se usa en español el verbo perfumar, que proviene del prefijo latino “per”, que significa “a través de”, y *fumare*, que es producir humo. Precisamente, esa conversión de lo sólido a lo gaseoso (cuando se quema algo) produjo otro verbo parecido: esfumar (que cambia solamente el prefijo “per” por “ex”) y que en latín se decía *exfumare*. Con éste se indicaba que salía al exterior el humo, dando a entender que algo sólido desaparecía. También

se aplicó para aquellas situaciones en las que se perdía en poco tiempo una fortuna.

Pelear significa literalmente agarrarse de los pelos. De la raíz latina *pelis*, que significa “pelo”, provienen diferentes palabras, algunas obvias o de fácil deducción, como pelaje, pelambre, peludo o pelusa. Aunque hay otras más ocultas y difíciles de relacionar, como espeluznante, que significa “aquello capaz de erizar el pelo”; el verbo pelar, que significa “quitar el pelo”, si bien luego abarcó a quitar la piel o a perder la epidermis como consecuencia de una fuerte insolación. La más difícil de relacionar con su raíz original probablemente sea pelear, que significa “combate o riña”, pero en su momento designó a quienes luchaban de manera vulgar “jalándose de los pelos”.

Los españoles fueron vistos como vándalos. La palabra vándalo –que designa a las personas que destruyen los bienes públicos– procede de la voz *wandeln*, que era la designación de un pueblo escandinavo que arrasó con la península ibérica antes de la llegada de los árabes. Estos últimos describirían unos años después las características más distintivas del pueblo que acababan de conquistar, así que llamaron “Vandalucía” a toda España, haciendo énfasis en que era tierra de vándalos; es decir, de saqueadores. Lo que resulta curioso es que los mismos españoles usaron también la palabra vándalo de manera despectiva, aunque posteriormente los moros continuaron llamándolos de esa manera. Al día de hoy, la región de Andalucía designa la parte sur de España, aunque misteriosamente perdió la “v” inicial, ocultando su etimología original.

Bibliografía

- ALATORRE, A., *Los 1001 años de la lengua española*. México, FCE, 2012.
- ALVAR, M., *El ladino: judeo-español calco*. Madrid, Real Academia de la Historia, 2000.
- BAUMAN, Z., *Vida de consumo*. México, FCE, 2008.
- BORDELOIS, I., *La palabra amenazada*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2005.
- BORDELOIS, I., *Ala escucha del cuerpo*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2008.
- BORDELOIS, I., *Etimología de las pasiones*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2010.
- CASO Neira, A., *Sistemas de incentivos a la producción*. Madrid, FC Editorial, 2003.
- CHANTRAINE, P., *Dictionnaire étymologique de la langue grecque: histoire des mots*. París, Klincksieck, 2001.
- COROMINAS, J., *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Gredos, 2011.
- COROMINAS, J. y Pascual, J.A., *Diccionario crítico etimológico castellano e hispano*. Madrid, Editorial Gredos, 1984.
- DE GASPERÍN, G.R. y De Gasperín, R.R., *Etimologías griegas, módulos para bachillerato*. México, Trillas, 2010.

- DÍAZ y Díaz, M., *Antología del latín vulgar*. Madrid, Editorial Gredos, 1980.
- Diccionario médico-biológico, histórico y etimológico*. Salamanca, España, Universidad de Salamanca, 2007.
- DUNN-Mascetti, M., *Diosas: La canción de Eva*. Barcelona, Malsinet Editor, 2008.
- EL-SAHILI González, Luis Felipe A., *Psicopatología clínica*. México, Trillas, 2011.
- EL-SAHILI González, Luis Felipe A., *Psicología de Facebook*. Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 2014.
- FRANGOS, D., *Gramática griega teórico-práctica*. México, Porrúa, 1987.
- GÓMEZ de Silva, B., *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México, Colmex/FCE, 1991.
- GUÉNON, R., *Apercepciones sobre la iniciación*. Madrid, Sanz y Torres, 2006.
- JIMÉNEZ Hernández-Pinzón, F., *La práctica del consejo psicológico*. San Vicente, Alicante, Editorial Club Universitario, 2005.
- LAPESA, M. R., *Historia de la lengua española*. Madrid, Editorial Gredos, 1980.
- LUSKIN, F., *Perdonar es sanar: libérese de los temores y experimente los beneficios saludables que trae el perdón*. México, Editorial Norma, 2002.
- MAÍLLO Salgado, F., *Los arabismos del castellano en la Baja Edad Media*. Salamanca, España, Universidad de Salamanca, 1998.
- MARTÍN Sánchez, M., *Seres míticos y personajes fantásticos españoles*. Madrid, Editorial EDAF, 2002.
- MARTÍNEZ Miguélez, M., *Comportamiento humano: Nuevos métodos de investigación*. México, Trillas, 1996.
- OROZCO Turrubiate, J. G., *Etimologías griegas*. México, Pearson Educación, 2007.

- POLAINO-Lorente, A., Cabanyes Truffino, J. y Del Pozo Armentia, A., *Fundamentos de psicología de la personalidad*. Pamplona, Navarra, Instituto de Ciencias para la Familia, 2003.
- ROBERT, J., *Eros romano: sexo y moral en la Roma antigua*. Madrid, Complutense, 1999.
- RODRÍGUEZ Estrada, M., *Presencia del griego en el español: principios y aplicaciones*. México, Limusa, 2005.
- RODRÍGUEZ Estrada, M. y Ramírez Buendía, P., *Psicología del mexicano en el trabajo*. México, McGraw Hill, 2005.
- RODRÍGUEZ González, F. y Lillo Buades, A., *Nuevo diccionario de anglicismos*. Madrid, Editorial Gredos, 2009.
- SELIGMAN, M.E., *La autentica felicidad*. Madrid, Ediciones B, 2011.
- SOCA, R., *La fascinante historia de las palabras*. Bogotá, Rey Naranja Editores, 2005.
- STORR, A., *Freud: colección Grandes Maestros del Pasado*. México, Harla, 1993.
- TORRES Lemus, A., *Etimologías grecolatinas*. México, Porrúa, 1978.

ÍNDICE

<i>De cómo atenuar el olvido</i>	9
<i>La etimología es el inconsciente de la palabra</i>	11
Palabras preliminares	15
<i>El estudio de la etimología</i>	19
<i>Diferencia entre definición nominal y real</i>	19
<i>Ventajas del uso constante de la etimología</i>	20
<i>Ejemplo práctico de utilidad</i>	22
<i>para mejorar la ortografía</i>	
<i>La palabra rasgo permite entender</i>	23
<i>la excepción a las reglas</i>	
Los orígenes del idioma español	25
<i>Onomatopeya o la reproducción espontánea</i>	25
<i>de un sonido natural</i>	
<i>El verbo tocar y las dos acepciones</i>	26
<i>de su participio</i>	
<i>La tristeza revela en sí misma</i>	27
<i>una vivencia aterradora</i>	
<i>El perro fue percibido por los esclavos</i>	28
<i>como un animal temible</i>	

<i>El indoeuropeo es la mayor familia</i>	29
<i>de lenguas habladas</i>		
<i>La virtud emparentada con la violencia</i>	30
<i>y la virilidad</i>		
<i>El vínculo entre el orgullo,</i>	30
<i>el orgasmo y las orgías</i>		
<i>La palabra esperanza y su origen indoeuropeo</i>	32
<i>La rama itálica comparada con la germánica</i>	32
<i>La sabiduría para los latinos y los anglosajones</i>	32
<i>El hombre es un puñado de tierra</i>	33
<i>que transforma la Tierra</i>		
<i>El trabajo y la toma de decisiones</i>	34
<i>en dos idiomas diferentes</i>		
<i>Las lenguas que conformaron nuestro idioma</i>	34
<i>Hablar español es dominar</i>	35
<i>una variante del latín</i>		
<i>La influencia griega y la reconstrucción culta</i>	35
<i>La falta de sinónimos hizo que prosperaran</i>	36
<i>los arabismos</i>		
<i>Anglicismos y galicismos:</i>	37
<i>influencia internacional</i>		
<i>Lusitanismos e italianismos:</i>	38
<i>la cercanía y el renacimiento</i>		
Del latín al español:	39
cambios y asimilaciones		
<i>La transformación del idioma</i>	39
<i>Los cambios espontáneos provocan</i>	39
<i>la transformación</i>		
<i>Desgaste de las palabras por uso excesivo</i>	42
<i>Hipocorísticos o contracciones</i>	43
<i>de palabras largas</i>		

<i>Los eufemismos son necesarios</i> * * * * *	43
<i>para evitar el mal gusto</i>	
<i>Construcción de nuevas palabras desde el latín</i> * * * * *	44
<i>Contracciones latinas por uso frecuente</i> * * * * *	45
<i>La negación en nuestro idioma:</i> * * * * *	45
<i>el no, el ni y el non</i>	
<i>Los abrojos o abre bien los ojos</i> * * * * *	46
<i>El quizá o quién sabe si ocurrirá</i> * * * * *	46
<i>Tamaño o qué tan grande es algo</i> * * * * *	47
<i>Transtransnieto, o más sencillo: tataranieto</i> * * * * *	47
<i>La acentuación de la palabra más</i> * * * * *	47
La semantización de las palabras * * * * *	49
<i>La semantización por metáfora</i> * * * * *	49
<i>Es una sutileza la etimología de la palabra sutil</i> * * * * *	49
<i>Extender las palabras, como el agua</i> * * * * *	50
<i>sobre la playa</i>	
<i>El cobarde, al igual que los animales,</i> * * * * *	50
<i>mete la cola</i>	
<i>El escrupuloso es moralista y se fija</i> * * * * *	51
<i>en el más mínimo detalle</i>	
<i>Quien mete cizaña, puede arruinar</i> * * * * *	51
<i>la cosecha o la vida</i>	
<i>Quien abraza, abarca con sus brazos los objetos</i> * * * * *	52
<i>El dátil tiene propiedades curativas</i> * * * * *	52
<i>y semeja a un dedo</i>	
<i>La semantización por analogía</i> * * * * *	53
<i>Limpiar con agua es un pleonasma etimológico</i> * * * * *	53
<i>Al médico se le llama doctor porque enseña</i> * * * * *	54
<i>buenos hábitos</i>	
<i>Un avión es tan grande como un "gaviotón"</i> * * * * *	54
<i>La etimología del vocablo "palabra"</i> * * * * *	55
<i>es una analogía</i>	

<i>El insólito recorrido de la palabra sueldo</i>	*****	55
<i>La sal presente en la etimología de la salsa</i>	*****	56
<i>y los embutidos</i>		
<i>La marquesina es una analogía a los marqueses</i>	*****	56
<i>La náusea es por el buque, el mareo por el mar</i>	*****	56
<i>Semantización por relación</i>	*****	57
<i>Hilvanar es tejer sobre la nada; es decir,</i>	*****	57
<i>sobre los huecos</i>		
<i>La flor pintada en un dado</i>	*****	58
<i>produjo el concepto de azar</i>		
<i>Los que gustan de solapar tiene razones</i>	*****	58
<i>valiosas para hacerlo</i>		
<i>La persona perspicaz es la que tiene perspectiva</i>	*****	59
<i>Los especuladores describen su propia</i>	*****	59
<i>experiencia</i>		
<i>Los conceptos de oriente y occidente se originaron</i>	*****	60
<i>por el Sol</i>		
<i>El presagio no resulta difícil</i>	*****	60
<i>si se tiene buen olfato</i>		
<i>El vigoroso vínculo entre vigor y vigente</i>	*****	61
<i>La resemantización de la palabra sereno</i>	*****	61
Curiosidades de nuestro idioma	*****	63
<i>Grandes misterios etimológicos</i>	*****	63
<i>El enigma de la palabra galimatías</i>	*****	63
<i>Esclavo tal vez no se relacione con eslabón</i>	*****	64
<i>Nadie sabe con seguridad de dónde proviene</i>	*****	64
<i>la palabra camisa</i>		
<i>Se desconoce si estallar procede de estrella</i>	*****	65
<i>o de astilla</i>		
<i>El extraño surgimiento de la palabra sublime</i>	*****	66

<i>Etimologías erróneas</i>	66
<i>Los adictos están dedicados persistentemente a hacer algo</i>	66
<i>Los alumnos no necesitan luz, sino brillar con luz propia</i>	67
<i>La palabra sincero no guarda ninguna relación con la cera</i>	68
<i>El nacimiento de Julio César no creó la palabra cesárea</i>	68
<i>La voz mermelada deriva del portugués marmelo</i>	69
<i>Reivindicar: una palabra que necesita reivindicación</i>	70
<i>Coincidencias o el extraño vínculo etimológico</i>	70
<i>El hijo adoptivo de Julio César cometió un acto brutal</i>	70
<i>El mes de febrero es temporada para las fiebres</i>	71
<i>El cliente siempre tiene la razón: porque el patrón así lo quiere</i>	71
<i>Retaliación es volver a aplicar la "Ley del Tali3n"</i>	72
<i>Hay que tener cuidado con los viernes, para evitar la sífilis</i>	72
<i>Parejas de palabras</i>	75
<i>Cultismos y vulgarismos al mismo tiempo</i>	75
<i>Causa y cosa comparten la misma etimología</i>	75
<i>M3dula o meollo, ¿usted qu3 prefiere?</i>	76
<i>Delicado o delgado, ¿he ah3 el dilema!</i>	76
<i>Hay que hacer una breve pausa para posar</i>	77
<i>Uso indiscriminado de palabras diferentes</i>	78
<i>La profunda diferencia entre paidofilia y pederastia</i>	78

<i>Bucal y vocal se unen en la palabra oral</i>	79
<i>No es lo mismo contextualizar que contextuar</i>	80
<i>Palabras parecidas pero de etimologías diferentes</i>	80
<i>Prolijo o prolífico, su origen clarifica</i>	81
<i>su significado</i>		
<i>Con ínfulas o “inflado de orgullo” por el cargo</i>	81
<i>Es más adecuado ser coherente que congruente</i>	82
<i>Las calzadas son para que transiten los carros,</i>	82
<i>no la gente con calzado</i>		
<i>Sinónimos débiles y nexos apenas reconocibles</i>	83
<i>La tripa es el intestino que extirpó</i>	83
<i>un destripador</i>		
<i>Monólogo y soliloquio son casi sinónimos</i>	84
<i>perfectos</i>		
<i>Sesgado o sosegado, el vínculo débil pero certero</i>	84
<i>El linaje es la línea que une con los antepasados</i>	85
Etimología de los libros y la enseñanza	87
<i>En relación con los libros</i>	87
<i>El texto es un tejido de palabras,</i>	87
<i>el pretexto las quiere ocultar</i>		
<i>El capítulo inicia cada vez que aparece</i>	88
<i>una letra capital</i>		
<i>El calamar fue el animal marino</i>	88
<i>preferido por los escritores</i>		
<i>La etimología de libro proviene</i>	89
<i>de la corteza de los árboles</i>		
<i>En relación al acto de enseñar</i>	90
<i>Enseñando con el ejemplo y también</i>	90
<i>al poner ejemplos</i>		
<i>Para asimilar los conocimientos</i>	90
<i>se requiere docilidad</i>		

<i>Enseñar es lo que se hace cuando se señala</i>	*****	91
<i>al interior</i>		
<i>Diferencias y similitudes entre docente y doctor</i>	*****	91
<i>En relación al aula</i>	*****	92
<i>Los alumnos deberían obedecer al maestro</i>	*****	92
<i>Las escuelas requieren una cátedra</i>	*****	93
<i>y muchas sillas</i>		
<i>Se va a la escuela para ser educado y no mañoso</i>	*****	93

Etimología para comprender la investigación ***** 97

<i>Los elementos que comúnmente llevan las tesis</i>	*****	97
<i>Con el protocolo de investigación inician las tesis</i>	*****	97
<i>Problema significa hacer, proponer o identificar</i>	*****	98
<i>La teoría permite ver los fenómenos del mundo</i>	*****	98
<i>Método o técnica: la confusión de dos palabras</i>	*****	100
<i>La discusión de los resultados</i>	*****	100
<i>es una "sacudida mental"</i>		
<i>El apartado de las conclusiones</i>	*****	101
<i>debe cerrar todo</i>		
<i>Resultados obtenidos con el trabajo de la tesis</i>	*****	101
<i>Procedimientos comunes en la investigación</i>	*****	102
<i>Diferencia entre análisis, síntesis y analogía</i>	*****	102
<i>El uso de la paráfrasis es la piedra</i>	*****	104
<i>fundamental de las tesis</i>		
<i>Las diferentes técnicas que se utilizan</i>	*****	105
<i>en la investigación</i>		
<i>Registrar, anotar y asentar guardan</i>	*****	107
<i>sutiles diferencias</i>		
<i>Se toma nota de los datos que alguien tuvo</i>	*****	108
<i>a bien donar</i>		
<i>Investigar, inquirir, indagar y escudriñar</i>	*****	108
<i>La pesquisa es la búsqueda de información</i>	*****	109

<i>Construcción, destrucción o deconstrucción</i>	110
<i>Para tomar en cuenta en la investigación</i>	111
<i>Explorar resulta un verbo muy diferente</i>	112
<i>al de espiar</i>		
<i>La palabra ciencia comenzó a utilizarse</i>	112
<i>hasta la Edad Moderna</i>		
<i>La brecha entre creador e imitador es relativa</i>	113
<i>La prospección permite mirar lo que viene</i>	113
<i>delante</i>		
<i>La equívocación es una trampa</i>	114
<i>para el investigador</i>		
<i>La reflexión se usa cada vez menos</i>	114
<i>y la opinión cada vez más</i>		
<i>Diferencia entre erudito, especialista</i>	115
<i>y doctor en ciencia</i>		
Etimología para la comprensión	117
<i>Etimología para comprender las acciones</i>	117
<i>y reacciones</i>		
<i>El deseo de gastar tiene un fuerte</i>	117
<i>componente agresivo</i>		
<i>El instinto, el impulso y el incentivo</i>	118
<i>se confunden</i>		
<i>La libido es el depósito de la energía sexual</i>	119
<i>para Freud</i>		
<i>Existe un vínculo etimológico entre la libido</i>	120
<i>y la libertad</i>		
<i>Compatible y compasivo tienen la misma raíz</i>	121
<i>Etimología para comprender las bajas pasiones</i>	121
<i>La envidia y la admiración: el lazo semántico</i>	122
<i>que las une</i>		
<i>Presumir es informar sobre los propios méritos</i>	122

<i>Un adulator es, en buena medida,</i>	122
<i>un adulerador</i>		
<i>Las personas rencorosas tienen</i>	123
<i>el corazón rancio</i>		
<i>La interesante historia de una confusión:</i>	124
<i>la palabra fogoso</i>		
<i>Las personas miedosas son más cuidadosas</i>	124
<i>que las aventadas</i>		
<i>Etimología para comprender nuestro actuar</i>	125
<i>en sociedad</i>		
<i>Los autores prefieren ser autoritarios</i>	125
<i>en vez de democráticos</i>		
<i>Las personas fecundas son felices,</i>	126
<i>pues están satisfechas</i>		
<i>Las personas elegantes son las que saben elegir</i>	126
<i>La agresión ayuda a obtener un grado superior</i>	127
<i>Las personas arrogantes suelen no tener</i>	128
<i>prerrogativas</i>		
<i>El vínculo entre el plazo y el acreedor</i>	128
<i>que lo otorga</i>		

El simbolismo del cuerpo 131 y la etimología del tiempo

<i>Etimología del cuerpo humano</i>	131
<i>La testa es el cacharro oxidado que nadie usa</i>	132
<i>Los testículos son los pequeños testigos</i>	132
<i>de la hombría</i>		
<i>El pene pende casi igual que una cola caída</i>	132
<i>Lo que miraban nuestros ancestros en la pupila</i>	133
<i>Alguien es genuino porque fue sostenido</i>	134
<i>en la rodilla</i>		
<i>El cuerpo encuentra su par en los objetos</i>	134
<i>inanimados</i>		

<i>La barriga es la bodega que guarda los alimentos</i>	135
<i>El tiempo en la etimología</i>	135
<i>El calendario romano tenía sólo diez meses</i>	136
<i>Las estaciones del año comenzaron siendo dos</i>	136
<i>Los que están frente a los años son los ancianos</i>	137
<i>Los años dan más sabiduría o más necesidad: depende del sujeto</i>	137
Etimología de los nexos familiares	139
<i>Con el amor inicia la familia</i>	139
<i>El amor es el que convierte a las mujeres en madres</i>	139
<i>El amor latino implica contacto, y germánico sensualidad</i>	140
<i>Con el embarazo la mujer está encinta o grávida</i>	140
<i>Pariante significa literalmente “que está pariendo”</i>	141
<i>El nexo familiar fue percibido de manera negativa</i>	141
<i>El uso de la palabra mamá y sus derivados etimológicos</i>	142
<i>Resultados de la relación de pareja</i>	143
<i>El novio es el más nuevo en las relaciones que se han tenido</i>	143
<i>A las bodas se asiste a una toma de votos</i>	143
<i>El escurridizo origen de la palabra matrimonio</i>	144
<i>Matrimonio o patrimonio: el machismo oculto</i>	145
<i>La palabra esposa alude a lo inseparable, como las esposas de los presos</i>	145

<i>Ser cónyuge implica tener obligaciones</i>	146
<i>y estar sujeto a un yugo</i>		
<i>Origen del divorcio: separados</i>	146
<i>y con otros intereses</i>		
Etimología de la moral y la religión	149
<i>Etimología de la moral</i>	149
<i>Los derivados etimológicos del mal</i>	149
<i>y la maldad</i>		
<i>Quienes tergiversan la verdad suelen</i>	150
<i>dar la espalda</i>		
<i>La convivencia invita a hacerse</i>	150
<i>de la "vista gorda"</i>		
<i>El castigo es utilizado para recuperar</i>	151
<i>la castidad</i>		
<i>Las tortugas encarnan el pecado capital</i>	151
<i>de la pereza</i>		
<i>El vínculo antropológico entre la sangre</i>	151
<i>y la bendición</i>		
<i>Etimología de la religión</i>	152
<i>No es nada raro que los villanos</i>	153
<i>canten villancicos</i>		
<i>La pastorela toma su nombre</i>	153
<i>de una danza medieval</i>		
<i>Los pastores tienen una parte oscura</i>	154
<i>y tenebrosa</i>		
<i>La buena nueva es, seguramente,</i>	154
<i>la venida de Cristo</i>		
<i>¡Diantre!, no es correcto que nadie invoque</i>	154
<i>al diablo</i>		

Etimologías que provienen de lugares	157
<i>Etimologías con base en regiones geográficas</i>	157
<i>El aquelarre es tan extraño</i>	157
<i>que no es indoeuropeo</i>	
<i>Entrar en un vericuerdo para encontrar</i>	158
<i>el origen de vericuerdo</i>	
<i>La galería es la parte más espaciosa</i>	158
<i>de un teatro o templo</i>	
<i>La cultura latina produjo personas ladinas</i>	159
<i>Etimologías con base en nombres de ciudades</i>	159
<i>León, Guanajuato, toponimia de León,</i>	160
<i>España</i>	
<i>Los esquiroleros se reúnen en el bar de la ardilla</i>	160
<i>Los pergaminos vienen de Pérgamo</i>	161
<i>y las persianas de Persia</i>	
Etimología médica y psicológica	163
<i>Etimología de las enfermedades mentales</i>	163
<i>y los terapeutas</i>	
<i>Las civilizaciones antiguas creían</i>	164
<i>que la mente estaba en el corazón</i>	
<i>La alucinación deforma la realidad, la ilusión</i>	164
<i>es un juego mental</i>	
<i>Los que deliran son los que se apartan</i>	164
<i>del camino común</i>	
<i>Los desórdenes alimenticios y su relación</i>	165
<i>con la mesa</i>	
<i>El instrumento más valorado por los</i>	166
<i>psicólogos: la interpretación</i>	
<i>El tratamiento psicológico "jala"</i>	166
<i>al paciente hacia la mejora</i>	
<i>El terapeuta debe ayudar a que concluya</i>	167
<i>el proceso de duelo</i>	

<i>El origen de la palabra personalidad</i>	167
<i>procede del griego y del latín</i>		
<i>Los mensajes subliminales de la Gestalt</i>	168
<i>Etimología de las enfermedades físicas</i>	169
<i>y los médicos</i>		
<i>Los médicos fueron los modestos</i>	169
<i>de otros tiempos</i>		
<i>Para curar se requiere cuidar, para cuidar</i>	170
<i>se requiere pensar</i>		
<i>La importancia social de ser médico a la luz</i>	170
<i>de la etimología</i>		
<i>El deseo de la salud y el tabú de la enfermedad</i>	171
<i>Los hospitales tienen una función noble,</i>	171
<i>pero una cara hostil</i>		
<i>La palabra influenza ha producido</i>	172
<i>mucha influencia</i>		
<i>Diagnosticar o detectar: griego contra latín</i>	173

Lecciones de la etimología 175

<i>Lecciones filosóficas de la etimología</i>	175
<i>La confusión se da porque las cosas dejan</i>	176
<i>de ser sólidas</i>		
<i>Se tiene una obsesión cuando enfrente</i>	176
<i>se ve algo inamovible</i>		
<i>El parecido entre la palabra defecto y déficit</i>	177
<i>no es una coincidencia</i>		
<i>El efecto de la eficiencia es diferente</i>	178
<i>al de la eficacia</i>		
<i>El aplomo es una cualidad que nunca</i>	178
<i>se debe perder</i>		
<i>Las diferencias sutiles entre ser y existir</i>	179
<i>De buen talante significa estar propicio</i>	180
<i>para el talento</i>		

<i>Sólo se es auténtico cuando se es dueño</i>	180
<i>de sí mismo</i>	
<i>La crisis para los chinos y para los griegos</i>	181
<i>Lecciones mundanas de la etimología</i>	182
<i>A nadie le gusta que le hablen con apodos</i>	183
<i>Para inventar no hay que dejar escapar</i>	183
<i>lo que llega a nosotros</i>	
<i>Es fuerte como león el que sabe</i>	184
<i>cuándo camuflarse</i>	
<i>La tradición es más traicionera</i>	184
<i>que los traidores</i>	
<i>Hay que tener cuidado con las gangas,</i>	185
<i>puvieran ser engaños</i>	
<i>La increíble transformación de la palabra</i>	185
<i>rutina</i>	
<i>Las señales de la madurez y su relación</i>	186
<i>con los hábitos de sueño</i>	
<i>La inhibición es la propia prohibición</i>	187
<i>de expresar lo interior</i>	
<i>El vínculo entre vengar y devengar</i>	188
<i>es la recuperación del equilibrio</i>	
<i>Ser inteligente consiste en asimilar el mundo</i>	188
<i>Lecciones políticas de la etimología</i>	188
<i>La coyuntura política posibilita la unión</i>	189
<i>nacional</i>	
<i>Quitarse las prendas se relaciona</i>	189
<i>con la libertad</i>	
<i>El vínculo entre los presidentes</i>	190
<i>y los presidiarios</i>	
<i>La guerra tiene como fin apoderarse</i>	190
<i>de la belleza</i>	
<i>El vínculo entre el secreto, el secretario</i>	191
<i>y la secreción</i>	

<i>La emancipación de los pueblos o grupos</i>	192
<i>de personas</i>		
<i>Al divulgar información, ésta se vulgariza</i>	192
<i>Advertencias de la etimología</i>	193
<i>El prestigio se logra a través</i>	194
<i>del engaño tramado</i>		
<i>Las farmacias son tóxicas y los agentes</i>	194
<i>tóxicos son inofensivos</i>		
<i>El poeta realiza una copla para asegurar</i>	195
<i>la unión sexual</i>		
<i>El vínculo entre venéreo y venerable</i>	195
<i>advierte del peligro latente</i>		
<i>Las prostitutas son las personas</i>	196
<i>que están situadas delante</i>		
<i>Oír y escuchar no es lo mismo, aunque</i>	197
<i>proviengan de la misma raíz</i>		

Familias de palabras 199

<i>El verbo latino usado para hablar</i>	199
<i>no pasó directo al español</i>		
<i>Mientras sea un asunto notable, es digno</i>	200
<i>de hacer una nota</i>		
<i>Aunque la firma del enfermo sea débil,</i>	200
<i>queda en firme</i>		
<i>La vía y las metáforas que surgen</i>	201
<i>cuando se toma el camino</i>		
<i>La vanidad y el desvanecimiento</i>	201
<i>guardan relación</i>		
<i>El color rojo deriva de una raíz muy prolífica</i>	202
<i>La palabra división y sus derivados</i>	202
<i>en el español</i>		
<i>La familia lingüística de la palabra nombre</i>	203

<i>La relación entre la holganza</i>	*****	204
<i>y la holgazanería</i>		
<i>El huevo presente con sus productos</i>	*****	205
<i>insospechados</i>		
<i>Los fabulosos parentescos de la palabra mezcla</i>	*****	205
<i>La muerte presente con sus contigüidades</i>	*****	205
<i>y consecuencias</i>		
<i>La lectura y sus derivados de todos los días</i>	*****	206
<i>El humo perfuma mientras el caudal se esfuma</i>	*****	206
<i>Pelear significa literalmente agarrarse</i>	*****	207
<i>de los pelos</i>		
<i>Los españoles fueron vistos como vándalos</i>	*****	207
Bibliografía	*****	209